

HARLEQUIN Bianca®

El jefe era ella

Anne McAllister

El jefe era ella
Anne McAllister
2º Serie Antonides-Savas
35º Multiserie "Matrimonios forzosos"

El jefe era ella (2006)

Título Original: The Antonides marriage deal (2006) **Multiserie: 35º Matrimonios forzosos**

Serie: 2º Antonides—Savas

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1708

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Elias Antonides y Thalia "Tallie" Savas

Argumento:

Quizá pudiera conseguir que aquel acuerdo se convirtiera en algo permanente… como el matrimonio.

El magnate griego Elias Antonides había forjado toda una fortuna él solo.

Por eso cuando descubrió que su padre había perdido parte de dicha fortuna, se puso muy furioso. De pronto tenía una socia… la guapísima Tallie Savas.

Tallie tenía la intención de demostrar que estaba a la altura del papel que tenía en el negocio, pero no había contado con que Elias fuera tan sexy… y estuviera tan empeñado en acabar con ella. Elias no tardó en darse cuenta de que había subestimado la ambición y el talento de Tallie…

Capítulo 1

—Su padre por la línea seis.

Elias Antonides miró las luces rojas que parpadeaban en el teléfono y dio gracias por haber rechazado las diez líneas que le habían ofrecido cuando había comenzado a arreglar aquel almacén junto al río en la sede en Brooklyn de Antonides Marine International, de lo cual hacía tan sólo nueve meses.

—Gracias, Rosie —dijo él—. Déjalo a la espera.

—Dice que es importante —le informó su ayudante.

—Si es importante, esperará —respondió Elias, seguro de que no lo haría.

Aeolus Antonides tenía una capacidad de espera nula. Sus padres lo habían llamado Aeolus en honor del dios del viento, pero lo cierto era que, más que un dios, era el hombre más encantador e irresponsable sobre la faz de la tierra. Como presidente de Antonides Marine, disfrutaba de descansos para comer de más de tres horas, durante las cuales jugaba al golf con sus amigos y salía a navegar, pero no tenía paciencia para la rutina diaria, para transformar en beneficios los números rojos de las cuentas de la empresa, o para cualquier actividad que se pareciera a trabajar.

No le interesaba saber que estaban a punto de obtener un importante ingreso de efectivo o que Elias estaba considerando la idea de comprar una pequeña fábrica de equipamiento náutico con la que diversificaría las actividades de la empresa. Los negocios le aburrían. Y hablar con su hijo también.

Así que lo más probable era que, para cuando Elias hubiera atendido a las otras cinco luces que parpadeaban en su teléfono, su padre habría colgado y se habría marchado a jugar al golf o a navegar.

De hecho, Elias esperaba que lo hiciera. Quería mucho a su padre, pero prefería que no interviniera en el negocio. Tomara la decisión que tomara, Aeolus no haría más que complicarle la vida.

Y aquel día ya tenía bastantes complicaciones, aunque aquélla no se diferenciaba demasiado de las demás.

Su hermana Cristina, por la línea dos, quería que la ayudara a abrir una tienda de abalorios.

—¿De abalorios? —Elias creía haberlo visto todo. Los planes de Cristina habían ido desde querer criar conejos hasta teñir camisetas, pasando por ir a una escuela de pinchadiscos. Pero lo de los abalorios era nuevo.

—Así podré quedarme en Nueva York —explicó con seguridad—. Mark está aquí.

Mark era su más reciente novio y Elias no creía que fuera a ser el último. Mark Batakis, famoso por sus carreras en lancha motora y por perseguir a las mujeres, tenía las mismas probabilidades de seguir allí al día siguiente que el interés de Cristina por la tienda de abalorios durara.

—No, Cristina —respondió él con firmeza.

—Pero…

—No. Tráeme un proyecto bien definido y detallado y hablaremos. Hasta entonces, no —y colgó antes de que ella pudiera responder.

Su madre, por la línea tres, estaba organizando una cena para el domingo.

—¿Vas a traer acompañante? —preguntó, llena de esperanza—. O prefieres que yo te busque a alguien.

Elias apretó los dientes.

—Mamá, no necesito que me prepares ninguna cita —dijo con calma, sabiendo que sus palabras caían en saco roto.

El objetivo de Helena Antonides era conseguir que su hijo se casara y empezara a darle nietos. Después del total fracaso de su matrimonio, Elias podría haberle dicho que no conseguiría cumplir su sueño, pues no tenía la menor intención de volver a casarse. Tenía otros hijos, que fueran ellos los que le dieran los nietos que tan desesperadamente quería.

Además, él ya se dedicaba a hacer posible que la familia Antonides al completo llevara el nivel de vida al que estaban acostumbrados desde hacía tres generaciones.

¿Acaso no era suficiente? Por lo visto no.

—Bueno —farfulló, molesta con él, como de costumbre—, parece que tú solo no estás haciendo ningún progreso.

—Gracias por darme tu opinión —respondió Elias educadamente.

Nunca le había dicho directamente que no volvería a casarse porque sabía que su madre habría empezado a discutir con él y, por lo que se refería a Elias, su decisión no estaba abierta a discusión. Llevaba ya siete años divorciado y, en ese tiempo, nunca había hecho el menor intento de encontrar a alguien que sustituyera a la avariciosa Millicent. Y no tenía intención de hacerlo nunca.

Después de siete años, su madre debería haberlo notado.

—No te pongas tan remilgado conmigo, Elias Antonides. Sabes que quiero lo mejor para ti, así que deberías estar agradecido.

Como su madre no esperaba respuesta a tal afirmación, Elias no se la dio.

—Tengo que dejarte, mamá. Tengo mucho trabajo.

—Siempre tienes trabajo.

—Alguien tiene que hacerlo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Helena no podía negarlo, pero tampoco le daría la razón.

—Que no se te olvide venir el domingo —dijo su madre por fin—. Yo me encargaré de tu acompañante —esa vez fue ella la que le colgó.

Su hermana Martha, por la línea cuatro, estaba rebosante de energía y de ideas para su obra. Martha siempre tenía muchas ideas… pero pocas veces disponía de los medios para llevarlas a cabo.

—Si quieres que esos murales queden bien —le dijo—, debería ir a Grecia.

—¿Para qué?

—Para inspirarme —respondió, eufórica.

—Querrás decir para divertirte —Elias conocía a su hermana. Martha era una estupenda artista, de otro modo no le habría encargado que realizara aquel mural en el vestíbulo de la sede de la empresa, y menos aún los que iba a hacer en su despacho y en su dormitorio. El problema era que no parecía muy dispuesta a sacrificar sus vacaciones de verano—. Olvídalo. Te mandaré unas fotos de las que podrás obtener toda la inspiración que necesites.

Martha suspiró con frustración.

—Eres un aguafiestas, Elias.

—Eso lo sabe todo el mundo —convino él—. Acéptalo.

En la línea cinco, Lukas, el gemelo de Martha, no quería aceptarlo.

—¿Qué tiene de malo Nueva Zelanda? —quería saber Lukas.

—Nada —respondió Elias con más paciencia de la que tenía en realidad—. Pero pensé que ibas a ir a Grecia.

—Y eso hice. Estoy en Grecia. Pero es muy aburrido, no hay nada que hacer.

Anoche conocí a unos tipos en una taberna, se van a Nueva Zelanda y he pensado irme con ellos. ¿Conoces a alguien por allí, en Auckland, por ejemplo, que pudiera darme trabajo?

—¿Qué clase de trabajo? —era una pregunta lógica teniendo en cuenta que Lukas se había licenciado en Lenguas Antiguas, entre las cuales no se encontraba el maorí.

—Cualquiera, no importa —respondió Lukas vagamente—. Aunque también podría ir a Australia y dar una vuelta por allí.

Eso era más o menos lo que llevaba haciendo ya algún tiempo, pensó Elias, y no sólo por Australia como había hecho su otro hermano, Peter.

—O podrías volver y trabajar para mí —le sugirió Elias una vez más.

—Ni hablar —respondió su hermano, también una vez más—. Te

llamaré en cuanto llegue a Auckland para ver si se te ha ocurrido algo.

En la línea uno, Elias encontró la única llamada realmente importante.

Afortunadamente, Ted Corbett había esperado pacientemente a que le atendiera.

—¿Qué me dice? ¿Está dispuesto a quedarse con nuestro negocio? —por eso había esperado. Ted estaba ansioso por vender su negocio de equipamiento náutico, e igualmente ansioso por asegurarse de que era Elias el que se quedaba con él.

—Aún estamos considerando la idea —respondió Elias—. Paul está investigando y haciendo números. Todavía no hemos tomado ninguna decisión.

A su gestor de proyectos le gustaba estudiar a fondo hasta el último detalle que implicaba una decisión de aquel tipo, pero al final sería Elias el que tomara la última decisión. De hecho, todas las decisiones de la empresa eran suyas.

—Quiero encargarme en persona de la operación —le dijo.

—Por supuesto —respondió Corbett.

Después le recordó algunos de los beneficios que obtendría con la compra y Elias escuchó pacientemente. Concedió a Corbett todo el tiempo que necesitara y lo hizo adrede, pues la luz de la línea seis seguía parpadeando. Y seguía haciéndolo cuando por fin se despidió de Corbett. Seguramente su padre se había ido y había dejado el teléfono descolgado. Eso sería propio de él. No obstante, Elias apretó el botón.

—Hijo, eres un hombre muy ocupado —retumbó la voz de Aeolus al otro lado.

Elias cerró los ojos y trató de reunir paciencia. Debía de haber estado haciendo un crucigrama para haber sido capaz de esperar tanto tiempo.

—Es cierto. La verdad es que llevo un buen rato colgado al teléfono y voy a llegar tarde a una reunión. ¿Qué ocurre?

—He venido a la ciudad a ver a un amigo, se me ha ocurrido que podría pasar a verte. Tengo algo que discutir contigo.

Lo que menos necesitaba Elias aquel día era una visita de su padre.

—Podemos hablarlo el fin de semana —sugirió Elias con la esperanza de evitar el encuentro—. Voy a ir a casa.

Pero Aeolus no se dejó convencer.

—No tardaré nada. Estaré allí dentro de un rato —y colgó el teléfono.

Aquello era típico de su padre. No le importaba lo ocupado que estuviera, si quería su atención, Aeolus siempre encontraba la manera de obtenerla. Elias colgó el teléfono y se llevó la mano a la sien para intentar aplacar la amenaza de un fuerte dolor de cabeza.

Para cuando apareció su padre una hora después, el dolor de cabeza era ya una realidad.

—¡Adivina lo que he hecho! —exclamó Aeolus cerrando la puerta de su despacho con el pie.

—Meter la bola en el hoyo con un solo golpe —dijo Elias.

Aeolus sonrió al oír aquella referencia al golf.

—Ojalá —murmuró con nostalgia, pero enseguida volvieron a brillarle los ojos

—. Pero, metafóricamente hablando, podría decirse que es algo parecido.

¿Metafóricamente? ¿Desde cuándo hablaba en metáforas Aeolus Antonides?

Elias enarcó las cejas y esperó pacientemente a que su padre le diera la gran noticia.

—¡He conseguido un socio para la empresa!

—¿Qué? —Elias miró boquiabierto a su padre—. ¿Qué demonios quiere decir eso? ¡No necesitamos ningún socio!

—Dijiste que necesitamos efectivo.

Dios. Justo esa vez había estado escuchando lo que decía.

—¡Pero nunca dije que necesitáramos un socio! La empresa va muy bien.

—Por supuesto —asintió Aeolus—. Si fuera mal, nadie habría querido ser nuestro socio. Hasta las ratas huyen cuando un barco se hunde.

—¿Las ratas? —Elias notó cómo se le erizaba el vello dé la nuca—. ¿Qué ratas?

—Es sólo una manera de hablar —dijo Aeolus rápidamente.

—Olvídalo.

—No. Trabajas demasiado, Elias. Sé que yo no he hecho lo que debería durante estos años. Es que… no es lo mío. Yo… —de pronto parecía débil.

—Lo sé, papá —Elias miró a su padre con una sincera sonrisa en los labios—.

Lo comprendo —y así era—. No tienes por qué preocuparte, para mí no es ningún problema.

Al menos ya no lo era, aunque hacía ocho años le había costado el matrimonio.

No, eso no era justo. La falta de interés que su padre había demostrado hacia la empresa no había sido más que un factor de su ruptura con Millicent. Todo había empezado cuando Elias le había contado que estaba considerando la idea de abandonar la Universidad y crear su propia empresa, una constructora de barcos con la que podría hacer lo que había hecho su abuelo. Millicent se había horrorizado.

Había sido comprensiva con sus planes de trabajar para Antonides después de la Universidad, pero eso había sido porque había creído que la empresa valía algo. Al descubrir que estaba prácticamente en la ruina y que Elias se proponía salvarla, Millicent había dejado de apoyarle automáticamente.

No, la incompetencia de su padre para los negocios no había hecho más que acentuar los problemas que siempre habían existido entre Millicent y Elias. Lo cierto era que Elias debería haberse dado cuenta mucho antes de cuáles eran las prioridades de su esposa, ni siquiera debería haberse casado con ella. Un tremendo error que Elias no estaba dispuesto a repetir por nada del mundo.

—Claro que me preocupo —continuó su padre—. Igual que tu madre, a los dos nos preocupa que trabajes tanto.

Elias nunca había hablado de los motivos por los que se habían divorciado, pero sus padres no eran tontos y sabían que había trabajado incesantemente para sacar el negocio del pozo en el que lo había dejado su padre. Igual que sabían que la situación económica del clan Antonides no encajaba con las expectativas de su ambiciosa esposa. Sabían que Millicent había desaparecido de su vida poco después de que Elias abandonara la Universidad para trabajar en la empresa familiar y que, tan sólo unas semanas después de que el divorcio se hiciera definitivo, se había casado con el heredero de unos importantes viñedos del valle de Napa.

Claro estaba que nadie había mencionado nada. Durante muchos años, ni siquiera habían pronunciado el nombre de Millicent.

Pero tras el matrimonio de Millicent había empezado la preocupación por su futuro y el desfile de mujeres solteras, como si consiguiéndole una nueva esposa, todo fuera a mejorar y su padre fuera a sentirse menos culpable.

Elias creía que su padre no tenía por qué sentirse culpable. Aeolus era como era.

Millicent era como era. Y él era como era… un hombre que no necesitaba una esposa.

Ni un socio para la empresa.

—No, papá —dijo con firmeza.

—Lo siento, hijo, pero me temo que es demasiado tarde. Ya está hecho. He vendido el cuarenta por ciento de Antonides Marine.

Fue como un puñetazo en la boca del estómago.

—¡No puedes hacer eso!

El gesto de Aeolus cambió de pronto. Ya no era el padre amable y simpático al que Elias tanto quería, ahora lo miraba con una rigidez casi militar, impasible ante la furia de su hijo.

—Claro que puedo —aseguró con arrogancia—. Soy el propietario de la empresa.

—Sí, lo sé, pero… —pero así era. Aeolus poseía el cincuenta por ciento de las acciones, Elias el diez por ciento y el otro cuarenta por ciento se encontraba en fideicomiso para sus cuatro hermanos. Era una empresa familiar. Siempre lo había sido; nunca nadie que no llevara el apellido Antonides había tenido participación alguna.

Elias miró a su padre. Se sentía engañado, traicionado.

—¿La has vendido? —preguntó, tratando de asimilar la noticia. Aquello significaba que el trabajo que había hecho durante los últimos ocho años había sido borrado de un plumazo, al igual que había ocurrido con su matrimonio.

—No toda. Sólo lo suficiente para proporcionarte un poco de capital. Dijiste que necesitabas dinero. El domingo pasado te pasaste la mitad de la cena al teléfono, hablando con alguien sobre reunir efectivo para comprar ese negocio.

—Y eso era lo que estaba haciendo —replicó Elias.

—Pues ahora lo he hecho yo. Así que ya no tienes por qué trabajar tanto.

Puedes tomarte un respiro.

—¿Un respiro? —Elias se habría echado a reír si no le hubiera faltado la respiración. Le temblaban las piernas, necesitaba sentarse. Sin embargo siguió de pie, con los puños apretados y tratando de que su rostro no revelara la rabia que sentía—.

No era necesario que vendieras —dijo por fin en tono tranquilo—. Todo habría salido bien.

—¿Sí? ¿Entonces por qué nos hemos trasladado aquí? —preguntó, refiriéndose a aquellas oficinas junto al río que hasta aquel día, no había visitado nunca.

—Para volver a los orígenes —dijo Elias entre dientes. No había por qué pagar el desorbitado alquiler de las oficinas de Manhattan, un negocio como el suyo se llevaba mejor en un lugar como Brooklyn—. Aquí es donde *Papú* tuvo su oficina —su abuelo siempre había querido estar cerca del agua.

Pero Aeolus no parecía convencido.

—Es obvio que las cosas ya no son como antes. Yo sólo quería ayudar.

¡Ayudar! Elias tuvo que respirar hondo. Si seguía ayudándolo de ese modo, sería mejor tirar la toalla.

Pero no podía hacerlo.

Antonides Marine era su vida entera. Desde que había abandonado el sueño de construir sus propios barcos y desde que Millicent lo había abandonado, se había dedicado a la empresa en cuerpo y alma. Antes de separarse de su mujer lo había hecho para intentar darle la vida que ella deseaba, sin sospechar que en realidad ella sólo buscaba una excusa para dejarlo.

Ahora era todo lo que tenía. Se había propuesto recuperar la gloria alcanzada por su abuelo y su bisabuelo. Y casi lo había conseguido. Así que no podía rendirse.

Con un poco de suerte, podría recuperar las acciones que había vendido su padre, y así hacerse con la mayor parte de la empresa, con lo cual evitaría que su padre volviera a hacer una locura como aquélla a sus espaldas.

—¿A quién le has vendido las acciones? —le preguntó, decidido a verle el lado positivo a la situación.

—A Socrates Savas.

—¡Dios mío!

¿Cómo iba a verle el lado positivo a aquello?

—¡Socrates Savas es un buitre! Se dedica a comprar empresas en ruina, hacerlas pedazos y venderlas por una miseria —Elias era consciente de que estaba gritando, pero no podía controlarse.

—Es cierto que tiene mala reputación —admitió Aeolus, perdiendo su sonrisa característica.

—Una reputación totalmente merecida —comenzó a caminar arriba y abajo de la habitación. Deseaba darle un puñetazo a algo, a su padre—. ¡Maldita sea!

¡Antonides Marine no está en la ruina!

—Lo sé. Socrates dijo que iba muy bien —dijo Aeolus con satisfacción—. De hecho, dijo que debería haberla comprado hace cinco años, pero que entonces no había sabido el estado en el que se encontraba.

Porque Elias había tenido mucho cuidado de que no se enterara, lo cual le había llevado largas horas de trabajo para que, mientras intentaba mejorar la situación, la empresa diera un aspecto saludable a los buitres como Savas. Ahora era evidente que no había servido de nada.

—Es una suerte que no se diera cuenta entonces —dijo Aeolus, como si acabara de ocurrírsele.

—Sí, es una suerte —murmuró Elias sarcásticamente. Por una vez, no se esforzó en no herir los sentimientos de su padre.

—Deberías estar orgulloso de habernos sacado del pozo en el que estábamos —

le dijo Aeolus sin dejarse ofender.

Lo había estado hasta hacía unos minutos. En el último año había conseguido respirar tranquilo porque la empresa ya no se encontraba en situación de peligro…

pero la tranquilidad había llegado a su fin.

¿Qué pretendería hacer Savas con la empresa? Sólo con pensarlo se le ponía la piel de gallina. Prefería no imaginarlo y, desde luego, no iba a quedarse allí para ser testigo del saqueo. Aquello le dio fuerzas

para pronunciar unas palabras que jamás pensó que diría:

—Muy bien —levantó el rostro para mirar a su padre a los ojos—. Que se quede con el negocio. Yo dimito.

Aeolus lo miró boquiabierto.

—¿Que dimites? Per… Elias… ¡no puedes dimitir!

—Claro que puedo —Elias también había heredado parte de la arrogancia de los Antonides y, si Aeolus podía vender parte de la empresa que él había salvado sin consultárselo siquiera, él podía dimitir y marcharse sin mirar atrás.

—Pero… —Aeolus parecía desesperado—. No puedes —dijo en un susurro apenas audible. Parecía estar suplicándole.

Elias frunció el ceño. Cada vez entendía menos lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué no puedo hacerlo?

—Porque… —apenas podía mirarlo a los ojos—. Porque… en el contrato pone que tienes que quedarte.

—Papá… no puedes venderme. Eso es esclavitud y está prohibido por la ley.

Así que ese contrato no es válido —Elias sonrió al decir aquello.

Aeolus sin embargo no parecía satisfecho y el color no le había vuelto a la cara, seguía teniendo los puños apretados y la mirada clavada en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elias.

No dijo nada durante un largo rato.

—Perderemos la casa.

—¿Qué casa? ¿La de Long Island?

Su padre negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

Si no era la casa de Long Island…

—¿Nuestra casa?

¿El hogar de la familia en Santorini? ¿La casa que su tatarabuelo, también llamado Elias, había construido con sus propias manos? ¿Por la que habían ido pasando todas las generaciones de la familia dejando su marca y convirtiéndola en un verdadero hogar? Los Antonides tenían otras casas repartidas por el mundo, pero sólo tenían un hogar.

Pero no tenía ningún sentido. La casa de Santorini no tenía nada que ver con los negocios. Pertenecía a su padre igual que había pertenecido a su abuelo y algún día le pertenecería a Elias. Allí había pasado todos los veranos de su niñez, construyendo barcos con su abuelo y creyendo que la vida era maravillosa y sencilla. Aquella casa era su refugio… el corazón de la familia.

Apretó los puños de nuevo porque era lo único que podía hacer para no agarrar a su padre de la pechera.

—¿Qué has hecho con nuestra casa?

—Nada —dijo Aeolus rápidamente—. Al menos si te quedas en Antonides —

añadió con voz suplicante—. Fue una apuesta. Una carrera de veleros —confesó por fin—. Apostamos qué barco iría hasta Montauk y volvería en menos tiempo. ¡Yo navego mucho mejor que Socrates Savas!

—¿Qué ocurrió entonces?

—La apuesta era sobre los barcos —dijo exasperado—. Navego mejor que Socrates Savas… ¡pero no mejor que su hijo Theo!

Elias silbó impresionado. Incluso él había oído hablar de Theo Savas. Todo el que supiera algo de navegación conocía a Theo Savas. Había representado a Grecia en los Juegos Olímpicos y había ganado innumerables competiciones. Además de un aventurero, era un hombre fuerte y muy guapo, una especie de dios griego.

Aunque se había criado en Queens.

—Theo me ganó —resumió su padre—. Socrates se quedará con la casa… a menos que accedas a ser el director general de Antonides Marine durante los próximos dos años.

—¡Dos años!

—Vamos, no es tanto tiempo —protestó Aeolus.

Elias no podía creerlo.

—¿Y qué demonios le he hecho yo? —se preguntó.

—¿Qué? No le has hecho nada. ¿A qué te refieres?

—Nada. Olvídalo —no había motivo para tomárselo como algo personal, aquello era lo que hacía Savas con todas las empresas que adquiría.

Respiró hondo y trató de pensarlo con más calma. Dos años no era un precio demasiado alto, había pagado otros mucho mayores. Además, no se trataba de su vida, sino de la de su familia. Después de todo lo que había hecho, también podría hacer aquello.

—De acuerdo —dijo por fin—. Me quedaré.

Su padre sonrió y volvió a respirar.

—¡Sabía que podía contar contigo!

—¡Pero no pienso permitir que Socrates Savas sea el jefe!

—¡Por supuesto que no! —exclamó Aeolus con extremo alivio—. Lo será su hija.

La nueva presidenta de Antonides Marine International no había pegado ojo en toda la noche.

Había pasado horas tumbada en la cama con una sonrisa de oreja a oreja, pensando en las posibilidades que se abrían ante ella, satisfecha de que por fin su padre estuviera dispuesto a admitir que trabajaba bien.

Tallie sabía que no era fácil para él. Socrates Savas era un hombre tradicional y muy testarudo que conservaba intactas sus raíces griegas

a pesar de que hacía ya dos generaciones que la familia estaba alejada del viejo país. Su padre tenía la convicción de que sus hijos varones seguirían sus pasos y acabarían haciéndose cargo del negocio familiar, mientras que su única hija, Thalia, se quedaría en casa, cosiendo, cocinando y algún día, se casaría con un griego bueno y trabajador con el que les daría muchos nietos griegos de ojos negros.

Pero eso no iba a suceder.

Tallie se habría casado si el teniente Brian O'Malley no hubiera muerto en aquel accidente de avión hacía siete años. La vida habría sido muy diferente entonces. Pero desde la muerte de Brian no había conocido a nadie que la tentara ni lo más mínimo.

Y no era porque su padre no lo hubiera intentado. A veces creía que ya le había presentado a todos los griegos solteros de la Costa Este de los Estados Unidos.

Cuando, más de una vez, le había dicho que se dedicara a buscar esposa a sus hermanos, Socrates se había quejado de sus hijos. Ellos eran para él un misterio aún mayor que Thalia. Theo, George, Demetrios y Yiannis no habían mostrado interés alguno en participar en el negocio de su padre. Cada uno tenía ya su vida formada al margen de la empresa familiar. Theo, el mayor, era un magnífico deportista con medallas en todo tipo de competiciones de navegación. Si alguien intentara atarlo a una oficina, o incluso a una ciudad, se moriría. Pero Socrates no lo comprendía, pensaba que sólo «hacía el tonto con los barcos». George era físico. Estaba desmarañando los misterios del universo poco a poco. A Socrates no le cabía en la cabeza que su hijo ideara esas teorías.

Demetrios era un conocido actor de televisión, protagonista de su propia serie.

Su cara… y gran parte de su torso desnudo habían protagonizado hasta hacía poco un enorme cartel publicitario que presidía Times Square. Al verlo, Socrates había cerrado los ojos y se había preguntado qué le quedaría por ver. Por último, Yiannis, el más joven de los hermanos mayores de Tallie, que, al igual que los demás había nacido y crecido en la ciudad, hacía cinco años había acabado su licenciatura en Ingeniería Forestal y ahora vivía y trabajaba en lo alto de una montaña en Montana.

Así pues, Tallie era la única a la que siempre le habían interesado los negocios, y la única que tenía talento para dicho trabajo. Desgraciadamente, su padre nunca había estado por la labor de que su hija siguiera sus pasos por lo que, siempre que se había enterado de que Tallie trabajaba para alguna de sus empresas, se había encargado de que la despidieran.

Y a ella no le había quedado más remedio que trabajar para otros. Tallie era tan testaruda como su padre. Después de estudiar

Contabilidad y Gestión en la Universidad había trabajado como contable en una fábrica de tortillas mexicana y más tarde en una pastelería donde había decidido que, si algún día decidía abrir su propio negocio, sería una pastelería, pues le encantaba hacer tartas, pasteles y todo tipo de galletas. Pero por el momento prefería hacerlo por placer.

Desde hacía un año y medio, ya con el título del master en Gestión de Empresas y después de haber intentado una vez más trabajar para su padre, había empezado a trabajar en una de las empresas de la competencia. Y le había ido muy bien hasta que hacía dos semanas, su padre la había llamado al trabajo para invitarla a cenar. Tallie había aceptado, sorprendida, pero también convencida de que se trataba de otra encerrona para presentarle algún hombre casadero.

Sin embargo, al llegar al restaurante se había encontrado a su padre solo y con una oferta de empleo que la había dejado boquiabierta. La sorpresa no había hecho más que aumentar al oír el tipo de empleo que le estaba ofreciendo, ¡presidenta de Antonides Marine!

Cuando por fin había aceptado la oferta, dispuesta a demostrarle a su padre que era capaz de hacerlo bien, Socrates Savas la había mirado con un extraño brillo en los ojos, como el de un tiburón a punto de comerse a su presa. Pero a Tallie no le había importado. Fuesen cuales fuesen los planes ocultos de su padre, y sin duda los tenía, ella iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para demostrarle que podía confiar en ella.

Las dos semanas que había tenido antes de ocupar su puesto las había dedicado a investigar a fondo Antonides Marine International. Lo que había aprendido de la empresa no había hecho más que aumentar sus ganas de formar parte de ella.

Y ahora, mientras miraba la fachada del viejo almacén de Brooklyn que albergaba Antonides Marine, pensó que habían acertado al cambiar la ubicación de las oficinas. Sabía que había sido una medida de reducción de gastos, pero lo cierto era que un negocio de construcción de barcos encajaba perfectamente en aquel barrio, cerca del río y de los muelles, y no en el centro de Manhattan, donde había estado hasta hacía unos meses.

Llegaba temprano, muy temprano, pero no había podido esperar más. Abrió la puerta y entró al vestíbulo. Fue como encontrarse con el océano. Esperaba ver el típico ambiente frío y formal de cualquier edificio de oficinas, por lo que se quedó boquiabierta al verse frente a frente con un maravilloso mural que representaba el mar Mediterráneo y varias islas llenas de pequeñas construcciones blancas. Era enormemente sencillo.

Tallie nunca había estado en la tierra de sus ancestros, nunca había

encontrado el tiempo necesario para hacerlo. Pero había identificado la imagen nada más verla y lo cierto era que, sólo con ver aquel mural, deseó visitar el país que había visto nacer a sus antepasados, lo cual resultaba curioso porque nunca había sentido demasiada curiosidad por Grecia. Seguramente aquel país representaba las tradiciones que tan arraigadas tenía su padre y contra las que ella llevaba toda la vida luchando.

No obstante, lo que más deseaba en aquel momento era llegar al tercer piso y encontrar su despacho. No se encontró con nadie, lo cual era de suponer teniendo en cuenta que eran las seis y media de la mañana, pero no importaba porque tenía su propia llave, la llave de la empresa de la que era presidenta.

Ahora sólo tenía que demostrar que era digna del cargo.

Llegaba tarde.

Su primer día como presidenta de Antonides Marine y ni siquiera se molestaba en llegar a su hora. Elias salió de su despacho con el café en la mano. Seguramente debería alegrarse de que Thalia no fuera la esforzada trabajadora que Socrates había asegurado; cuanto menos tiempo estuviera allí, menos posibilidades tendría de meter la pata o de interferir en los asuntos de la empresa.

En las dos últimas semanas, Elias se había asegurado de dejar todo atado y bien atado para limitar los posibles daños de su llegada. Entre aquellas medidas figuraba la de dejarle el despacho con vistas al río; era más grande y luminoso que el de él, pero estaba muy apartado del corazón de la empresa, así que a la nueva presidenta le resultaría más difícil enterarse de lo que se cocía y él podría seguir dirigiendo el negocio como siempre. Que era lo que debería haber estado haciendo en aquel momento.

Alrededor de la mesa de Rosie, su secretaria, había otras seis personas, todas ellas con una galleta en la mano. Nada más verlo, Lucy, la responsable de contabilidad, le ofreció una, Elias la aceptó, resignado a esperar la llegada de la intrusa, a pesar de que ya eran casi las nueve y media de la mañana.

Aun sabiendo que su secretaria ni siquiera preparaba café para nadie, Elias dio por hecho que había sido ella la que había llevado aquellas galletas para impresionar a su nueva jefa y, nada más probarlas, tuvo que admitir que Thalia Savas iba a quedar gratamente impresionada porque estaban deliciosas.

—Impresionantes —le dijo a Rosie—. Ahora comprendo por qué no haces galletas más a menudo.

—Yo no hago galletas jamás —replicó Rosie.

Elias la miró confundido y después echó un vistazo a los demás, pero todos negaron con la cabeza.

—Quizá las haya traído la nueva —sugirió Giulia, una de las

taquígrafas, que por cierto estaba a punto de dar a luz.

—¿Qué nueva? —preguntó Elias pensando que sería la sustituía que iban a mandar de la agencia de empleo para relevar a Giulia.

—Supongo que ésa soy yo —dijo una voz desde la entrada.

Aquella mujer no se parecía en nada a las chicas que solían enviar desde la agencia de empleo. En primer lugar porque parecía algo mayor, probablemente estaría cerca de los treinta, pero sobre todo porque era elegante y distinguida.

Además, no llevaba ningún pendiente en la nariz ni el pelo teñido de azul. Su cabello, recogido con varios prendedores, parecía tener vida propia; era una melena salvaje y muy sexy.

Sin darse cuenta, Elias se encontró imaginando el aspecto que tendría aquella mujer recién levantada de la cama, e incluso en la cama. Eso lo hizo reaccionar de inmediato. Apreciaba la belleza femenina como el que más, pero no solía fantasear con llevarse a una mujer a la cama sólo un segundo después de haberla conocido.

Hundió las manos en los bolsillos y apartó de su mente la peligrosa idea de mezclar los negocios con el placer.

—¿Ha hecho usted estas galletas? —le preguntó.

Ella asintió, sonriendo.

—¿Le gustan?

—Están deliciosas —admitió sin entusiasmo porque no quería hacerle creer que sus habilidades culinarias le servirían para trepar en aquella empresa—. Pero no es necesario que traiga nada. Sólo tiene que hacer su trabajo.

—¿Mi trabajo? —repitió ella, confundida.

Parecía que su inteligencia no estaba a la altura de su trabajo.

—Archivar documentos, mecanografiar cartas… hacer lo que se le pida.

—Yo no sé mecanografía y odio archivar. Y rara vez hago lo que me mandan —

replicó alegremente.

Elias frunció el ceño.

—¿Entonces qué demonios hace aquí?

—Soy Tallie Savas —dijo tendiéndole la mano—. La nueva presidenta.

Encantada de conocerlo.

Capítulo 2

«Maldito Socrates». Con sólo ver a Elias Antonides, Tallie comprendió de inmediato la trampa que le había tendido su padre. Y ella creía que por fin estaba tomándola en serio. Ahora sabía que ofrecerle la presidencia de Antonides Marine no era más que otra manera de ponerla en el camino de aquel dios griego.

Porque eso era lo que era Elias Antonides, un increíble dios griego de cabello negro y ondulado, pómulos marcados y una nariz cuya imperfección no hacía más que aumentar su atractivo, lo hacía parecer más duro… un dios capaz de luchar contra un monstruo marino con una mano mientras con la otra atacaba Troya.

Y, naturalmente, no llevaba alianza, lo cual confirmaba sus sospechas. Bueno, lo que estaba claro era que no podía negar que su padre tenía grandes aspiraciones para ella. ¿En qué cabeza cabía que un bombón como aquél fuera a interesarse en alguien como ella? Tallie sabía que no tenía mal aspecto. Era pasable, pero no llamativamente guapa. A algunos hombres les gustaba su pelo, pero rara vez apreciaban su energía, o el cerebro que escondía aquella abundante cabellera. Lo que atraía a la mayoría era el dinero de su padre, pero pocos estaban dispuestos a tragar con una mujer con ideas propias.

Sólo Brian la había amado tal como era. Hasta que encontrara otro hombre que quisiera hacer lo mismo, no le interesaba nadie. Un hombre así no se sentiría intimidado por su inteligencia, ni atraído sólo por su pelo o por la fortuna de su padre, sino que la amaría a ella.

Desde luego no la miraría horrorizado como estaba haciendo en aquel momento Elias Antonides. Al menos no tenía por qué preocuparse de que Elias estuviera implicado en la estratagema de su padre.

Pero, si su presencia le resultaba tan desagradable, ¿por qué no le habría dicho nada a su padre? Al fin y al cabo, él era el que había sacado a la empresa del pozo en el que se encontraba, sin duda tendría capacidad de decisión.

Quizá sólo estuviera de mal humor.

Como ella no lo estaba, iba a esforzarse por sacar el máximo provecho a aquella oportunidad laboral. Por eso le habló con una sonrisa en los labios.

—Usted debe de ser Elias. Me alegro de conocerlo. Y me alegro de que le gusten mis galletas. Pensé que era buena idea empezar igual que pienso continuar.

—¿Haciendo galletas? —la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Sí —respondió con firmeza, tratando de no dejarse influir por el increíble atractivo de aquel hombre. Cómo odiaba a su padre—. A la gente le gustan… y así vienen más contentos a trabajar. Siempre he creído que la moral de los trabajadores es muy importante. Si un trabajador tiene la moral por los suelos, el negocio se resiente.

—La moral de los trabajadores de Antonides Marine está perfectamente.

Estupendo, que siguiera con esa arrogancia, así le resultaría más fácil resistirse a sus encantos.

—Por supuesto —dijo Tallie enseguida—. Y yo quiero que siga siendo así.

—Un par de galletas no le levanta la moral a nadie.

—Pero tampoco hacen ningún daño —dijo ella—. Y mejoran la calidad de vida, ¿no creen? —miró al grupo y vio varias cabezas que asentían vigorosamente.

La mirada de Elias los hizo quedarse inmóviles de inmediato.

—¿No tenéis trabajo?

Todos ellos bajaron la cabeza y se dispusieron a ausentarse. Antes de que lo hicieran, Tallie comentó que quería conocerlos, así que Elias no tuvo otro remedio que presentárselos uno por uno. Formaban un grupo muy agradable, pensó Tallie tratando de memorizar los nombres y los rostros de sus nuevos compañeros de trabajo. Todos la saludaron con una sonrisa y unas palabras de bienvenida o de agradecimiento por las galletas.

Todos excepto Elias Antonides, que no dijo ni palabra.

Finalmente, el grupo volvió a sus quehaceres. Tallie miró a Elias, él también la observaba… como si fuera una bomba que tuviera que desactivar.

—Quizá deberíamos hablar —sugirió ella—. Conocernos un poco.

—Puede ser —respondió él sin el menor entusiasmo. Se pasó la mano por el pelo, respiró hondo y llamó a los dos hombres que le acababa de presentar como Paul y Dyson—. Continuad con el proyecto Corbett, estaré con vosotros enseguida.

—Si tiene que ir, no se preocupe por mí —se apresuró a decir Tallie.

—No lo haré.

La verdad era que no estaba siendo nada amable.

Pero Tallie insistió, empeñada en atraer su interés:

—Siento no haberle avisado de que ya estaba aquí. Llegué a eso de las siete, supongo que estaba impaciente por empezar. El primer día de clase siempre llegaba al colegio varias horas antes de lo que debía. ¿No le pasa a usted a veces?

—No.

De acuerdo, tenía que probar otro enfoque.

—Encontré mi despacho; por cierto, gracias por la placa con mi nombre. Y

gracias por los informes fiscales que me hizo llegar a través de mi padre. Ya los he leído y tengo algunas preguntas que hacerle. Por ejemplo, ¿ha tenido en cuenta que, aunque es una adquisición perfectamente viable, la propiedad de Corbett podría no ser la mejor manera de empezar la expansión de Antonides?

—Escuche, señorita Savas —la interrumpió abruptamente—. Esto no va a funcionar.

—¿El qué?

—¡Esto! Esto de las preguntas y las respuestas. ¡Por el amor de Dios! Primero trae galletas y luego empieza a hacerme preguntas sobre cosas de las que no tiene la menor idea. No tengo tiempo para esto. Tengo una empresa que dirigir.

—Una empresa de la que yo soy presidenta —le recordó Tallie.

—Por culpa de una apuesta.

—¿Una apuesta? ¿De qué habla?

Sus ojos negros la miraron con gesto acusador.

—¿No lo sabe?

Pero antes de que pudiera siquiera negar con la cabeza, él soltó un resoplido.

—No, está claro que no lo sabe —abrió la boca para decir algo más, pero enseguida volvió a cerrarla—. Aquí no —murmuró mirando a su alrededor—.

Acompáñeme.

La agarró del brazo y la llevó hasta su despacho, donde cerró la puerta a su espalda. El despacho de Elias Antonides era mucho más pequeño que el que le había dejado a ella. Ni siquiera tenía ventana; sólo un escritorio rebosante de papeles, dos archivadores, tres enormes estanterías y otro increíble mural, sin duda pintado por el mismo artista que el del vestíbulo.

—¡Vaya! —exclamó Tallie de manera involuntaria—. Es impresionante —

añadió al ver el gesto de confusión de Elias—. Con esto no necesita ventana.

—No —observó el mural durante unos segundos, pero de pronto se volvió a mirarla a ella y le señaló una silla—. Siéntese.

Más que una invitación era una orden, pero Tallie pensó que no merecía la pena protestar, así que se sentó y esperó a que él hiciera lo mismo. Pero no lo hizo, sino que se quedó de pie al otro lado del escritorio. Seguía apretando los dientes. Varias veces fue a decir algo, pero debió de cambiar de opinión porque no dijo nada hasta que Tallie no habló.

—La apuesta —dijo ella, no muy segura de querer saberlo.

—A mi padre le gusta considerarse un buen navegante —dijo Elias por fin—. Y, después de haber vendido el cuarenta por ciento de las acciones de la empresa sin consultárselo a nadie…

Aquello iba mal.

—… debió de pensar que no había metido la pata lo bastante y decidió hacer una apuesta con su padre —Elias apretó los puños y Tallie tuvo la sensación de que en realidad le habría gustado estar estrujándole el cuello a su padre.

—¿Qué clase de apuesta? —preguntó Tallie con cierto temor y rezando por que su padre no se hubiera apostado a su propia hija. Hasta el momento no había llegado a tal extremo en su intento de casarla, pero tampoco lo descartaría.

—El ganador se quedaría con la casa griega del otro y con la presidencia de Antonides Marine.

—¡Eso es ridículo! —protestó Tallie—. ¿Para qué iba a querer mi padre otra casa? —la familia Savas ya tenía cinco residencias.

—No tengo la menor idea —admitió él con tristeza—. En el caso de mi padre se trata de una casa que ha pertenecido a varias generaciones de Antonides.

—¿Por qué harían algo así? ¿Por la presidencia?

—No. Mi padre lo hizo porque creía que ganaría. Le gustan los desafíos y se considera buen navegante, pero no había contado con su hermano, el deportista olímpico.

—Dios mío. Mi padre hizo que fuera Theo el que compitiera.

No era una pregunta, claro que había optado por Theo; su padre siempre jugaba a ganar. En aquel caso, Aeolus tenía algo que Socrates deseaba y que valía más que cualquier casa… la presidencia para su hija y por tanto, la posibilidad de acercarla a aquel dios griego.

Por lo menos no la había ofrecido en matrimonio, aunque lo que había hecho era casi peor.

—Tenemos que anular la apuesta —anunció Tallie con firmeza. Por mucho que deseara aquella oportunidad laboral, no la quería de aquel modo—. Yo dimitiré y la casa de los Antonides quedará a salvo.

Elias parecía sorprendido de que hubiera sugerido algo así.

—No serviría de nada.

—¿Por qué no?

—Porque la casa ahora pertenece a su padre. La ganó de manera justa —torció el gesto al decir aquello—. O al menos, todo lo justa que puede ser en el caso de Socrates Savas.

—¡Mi padre jamás ha engañado a nadie! —Tallie defendió a su padre con furia.

Su padre era capaz de presionar y llevar a sus adversarios al límite, pero no engañaba a nadie.

—Lo que usted diga —respondió Elias encogiéndose de hombros—.

La casa es suya y querrá quedársela.

—Le diré que no lo haga y le amenazaré con dimitir si no lo hace.

—No, tiene que aceptar este empleo.

—¿Por qué?

—Porque ése es el trato que hicieron. Es la única manera en la que podremos recuperar la casa.

—No entiendo nada —lo único que sabía a esas alturas era que iba a matar a su padre.

—Su padre le dijo al mío que la casa volvería a ser suya dentro de dos años… —

Elias negó con la cabeza.

—¿Si…? —añadió Tallie, porque sabía que siempre había una condición.

—Si yo sigo siendo el director general de la empresa —dijo por fin —. Y usted se queda como presidenta.

—¿Durante dos años?

Era evidente que su padre no tenía mucha confianza en ella si creía que necesitaría dos años para llevar a Elias al altar, pensó Tallie con tristeza. O quizá Socrates había pensado que necesitaría dos años para convencerla de que era buena idea, lo cual era imposible porque no lo era en absoluto.

—Es absurdo —dijo ella—. Nosotros no tenemos por qué jugar a su juego… Al fin y al cabo no es más que una casa.

—Sí —murmuró él—. Pero es la casa en la que nació mi padre y su padre y mi bisabuelo. Yo no nací allí porque mis padres se habían trasladado a Nueva York el año anterior, pero vamos cada poco tiempo. Allí aprendí a construir botes con mi abuelo cuando era pequeño —ahora no hablaba con frialdad alguna, sino con toda la emoción que había estado conteniendo—. ¡Mis padres se casaron allí, por el amor de Dios! Esa casa es nuestra historia.

—Su padre no tenía que habérsela apostado —Tallie estaba casi tan enfadada con Aeolus Antonides como su hijo.

—¡Claro que no! Y el suyo no debería haberse aprovechado de un hombre al que no se le puede dejar solo.

Se miraron con furia el uno al otro.

Tallie pensó que en el fondo Elias tenía razón. Su padre siempre saltaba a la mínima oportunidad, quizá porque era lo que le habían enseñado a hacer sus padres, que jamás habían tenido nada en su vida, ni la más mínima facilidad ni comodidad económica. La familia Antonides tenía una casa que les había pertenecido durante generaciones, los Savas, sin embargo, siempre habían sido pobres. Así que cuando Socrates veía una oportunidad, la aprovechaba.

—¿Entonces qué cree que deberíamos hacer nosotros? —preguntó ella.

—Nosotros nada —replicó Elias bruscamente—. Yo voy a seguir haciendo lo que llevo haciendo desde hace ocho años, que es dirigir la empresa que conseguí sacar de la ruina en la que se encontraba. Y usted, señora presidenta, puede sentarse en su despacho o hacer galletas… o limarse las uñas.

—¡No pienso sentarme a limarme las uñas!

—Haga lo que quiera, pero no se ponga en mi camino.

Tallie lo miró boquiabierta.

—¡Soy la presidenta!

—No, es una intrusa —respondió él rotundamente—. ¿Por qué quiso su padre meterla aquí?

Tallie notó que se ruborizaba. Sabía la respuesta, pero no iba a dársela.

—¡Porque estoy perfectamente capacitada para hacer el trabajo! —lo cual también era cierto.

—Pero no sabe ni palabra del negocio de construcción de barcos —replicó Elias.

—Aprenderé. He leído todos los informes que me dio mi padre y todos los artículos sobre Antonides Marine International que he podido encontrar en periódicos y revistas. Llevo toda la mañana leyendo los estados de cuentas que me dejó usted en el despacho. Y ya le he dicho que hay algunas cosas que me preocupan…

—No tiene por qué preocuparse.

—Yo creo que sí. Si Antonides Marine va a dejar de dedicarse exclusivamente a la construcción de barcos, me parece que deberíamos estudiar varias opciones…

—Ya lo he hecho.

—…y deberíamos idear una estrategia de marketing…

—Ya lo he hecho.

—… antes de que tomemos una decisión.

—Yo tomaré la decisión.

Se lanzaron otra dura mirada.

—Escuche —dijo Tallie después de unos segundos durante los que intentó reunir toda su paciencia—, los dos estamos de acuerdo en que no puedo marcharme… aunque tengamos diferentes motivos para creerlo —dijo a toda prisa antes de darle tiempo a hablar—. Así que voy a quedarme. Y, puesto que voy a estar aquí algún tiempo, voy a tomar parte en las decisiones. Le guste o no, soy la presidenta de la empresa y no voy a permitir que se me deje de lado.

Elias apretó los dientes mientras la miraba con furia contenida, ella respondió con la misma intensidad. Y podrían haber seguido así mucho tiempo si no hubiera sonado el teléfono.

Según le dijo, era su hermana y, por el modo en que lo dijo, Tallie no habría querido ser ella en aquel momento, bueno, ni en ningún

otro.

Tallie necesitaba tiempo para pensar en todo lo que acababa de descubrir, así que se puso en pie y se dispuso a salir:

—Estaré en mi despacho si me necesita.

—Sí, sí —farfulló Elias.

Ella lo miró con dureza, pero Elias no pudo verlo porque le había dado la espalda para hablar por teléfono.

Esa vez no se trataba de la tienda de abalorios; como Elias había sospechado, no se trataba más que de un capricho momentáneo. De todos modos, la conversación se desarrolló de la misma manera, Elias acabó diciendo un rotundo no a su hermanita.

Y se lo hubiera dicho antes si no hubiera estado distraído pensando en su frustrante conversación con la nueva presidenta. No paraba de darle vueltas, intentaba encontrar la manera de persuadir a la irritante señorita Savas para que no se entrometiera en los negocios de Antonides Marine, pero no conseguía dar con la solución. Como ella misma le había dicho, Thalia Savas no tenía intención de seguir las órdenes de nadie.

Cuando empezó a prestar verdadera atención a Cristina, se dio cuenta de que estaba intentando convencerlo para que fuera a navegar a Montauk con ella y con su novio. Lo primero que le sorprendió a Elias fue que siguiera con Mark después de casi dos meses, era todo un récord.

—Podrías traer a Gretl —le sugirió su hermana con entusiasmo—. Mark y yo la vimos el otro día. No sé por qué la dejaste.

Y no sería él el que se lo explicara.

Había conocido a Gretl Gustavsson poco después de que ella hubiera roto con su novio y, según le había dicho, por el momento no buscaba ninguna relación seria.

Como Elias tampoco había deseado nada serio, ni lo desearía nunca, ambos habían disfrutado libremente de la compañía del otro. La relación, si podía llamarse así, había durado los dos últimos años… hasta que Gretl había empezado a actuar como si hubiera algo más de lo que en realidad había. Finalmente, le había dicho que el tiempo que había pasado con él había sido un desperdicio y Elias lo había aceptado sin ningún problema y se había despedido de ella. No la había vuelto a ver desde entonces.

Su hermana seguía insistiendo en que Gretl era un encanto pero que, si no era ella, tendría que encargarse de buscarle a otra.

—No te molestes —se apresuró a decir Elias—. Estoy muy ocupado con la empresa, sobre todo ahora que tenemos nueva presidenta.

—Me lo dijo papá. ¡Es una mujer! —exclamó Cristina antes de echarse a reír—.

¿Crees que papá trata de emparejaros?

—¡Por supuesto que no! —aunque lo cierto era que la idea se le había pasado por la cabeza. Pero su padre no solía ser tan sutil; él era más bien de los que le presentaba a las mujeres a bocajarro.

Además, Aeolus Antonides nunca escogería a una mujer como Tallie Savas, a él le gustaban más las bellezas nórdicas, mujeres altas y rubias como Gretl. Sin embargo, Elias nunca había fantaseado con Gretl del modo que estaba fantaseando con Tallie a pesar de acabar de conocerla.

—Quizá me pase luego a ver cómo es —anunció Cristina con impaciencia.

—No te molestes. No tiene nada de especial –trató de desanimarla Elias—. Es una ejecutiva, licenciada universitaria y con un master en Gestión de Empresas. Una ejecutiva.

—Entonces no sé en qué estaría pensando papá.

—Dudo mucho que estuviera pensando.

Cristina se echó a reír.

—Papá no es tan malo, Elias. Mark le cae muy bien.

—Lo cual confirma mi teoría.

—No lo conoces.

—Claro que lo conozco —la corrigió Elias mientras pensaba que su hermana no parecía estar tan a la defensiva como con sus otros novios —. Estudiamos juntos en Yale.

—Pero ha cambiado mucho desde entonces.

Eso esperaba porque entonces Mark había sido un borracho juerguista que había sido admitido en Yale sólo porque su padre conocía a alguien. ¿Qué demonios les ocurría a los padres griegos?

—Si quieres que lo vea, llévalo a casa de papá y mamá el domingo.

—Lo llevaré si tú llevas a la nueva presidenta.

—Hasta luego Crissie —y colgó antes de que su hermanita tuviera otra brillante idea.

Tenía cosas más importantes que hacer, como convencer a Thalia de que se dedicara a limarse las uñas y se olvidara de los negocios... Claro que también podía hacer otra cosa, pensó relamiéndose.

Iba a darle algunos deberes que hacer a la señora presidenta.

Esa misma tarde, Elias apareció en su despacho con una pila de documentos que Tallie recibió con una sonrisa. Sin corresponder a dicha sonrisa, Elias salió de allí después de prometerle que le llevaría más al día siguiente. Tallie le dio las gracias y prometió leerlos todos.

Lo cierto era que aquello le resultaba muy interesante. Por el momento, todo lo que tenía que hacer era leer y escuchar, que era lo que había hecho en la sala de juntas durante la reunión que Elias había mantenido con Paul y Dyson. Nadie la había invitado, pero había ido de todos modos.

Durante la conversación, Elias la miró un par de veces como

esperando que interviniera, pero ella no lo hizo sino que prefirió seguir las enseñanzas de su padre de observar y escuchar antes de decir nada. Y escuchando se había quedado impresionada con la eficiencia de Elias y el meticuloso estudio que había llevado a cabo en relación con Corbett. De todos modos, Thalia seguía sin estar segura de que fuera la mejor estrategia para expandir el negocio. Seguiría escuchando y leyendo los informes que él le diera.

Y no le sorprendería que Elias le hubiera dado cientos de facturas o la lista de la compra. Pero, después de examinar los documentos, se dio cuenta de que no era así.

Allí había un resumen detallado de la historia de la empresa y del arduo trabajo que Elias Antonides había llevado a cabo en los ocho últimos años, durante los cuales sin duda habría tenido que enfrentarse a su padre en repetidas ocasiones para reparar los errores que había cometido. Nada más hacerse con el mando del negocio, lo primero que había hecho Elias había sido recortar los gastos y los lujos en los que había caído su padre, cosa que seguramente no le habría hecho mucha gracia a Aeolus.

Cuanto más leía, menos podía culpar a Elias de su actitud hacia ella. Al final del día, mientras observaba la puesta de sol sobre Manhattan, tuvo que admitir que, de haber estado en su lugar, ella también la habría considerado una intrusa.

A las ocho decidió que era hora de marcharse a casa y seguir leyendo allí los informes, pero eran tantos que necesitaba una caja para llevarlos, por lo que fue en busca de alguna. La oficina estaba desierta, todo el mundo se había marchado hacía ya tiempo. Mientras buscaba en el armario de material, recordó que al día siguiente debía llevar la receta de las galletas para Paul y para Rosie y sonrió al pensar lo amables que habían sido todos con ella.

—¿Puedo ayudarla?

Por el tono de voz de Elias, Tallie supo que lo que le estaba preguntando en realidad era qué demonios estaba haciendo. Levantó la vista y le sonrió.

—También usted sigue aquí. Estaba buscando una caja para llevarme esto a casa —respondió ella en el mismo tono formal—. Son los informes que me ha dado antes —añadió al ver su gesto de confusión.

—No hace falta que se lleve nada a casa —dijo él, interponiéndose en su camino

—. Se toma demasiadas molestias.

—No es molestia, es mi trabajo.

Elias apretó los dientes y se apartó, pero Tallie sabía que se moría de ganas de decirle que no era su trabajo sino el de él.

—Se acabó tu maravilloso primer día en Antonides Marine —

murmuró Tallie para sí mientras lo veía meterse en su despacho.

No había duda… la presencia de Tallie Savas iba a ser toda una pesadilla.

¿Quién demonios necesitaba una presidenta que hacía galletas y se sentaba en las reuniones para tomar notas y no decir nada?

Elias se quedó frente a la puerta de cristal de su despacho y la vio cargar la caja con los documentos que, incomprensiblemente, insistía en llevarse a casa. Un caballero saldría a ayudarla, pero Elias no se sentía por la labor en aquel momento; en realidad lo que desearía sería verla caer bajo el peso de la enorme caja. Claro que entonces su padre le haría pagar todos los gastos médicos.

Quizá por eso salió a ofrecerle ayuda, eso sí, sin demasiado entusiasmo. Pero ella le dio las gracias y rechazó su ayuda con una sonrisa. Elias volvió a su despacho muy molesto, pero sin saber por qué. Siguió observándola desde el otro lado de la puerta, pensando que si se le caían los papeles, no le quedaría más remedio que dejarse ayudar.

Pero justo en ese momento apareció Martin de Boer, un periodista que trabajaba en una pequeña revista cuya sede se encontraba en la misma planta que Antonides Marine. Elias sólo había hablado con él un par de veces, pero le había bastado para saber que el periodista era un pomposo, arrogante y prepotente que creía saberlo todo.

La opinión que tenía de él no mejoró al verlo sonreír a Tallie y menos aún cuando vio que ella aceptaba la ayuda que había rechazado antes de Elias.

Sintió el impulso de salir y quitarle la caja de las manos a ese cretino.

Afortunadamente, sonó el teléfono. Desgraciadamente, el que le llamaba era su padre.

—Cuéntame qué tal ha ido todo con la nueva presidenta.

Mientras veía a Tallie meterse en el ascensor con Martin de Boer, Elias dijo entre dientes:

—No preguntes.

Capítulo 3

El teléfono sonó nada más entrar Tallie por la puerta de su casa. Socrates quería saber cómo había ido todo y se lo preguntó en el tono más despreocupado del mundo. Como sabía que siempre era preferible hablar de manera voluntaria que someterse a las preguntas de su padre, Tallie le hizo un detallado relato de todo lo acontecido durante el día; le habló de los murales de las paredes, de los muebles y de la historia de la empresa… todo menos de lo que sabía que él quería oír.

—Bueno, parece que has tenido un buen día —dijo su padre cuando por fin dejó de hablar—. Pero no me has dicho nada de la gente. Las empresas las forman las personas, Thalia —insistió Socrates.

Tallie no esperó a que la presionara más para empezar a hablarle de todos los integrantes de la plantilla, y lo hizo dándole todos los datos de los que disponía sobre Rosie, Lucy, Paul, Dyson e incluso sobre las secretarias temporales.

—¿Y el hijo de Aeolus? —tuvo que preguntar al final—. Has conocido a Elias,

¿no?

—¿Elias? Sí, sí estaba —respondió ella con la misma despreocupación por la que había optado su padre.

No le dijo que estaba furioso porque Socrates y su padre hubieran hecho esa estúpida apuesta.

—Estupendo. Y, ¿ha sido amable contigo?

—Me ha dado muchos informes para leer —lo cual era verdad.

—Muy bien. Entonces… bueno, parece que te ha aceptado, ¿no?

—¿Como presidenta? —preguntó Tallie malévolamente—. Por lo visto no ha tenido otra opción.

—¡Eso no es cierto! —estalló Socrates.

—No, claro. ¿Entonces no es cierto que utilizaste a Theo para conseguir lo que querías? ¿No es cierto que le dijiste a Aeolus Antonides que le devolverías la casa que ha pertenecido a su familia durante siglos sólo si Elias continuaba como director general durante dos años?

Hubo un minuto de silencio durante el que seguramente su padre trató de reaccionar ante el inesperado ataque de su hija.

—Lo hice por ti, Thalia. Es la oportunidad que tanto tiempo llevabas pidiéndome.

—Como si ése fuera el verdadero motivo por el que lo hiciste.

Socrates protestó y resopló, pero no dijo ni una sola palabra.

—Deja de intentar controlar mi vida, papá —le pidió Tallie con

calma—. Y deja de buscarme hombres.

—¡Yo no he hecho tal cosa! Me he limitado a proporcionarte un…

—Hombre soltero.

—¿Y qué importa que esté soltero? No puedo hacer que te cases con él,

¿verdad?

—Pero lo harías si pudieras.

Hubo otra pausa antes de que Socrates dijera:

—El matrimonio es algo maravilloso. Tu madre y yo…

—Estáis hechos el uno para el otro. Y yo me alegro enormemente de que os tengáis el uno al otro —le dijo ella con total sinceridad—. Si Brian no hubiera muerto, yo también tendría a alguien, pero…

—Él no querría que te quedaras sola para siempre.

—Lo sé, pero tampoco querría que me casara con cualquiera sólo por casarme.

—Por supuesto, pero…

—Déjalo, papá, por favor.

—Ya está dejado —prometió Socrates después de otra pausa.

—Ya veremos —murmuró ella—. Tengo que dejarte, papá. Tengo que leer todos esos informes que me dio Elias.

—Ah, ¿sí? —su tono de voz cambió de manera radical—. Muy bien. Me preocupa la intención de Antonides de diversificar el negocio.

Vaya, eso quería decir que al menos su padre no la había metido en Antonides Marine únicamente para empujarla hacia Elias; de verdad tenía interés en el negocio.

—He oído que están pensando en comprar otra empresa —dijo Socrates—.

Cuéntame. Quizá conozca a alguien de la otra empresa. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—No lo he dicho.

Hubo un silencio que Tallie no intentó rellenar con una respuesta más larga.

—Entonces dímelo ahora.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes? —Socrates estaba obviamente sorprendido.

—Los negocios son los negocios. Y, como tú mismo me enseñaste, lo que sucede en la oficina es confidencial.

—Sí. Sí, claro que es confidencial. Pero, Thalia, soy el propietario del cuarenta por ciento de la empresa.

—Aun así —respondió Tallie con firmeza—. Perteneces a la junta de accionistas, pero no estás implicado en el día a día.

—Pero…

—Ve a la próxima junta de accionistas, papá —le sugirió con más dulzura—.

Allí te contaremos todo lo que necesites saber.

No era para tanto, se decía Elias a sí mismo cada mañana. El nombre de Tallie Savas estaba ahora en la puerta del despacho del presidente de Antonides Marine, ¿y qué importaba? Eso no influía en absoluto en su modo de dirigir la empresa.

Aunque en realidad, sí que influía.

Eso no significaba que Paul y Dyson le dieran la razón en todo, pero ellos no veían las cosas del modo que las veía Tallie. Dyson era una persona muy teórica, mientras que Paul era eminentemente práctico. Y Tallie… bueno, Tallie era Tallie.

Ella veía las cosas desde una perspectiva completamente diferente. La perspectiva de una mujer, como ella misma había dicho como si no tuviera la menor relevancia. Pero sí la tenía.

Resultaba enervante, pero claro que cambiaba las cosas. Tallie hablaba de cosas a las que Elias no prestaba la menor atención, como cómo se debía equilibrar la vida personal con el trabajo. El problema era que Elias no estaba muy familiarizado con el concepto de equilibrio; cuando estaba en el trabajo, pensaba en el trabajo y, cuando no lo estaba, también pensaba en el trabajo.

—Así son los negocios —le había dicho él.

—Usted no tiene vida propia —había replicado ella.

Y se habían mirado mutuamente con furia.

Pero lo cierto era que, por primera vez en muchos años, Elias se encontró con que tenía que enfrentarse a una enorme distracción. Él siempre se había fijado en la belleza femenina y eso no le causaba ningún problema. Pero hasta ese momento, había podido elegir el momento y el lugar en el que hacerlo. Jamás había mezclado los negocios con el placer, y seguía intentando no hacerlo.

Pero no estaba siendo fácil.

Ahora, en el peor de los momentos, por ejemplo en una reunión, mientras intentaba concentrarse en las palabras de Paul o de Dyson, descubría que estaba mirando a Tallie completamente absorto en los mechones salvajes de su cabello que se empeñaban en escaparse de cualquier prendedor que se pusiera. Sin poder evitarlo, se encontraba imaginando el aspecto que tendría con la melena suelta y qué se sentiría sumergiendo los dedos en aquel cabello.

Y justo en ese momento, siempre había alguna pregunta que le hacía quedar en evidencia. Era como volver a estar en el instituto. Elias estaba furioso, pero prefería no cuestionarse si lo estaba con Tallie por estar allí o consigo mismo por no ser capaz de no prestarle atención, así que lo que hacía era desafiarla, hacerle preguntas rebuscadas y muy difíciles.

Una y otra vez, ella respondía con inteligencia y sensatez, lo que demostraba que, mientras que él estaba ensimismado, Tallie sí atendía a lo que se estaba hablando.

—Esa Tallie es un as —le dijo Dyson una tarde después de una reunión.

Elias se limitó a gruñir y, al salir de la sala de juntas, se encontró a la señora presidenta dejando otra de sus ya célebres bandejas de galletas. Ése era otro problema. Llevaba galletas todos los días y, si no eran galletas, eran pastelitos o tartaletas. Todo el mundo estaba encantado.

—En otras oficinas les basta con la máquina de café, aquí tenemos toda una confitería —dijo él en tono de queja.

—Nadie protesta excepto usted —respondió Tallie.

Lo cual era cierto, pero eso no quería decir que estuviese bien.

—Ya protestarán cuando vean cómo les sube el colesterol.

Después de aquel día, Tallie añadió una amplia variedad de aperitivos de verduras frescas para hacerlo callar.

—No hay presupuesto para tantas delicadezas —advirtió Elias esa vez.

—Todo esto corre de mi cuenta —se limitó a decir ella con una sonrisa en los labios.

Por supuesto, el resto de empleados recibieron su generosidad encantados.

Elias, que presumía de haber creado un ambiente muy agradable en la empresa, tuvo que admitir que no era nada comparado con lo que Tallie había conseguido con sus manjares. Nunca había habido tantas conversaciones en la oficina. Ya no se limitaban a hablar de los resultados del último partido, sino que intercambiaban ideas, expresaban sus sentimientos e incluso hablaban de negocios. Durante aquellas conversaciones, a veces surgían buenísimas ideas relacionadas con el trabajo.

—Tu padre es más listo de lo que pensábamos —Dyson no sabía la historia al completo, pero sí estaba al corriente de que el nombramiento de Tallie había sido idea de Aeolus.

—Pura suerte —farfulló Elias.

—Pues no seré yo el que me queje —dijo Dyson mientras observaba a Tallie charlando con Rosie—. Esa mujer le ha venido muy bien a este lugar. Y además es muy guapa.

—No deberías decir eso en la oficina —le reprendió Elias.

—A Tallie no le molestaría, sólo me diría que yo también soy guapo —aseguró con satisfacción.

—Lo cual demuestra el mal gusto que tiene para los hombres.

Dyson se echó a reír y después lo miró de soslayo.

—Llevas hecho un gruñón desde que llegó. ¿No estarás celoso?

—Ni mucho menos —respondió Elias, no sin cierta rabia—. Te recuerdo que no te pagamos para que digas tonterías. A trabajar.

Una vez se hubo marchado Dyson, Elias tuvo que admitir, al menos ante sí mismo, que tenía razón. Seguramente Tallie habría dicho que era guapo. Dyson y ella se pasaban el día bromeando y él había llegado a tal punto de confianza que dejaba que lo llamara por su nombre de pila, Rufus, cosa que no le permitía a nadie. Tallie se reía de sus bromas con la misma entrega con la que escuchaba a Lucy hablar de sus nietos o a Paul de sus planes de boda.

Dios, Elias ni siquiera sabía que Paul fuera a casarse.

Pero Tallie sí lo sabía, igual que sabía cómo había llamado Giulia a su bebé o quién era el peluquero de Cara.

—¿Por qué? ¿Estás pensando teñirte el pelo de rosa como ella? —le había preguntado Elias un día después de oír la conversación entre las dos mujeres.

—En realidad era para asegurarme de que quien fuera nunca se acercara a mi pelo —había respondido ella riéndose.

Pero ésa había sido la única vez que Tallie se había reído con él. Aparte de eso, con él era todo trabajo, trabajo y más trabajo. Y lo cierto era que no se podía decir que Tallie no trabajara con ahínco. Llegaba pronto a la oficina y se iba tarde.

Pero si no se podía decir nada en contra de su dedicación, desde luego sí había mucho que decir sobre su gusto para los hombres.

Después de haberla ayudado el primer día con la caja de documentos, Martin de Boer se había pasado por la oficina una mañana para ver si estaba libre para comer.

—No, no lo está —había respondido Elias rápidamente sin dar tiempo a que hablara la interesada.

Tallie lo había mirado, sorprendida.

—Tenemos una comida de trabajo.

—¿De verdad? No lo sabía —Tallie había mirado a Martin encogiéndose de hombros—. Parece que no puedo.

—¿Y qué te parece si te invito a cenar? —había contraatacado el periodista.

Elias había apretado los dientes y no se había dado cuenta de que Tallie lo miraba hasta varios segundos después.

—¿Qué? —había preguntado él.

—No sé, ¿tenemos algún compromiso laboral para la cena? —había preguntado Tallie con fingida inocencia.

—No.

—Estupendo, entonces estaré encantada de cenar contigo, Martin.

Elias se había dado media vuelta y se había alejado de ellos. Pero se había enterado de que habían salido juntos y de que el pomposo de Martin la había llevado a la ópera.

—¿A la ópera? —se había burlado Elias al día siguiente.

—Yo prefiero el jazz, pero fue una experiencia muy enriquecedora —había asegurado Tallie—. Martin sabe mucho sobre la ópera.

—No lo dudo.

Definitivamente, tenía un terrible gusto para los hombres. Pero a él no le importaba, en absoluto. No, no tenía el menor interés en Tallie Savas. Sólo trabajaba con ella porque no tenía otra opción, pero era únicamente eso, trabajo.

Pero por algún motivo, se le había colado en la cabeza y no podía dejar de pensar en ella. No había pensado tanto en una mujer desde la época en la que había estado locamente enamorado de Millicent. Sólo tenía que pensar en el desastre que había resultado aquello para olvidarse de Tallie.

El conocimiento era poder, ¿verdad?

Tallie sabía que su padre trataba de emparejarla con Elias Antonides y que esperaba que se enamorara de él, así que lo único que tenía que hacer era resistir.

Muy sencillo.

Todas las noches cuando llegaba a casa de la oficina, Tallie daba de comer al gato, se preparaba la cena y hacía los ejercicios de Pilates para relajar las tensiones.

Después se metía en la cocina, sacaba la harina, el azúcar y la mantequilla y realmente empezaba a relajarse porque así era como de verdad se quitaba el estrés de encima, preparando galletas y pasteles.

Lo cierto era que estaba muy estresada. O quizá era frustración.

¿Quién no lo habría estado teniendo que pasar día tras día mirando, pero sin tocar, a aquel magnífico espécimen del sexo masculino que era Elias Antonides?

Bueno, seguramente Paul y Dyson no lo estaban. Y el resto de las mujeres de la oficina tenían pareja, así que seguramente tampoco. Qué suerte tenían.

Pero desgraciadamente Tallie sí se fijaba en él, en el modo en que fruncía el ceño cuando estaba inmerso en sus pensamientos, en los hoyitos que se le formaban en las mejillas cuando sonreía. Tallie se sentaba en las reuniones y, cuando se suponía que estaba escuchando atentamente, lo que hacía era observar las manos de Elias, esos callos tan poco usuales en un hombre rico. Y, a pesar de que deseaba no hacerlo, no podía evitar fijarse en los músculos que se ocultaban bajo su camisa, unos músculos que desde luego no había conseguido sentado en su despacho. En realidad, había pocas cosas de Elias Antonides en las que no se hubiera fijado.

Pero lo más peligroso era el modo en el que él la desafiaba. Siempre la miraba como si deseara verla desaparecer y después le hacía alguna pregunta complicada o esperaba a que Paul terminara

alguno de sus profundos análisis y entonces le decía.

«¿Qué opina, señorita Savas?»

Después de que la agarrara por sorpresa una vez y Tallie tuviera que inventarse algo basado en lo que había leído la noche anterior mientras notaba cómo se le ruborizaban las mejillas, había prometido no permitir que volviera a ocurrirle. Desde entonces se había convertido en una especie de juego; Tallie esperaba pacientemente a que Elias le hiciera alguna de sus preguntas para responderle con todo el ingenio y el conocimiento de los que disponía. De hecho, había llegado un punto en el que estaba deseando que él le preguntara algo para señalar algún detalle en el que quizá él no se hubiera fijado y así poder demostrarle que hacía bien su trabajo.

Aquel juego le disparaba la adrenalina, todo en Elias Antonides le disparaba la adrenalina y eso era algo que sólo Brian había conseguido. El teniente Brian O'Malley había sido el último hombre del que Tallie habría imaginado que acabaría enamorándose, pero su capacidad para desafiarla, para hacerla superarse a sí misma y para hacerla reír la habían vuelto loca. Brian la había ayudado a encontrar lo mejor de sí misma y, cuando su avión se había estrellado sólo siete meses antes de la boda, una parte de Tallie había muerto con él. Nunca nadie la había hecho sentirse tan viva como Brian.

Hasta ahora.

¡Pero Elias no era en absoluto como Brian!

Elias era guapo, mucho más guapo que su pelirrojo y pecoso teniente. Tenía una arrogancia que Brian había desconocido por completo. Además, Elias era el elegido de su padre, no el de ella. Y si se esforzaba tanto en provocarla y desafiarla, era porque estaba condenado a trabajar a su lado durante los siguientes dos años.

No era precisamente la situación ideal.

No le gustaba llegar a casa y seguir pensando en todo lo que Elias le había dicho a lo largo del día, ni que su presencia la distrajera del trabajo y le impidiera contestar mejor a sus sagaces preguntas. Pero las hormonas que llevaban dormidas desde la muerte de Brian parecían haber despertado para desconcertarla.

Lo que le resultaba más desconcertante era que ocurriera en el trabajo. Nada, ni siquiera Brian, la había hecho distraerse del trabajo. Claro que Brian nunca había estado en el mismo lugar en el que ella trabajaba. Elias sí lo estaba.

Había llegado a imaginar qué aspecto tendría sin aquellas camisas y aquellos pantalones impecables. ¡Se preguntaba qué aspecto tendría desnudo!

Así que hacía galletas todas las noches y a menudo salía con Martin. Aunque jamás tenía ese tipo de fantasías con Martin, a pesar de que era un tipo razonablemente guapo y tenía unos ojos muy

bonitos. ¿Pero se lo imaginaba desnudo?

Nunca.

Martin tenía aspecto de necesitar una buena comida, pero nunca lo hacía; sólo comía alimentos macrobióticos porque, según él, era lo más sano, no como sus galletas. Sin embargo, seguía saliendo con ella. Tallie se había dado cuenta de que Martin era capaz de pontificar sobre cualquier tema, y de hecho lo hacía. Le encantaba hablar de su perspectiva del mundo y de cómo el mundo no alcanzaba jamás lo que él esperaba.

Tallie también corría peligro de no estar a la altura de sus expectativas porque la noche que la había llevado a la ópera, había estado a punto de quedarse dormida.

Se habría quedado en casa leyendo los documentos que Elias le había dado de

«deberes», pero había estado el día entero tratando de quitarse de la cabeza la imagen de Elias con el bebé de Giulia en los brazos.

Por supuesto, no había sido idea de Elias. Giulia había ido a enseñarles a su niño y Elias había salido de su despacho a protestar por el ambiente de relajación que se respiraba en la oficina y le había pedido a Trina que, en lugar de estar charlando, se fuera a terminar el trabajo que él le había dado hacía unas horas. En lugar de hacerle algún comentario sarcástico, Trina se había limitado a acercarse a él y dejarle el niño antes de marcharse a su mesa.

Tallie no habría sabido decir quién parecía más sorprendido, si Elias o el bebé.

Habría jurado que Elias no tardaría ni un segundo en devolver el pequeño a su madre, pero después de un momento de silencio, había cambiado de postura con torpeza y se había quedado mirando al bebé. Y había sonreído.

Elias, no el bebé.

Había sido increíble. Desde entonces, Tallie no había podido olvidar la ternura de su rostro. No había impaciencia, ni furia, ni ninguna de las cosas que ella provocaba en él.

Había sido entonces cuando se había dado cuenta de algo enormemente peligroso; Elias era atractivo no sólo físicamente. Desde que lo había visto con el bebé, le resultaba mucho más difícil olvidarse de la atracción que sentía hacia él.

También se había fijado en que, cuando hablaba por teléfono con sus hermanas o con su madre, siempre escuchaba pacientemente. En definitiva, aunque en los negocios era un hombre muy duro, Elias Antonides tenía un lado humano y tierno, sobre todo en lo relacionado con la familia.

Era como descubrir que al lobo feroz le gustaban las películas de amor.

Y eso le daba motivos para preocuparse aún más.

Su madre había dejado de buscarle pareja.

Aunque había llegado a acostumbrarse a sus continuos esfuerzos por encontrarle a la mujer perfecta, Elias se había sentido aliviado, al menos al principio.

Después se había dado cuenta del motivo por el que había cesado el acoso de Helena Antonides.

Su madre ya no tenía que buscarle una mujer porque ya lo había hecho su padre. El problema era que esa vez Elias no podía decir lo que decía siempre: «No, mamá. No me interesa». Porque si lo hacía, sabrían que lo habían conseguido.

Elias sabía perfectamente lo que tenía que hacer, tenía que encontrar una mujer él solo. No para casarse, sino para salir con ella, para divertirse un poco y calmar su lógica frustración sexual. Era lógico que estuviera frustrado porque hacía meses que no estaba con una mujer, así que era evidente que tenía que encontrar a alguien.

¡Alguien que no fuera la presidenta de Antonides Marine!

Así que el lunes, en lugar de irse a casa después de trabajar, se dirigió a un bar cercano, se sentó en la barra con una cerveza y observó a las mujeres del lugar. El ruido era insoportable y las mujeres con las que habló, completamente insulsas.

Ninguna de ellas tenía el cabello indomable. Así que se terminó la cerveza y se marchó.

El martes probó en otro lugar; un club en el que había un cuarteto de jazz tocando en directo. A Elias le gustaba el jazz, por lo que pensó que allí sería más fácil encontrar un espíritu afín. Trató de no pensar en la mujer con la que trabajaba, a la que le gustaba el jazz, pero se iba a la ópera con Martin de Boer.

Habló con una chica llamada Abigail que le contó mil historias sobre sus compañeras de piso y su insoportable madre mientras él se preguntaba si Tallie escucharía jazz cuando preparaba las galletas. Abigail le dio su número de teléfono, pero al marcharse, Elias se dio cuenta de que se lo había dejado sobre la barra. Y le dio igual.

El miércoles optó por ir al gimnasio. Allí conoció a Clarice, una francesa de Burdeos con la que estuvo jugando al squash. Jugaba bien y a Elias le resultó seductor, por lo que cuando ella lo invitó a ir a su apartamento después del gimnasio, no dudó en aceptar.

Y Dios sabía qué habría pasado en su apartamento si al salir del gimnasio no le hubiera llamado su madre para contarle que su hermana Martha había roto con su novio. Después de la larga conversación, Clarice le dio una excusa y se despidió de él diciéndole que podrían verse cualquier otro día.

Pero no fue el jueves porque Elias se pasó el día entero con Paul y Tallie en la fábrica de Corbett. Mientras él hacía pregunta tras

pregunta y Paul estudiaba los informes de la empresa, Tallie se limitó a recorrer el lugar, hablando con los empleados y observándolo todo.

—¿Es la presidenta? —le preguntó Corbett con gesto de duda mientras la miraba durante más tiempo del que era necesario.

—Sí —respondió Elias tajantemente.

—No sé cómo puedes concentrarte en el trabajo —dijo Corbett con franqueza—.

Y guardar las distancias.

Aquél fue un comentario muy poco correcto que nadie debía hacer, pero también era lamentablemente acertado.

Tallie Savas era una tentación para él y cada día le resultaba más difícil alejarse de ella.

Capítulo 4

Tallie no estaba. Eran más de las diez de la mañana del viernes y Tallie aún no había llegado a la oficina. Hacía ya diez minutos que debería haber empezado la reunión que tenían programada con Paul y Dyson para tratar el tema de la adquisición de Corbett. Pero ella no se había dignado a acudir o a llamar siquiera.

Elias pensó que no debería sorprenderle. Desde el principio había sabido que aquel asunto de que Tallie Savas fuera la presidenta no duraría; era evidente que ella se lo tomaría como un juego, pues eso era lo que hacían las chicas ricas como ella.

No obstante, el modo en que había actuado durante las últimas tres semanas le había hecho preguntarse si no se habría equivocado al juzgarla. En ese tiempo, Tallie había dado la impresión de tomarse el trabajo muy en serio. Si bien era cierto que no había hecho ninguna pregunta durante la visita a la fábrica de Corbett, ni había comentado nada tampoco en el trayecto de vuelta a la oficina. Cada vez que Elias la había mirado, la había visto mirando por la ventanilla, seguramente aburrida.

Y esa mañana ni siquiera había aparecido. Elias había llegado preparado para enfrentarse a su deliciosa repostería y a esas faldas que se ponía y que dejaban ver sus esbeltas piernas. Al ver que no estaba se había enfadado de un modo totalmente incomprensible.

Todos y cada uno de los miembros del personal habían pasado por su despacho a preguntarle dónde estaba la presidenta, a todos ellos Elias les había dicho que no tenía la menor idea de dónde estaba. Ni lo sabía ni le importaba, se dijo con firmeza.

Se recostó en el respaldo del sillón y respiró hondo. Por primera vez desde que su padre le dio la terrible noticia, aquélla volvía a ser su empresa y parecía… ¿vacía?

Tonterías. Simplemente se había acostumbrado al jaleo que Tallie creaba en la oficina, pero en realidad era un alivio que no estuviera allí, complicándolo todo.

Sonó el teléfono y por una vez, deseó que fuera su padre para poder decirle que la presidenta de Antonides Marine no se había dignado a aparecer.

Pero no era él.

—Soy Savas —anunció una ronca voz de hombre.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Savas?

—Páseme a mi hija.

Elias frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Quiero hablar con Thalia —hizo una pausa—. No contesta al móvil porque sabe que soy yo.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar.

—Supongo que porque usted se lo ha dicho —replicó Socrates.

¿Que le había dicho qué? Elias no comprendía nada.

—Condenada muchacha —continuó hablando Socrates—. No hay manera de que me diga nada.

¿Sobre qué?, se preguntó Elias.

—No para de hablar de tonterías; que si el arquitecto lleva rastas y la mecanógrafa tiene el pelo azul. Pero de los negocios, ¡nada! Y usted… —otra pausa

—. ¿Qué piensa de mi hija?

Vaya.

—Es… muy inteligente.

—Por supuesto. ¡Es una Savas! Y muy guapa, ¿no cree?

—Sí, claro —asintió Elias con toda la indiferencia que pudo. En realidad creía que era increíblemente bella, pero no iba a decírselo a su padre precisamente.

—Eso es lo que yo le digo. ¿Entonces por qué quiere dedicarse a los negocios?

¡Es una mujer! Una mujer al cien por cien. Una mujer como Thalia debería casarse y tener hijos. Algún día será una excelente madre y esposa, ¿no le parece?

Le pasó por la cabeza la imagen de Tallie Savas con un pequeño Martin. Respiró hondo antes de contestar:

—Si ella lo desea… Quién sabe.

—¡Yo lo sé! —era evidente que Socrates sabía muy bien lo que quería.

De pronto, Elias comprendió perfectamente a Tallie. Socrates Savas era igual de insufrible para su hija que Helena Antonides para su hijo.

—Cuando esté casada dejaré de preocuparme de dónde está —siguió Socrates

—. Eso tendrá que hacerlo su marido. Bueno, dígale que me llame —era una orden, no un favor.

—Se lo diré.

Elias sonrió al imaginar lo que pensaría Tallie cuando le diera un mensaje de su padre. Salió a recepción, contento de tener una excusa para averiguar dónde estaba y le pidió a Rosie que la llamara.

—No contesta ni en el móvil ni en su casa —contestó Rosie después de varios intentos.

—¿Estará enferma? —preguntó Paul.

—Si estuviera enferma, estaría en casa, metida en la cama —replicó Elias—.

Seguramente tendría algo mejor que hacer. Lo que sé es que no

vamos a seguir esperándola —dijo, volviendo a la sala de juntas—. Había una reunión programada y vamos a celebrarla.

Paul y Dyson lo siguieron obedientemente. La reunión se desarrolló como lo habían hecho todas antes de la llegada de Tallie, pero esa vez hubo extrañas pausas, como si esperaran la intervención de la presidenta, señalando algo en lo que ellos no habían reparado.

Entonces se abrió la puerta. Los tres levantaron la mirada.

Oyeron algo metálico que chocaba contra el marco de la puerta y la voz preocupada de Rosie.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está haciendo aquí?

—¡Trabajo aquí! —exclamó Tallie, desafiante y empeñada en…

¿Pero qué…?

Todos se quedaron boquiabiertos al ver a Tallie entrar ayudada por unas muletas. Los tres se pusieron en pie de un salto. Dyson le ofreció una silla y Paul la ayudó a sentarse, mientras que Elias se limitó a observar la extraña escena.

—¿Qué le ha ocurrido?

Tenía el pelo despeinado y la ropa arrugada, un arañazo recorría su mejilla y en las rodillas tenía dos enormes heridas.

—Me ha atropellado un camión —respondió Tallie con una triste sonrisa.

Elias la miró boquiabierto.

—¿Cómo?

—Bueno, en realidad sólo me dio un golpe cuando me disponía a cruzar por un paso de peatones —explicó, encogiéndose de hombros —. Parece ser que ni siquiera me vio.

—¡Dios mío! ¿Y usted no lo vio, por el amor de Dios? ¡Podría haberla matado!

—Pero no lo hizo —matizó ella con una sonrisa—. Afortunadamente… o no —

añadió después de unos segundos—. Supongo que depende del punto de vista.

Seguramente usted preferiría que lo hubiera hecho.

—No sea tonta —le espetó Elias. Estaba furioso, pero no sabía con quién. Sin darse cuenta había partido en dos el lapicero que tenía en la mano—. ¿Qué demonios está haciendo aquí? ¿Por qué no está en el hospital?

—No grite —le pidió ella con un gesto de dolor—. Y deje de ir de un sitio a otro.

Me da dolor de cabeza.

Elias se detuvo en seco y se volvió a mirarla.

—¿Se ha golpeado la cabeza? Tiene un corte en la cara —se agachó a su lado para verlo mejor y, cuando quiso darse cuenta, estaba a sólo unos centímetros de sus grandes ojos marrones. Se puso

en pie de golpe—. ¿Qué hace que no está en el hospital?

Hizo todo lo que pudo para suavizar su tono de voz, pero en realidad lo que quería era estrangular a alguien.

—Porque hoy en día es difícil que te dejen ingresado. Te cosen, te curan y te mandan a casa —levantó una mano para adelantarse a su siguiente pregunta—: No tenía ningún sentido quedarme en casa sentada cuando puedo sentarme también aquí y asistir a la reunión. Sólo me he roto el tobillo y tengo algunas magulladuras —

al cambiar de postura en la silla, puso cara de dolor pero enseguida se esforzó por sonreír—. No es nada.

—¡Pero si podrían haberla matado, insensata! —insistió Elias, que no daba crédito a lo que oía.

—Lo sé, pero no fue así. Está claro que merecía otra oportunidad —sonrió con malicia—… quizá para seguir haciendo de su vida un auténtico infierno.

Elias resopló y se pasó la mano por el pelo.

—Estoy bien, de verdad.

Ahora parecía que era ella la que tenía que ayudarlo a él.

—Ya me he roto el tobillo otras veces y no es nada grave —aseguró ella—. Lo malo es que esta vez todas las galletas han acabado en el suelo.

—¿Eso es lo malo? ¡A nadie le importan sus galletas! —replicó Elias.

—A mí sí —le contradijo Dyson.

—Haré más.

—¡Estupendo! —exclamó Paul.

Esos dos idiotas parecían no haberse fijado en que tenía las manos llenas de cortes.

—¡Acaban de atropellada, no va a ponerse a hacer galletas!

—Bueno, yo no me refería a que las hiciera ahora, sino cuando se encontrara mejor… —se justificó Paul.

—Las haré cuando me encuentre bien —se volvió a mirar a Elias—. No ponga caras.

—¿Por qué? ¿También le da dolor de cabeza?

—La verdad es que sí. Ahora, ¿podríamos seguir con la reunión? Siento llegar tarde…

—¿Ha llamado a su padre? —le preguntó Elias de pronto.

—¡Claro que no! —contestó ella como si tal posibilidad ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza.

—¿No sabe lo que le ha ocurrido?

—No lo sabe nadie excepto el personal de urgencias, los de la ambulancia y vosotros. Sinceramente, mi padre es la última persona a la que pensaría en contarle algo así. Se pondría como loco.

—Ya lo ha hecho. Llamó hace algunas horas.

—¿Llamó aquí? —se le fue de la cara el poco color que tenía.

—Estaba preocupado. Dijo que usted estaba evitándolo —Elias preferiría haber seguido pensando que eso era lo que estaba sucediendo—. No lo llame si no quiere, pero le prometí que le daría el mensaje.

—¿Ha hablado con él? —parecía agobiada.

—Sí, no se preocupe. Vamos, debería irse a casa.

—No pienso irme, he venido a trabajar para poder asistir a esta maldita reunión y eso es lo que voy a hacer.

—¿Tenía miedo de que hiciera algo que no le pareciera bien? —preguntó Elias en tono de provocación.

—No —Tallie lo miró fijamente a los ojos—. Tenía miedo de que pensara que no estaba cumpliendo mi parte del trato.

Que era exactamente lo que había pensado.

—Muy bien —se rindió finalmente Elias.

La reunión se reanudó con dificultad por parte de todos; Paul parecía incapaz de retomar su exposición donde la había dejado, Dyson seguía mirando a Tallie con preocupación mientras ella trataba de ocultar el dolor que sentía con cada movimiento. Elias, por su parte, no escuchó nada de lo que se dijo. Sabía que debía prestar atención porque estaban tratando un tema muy relevante, pero sencillamente no podía. No podía dejar de mirarla, ni podía tragarse la furia de verla allí cuando debería estar en la cama.

Esperaba que llegaría el momento en que ella interrumpiría la reunión para decir que no aguantaba más y que se iba a casa. Pero no lo hizo. Siguió allí muy quieta, sin intervenir, pero de vez en cuando se pasaba la lengua por los labios.

¿Qué demonios intentaba demostrar?

En realidad, Elias sabía perfectamente que quería demostrarle a su padre que se equivocaba al creer que debería alejarse del mundo de los negocios. Y seguramente, pensó Elias con culpabilidad, trataba de demostrarle a él que estaba más que capacitada para estar allí y ocupar el puesto que ocupaba. Lo cierto era que en las últimas semanas, Elias había sido muy duro con ella; la había puesto a prueba, la había presionado y había dudado de ella en todo momento.

Y Tallie había respondido con determinación y eficiencia.

De pronto, Elias se puso en pie y dio la reunión por terminada.

—Necesito un poco más de tiempo para pensar en todo esto —explicó a sus sorprendidos ayudantes antes de dirigirse a Tallie—. Vamos, presidenta, nos vamos a casa.

Tallie necesitó unos segundos para reaccionar, lo cual demostraba, según Elias, que tenía razón en hacer lo que estaba haciendo.

—¿A qué viene esto?

—Es hora de cerrar —anunció mientras cerraba las persianas de las

ventanas—.

Los viernes de verano siempre nos vamos más temprano.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy —respondió Elias en un tono que no daba lugar a protestas. Miró a Paul y a Dyson como retándolos a llevarle la contraria.

—¡Es cierto! —exclamó Dyson frotándose las manos—. Casi lo había olvidado.

Yo me largo.

—Pero yo soy la presidenta —protestó.

—Puede seguir siéndolo desde casa —Elias fue hasta ella y le tendió una mano para ayudarla a levantarse—. Vamos.

Tallie lo miró, pero no le dio la mano. Qué mujer tan testaruda.

—Vamos, Tallie.

Por fin cedió con un suspiro de frustración. Elias la ayudó a ponerse en pie y después le colocó las muletas bajo los brazos.

—Pero no voy a irme —dijo ella—. Voy a comer con Martin.

—¡De eso nada!

—Claro que sí —insistió Tallie mientras intentaba llegar hasta la puerta, pero se encontraba más débil de lo que estaba dispuesta a admitir. Se tambaleó y se habría caído al suelo si Elias no la hubiera sujetado.

Vaya.

La dura Tallie Savas era increíblemente suave. Las palabras de su padre resonaron en la mente de Elias: «Es una mujer al cien por cien». Una mujer empeñada en seguir por su propio pie aunque fuera evidente que no tenía fuerzas para hacerlo.

—Agarra esto —le dijo Elias a Dyson, dándole las muletas. En un rápido movimiento levantó a la presidenta de Antonides Marine en brazos y se dispuso a salir de allí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó, furiosa.

—Llevarte a casa.

—Pero Martin…

—Hoy puede aburrir a otro —dijo mientras Paul le abría la puerta que conducía al pasillo.

—¡Para ahora mismo, Elias!

Se agitó en sus brazos, haciéndole sentir interesantes sensaciones que aumentaban su deseo de mantenerla justo donde estaba. Pero entonces respiró hondo y se calló.

—¿Qué ocurre? ¿Te hago daño? —preguntó, mirando a sus oscuros ojos marrones.

—Si digo que sí, ¿me dejarás en el suelo?

—Ni lo sueñes.

—Me siento como una estúpida —farfulló mientras se dirigían

hacia el ascensor.

—Porque lo eres —afirmó Elias sin tapujos al tiempo que se metían en el ascensor. Dyson apretó el botón y la cabina empezó a descender —. Te has roto una pierna y, en lugar de irte a casa a recuperarte, no se te ocurre otra cosa mejor que venir a trabajar.

—Me he roto el tobillo —le corrigió ella—. No es para tanto. Es cierto que duele y que está hinchado, pero no voy a morirme por eso. Si me hubiera ido a casa, habrías dicho que estaba desatendiendo mis obligaciones.

Elias clavó su mirada en ella y ella respondió con una sonrisa fingida. Después giró la cabeza y miró hacia otro lado, como si sólo con eso fuera a cambiar el hecho de que estaba en sus brazos. Quizá ella pudiera negar la evidencia, pero él no. No podía hacerlo mientras el suave olor de su cabello le embriagaba los sentidos.

—Voy a parar un taxi —sugirió Dyson al salir del ascensor.

Justo en ese momento, se acercó a ellos Martin de Boer, con gesto de sorpresa y preocupación.

—Hola, Martin. Me he roto el tobillo. En cuanto a la comida…

—No puede ir —añadió Elias pasando frente a él camino a la calle.

—¡Espera! Tengo que hablar con él —dijo Tallie dándole un codazo.

—Pues llámale por teléfono.

Pero no fue necesario porque Martin los siguió.

—Dios mío, Tallie. ¿Qué te ha pasado?

—He tenido un pequeño accidente —dijo asomándose por encima del hombro de Elias.

—Un camión ha estado a punto de matarla —corrigió Elias.

—Por el amor de Dios.

—Estoy bien.

De Boer, que los miraba a ambos alternativamente, parecía incapaz de decir nada.

—Martin, iba a llamarte para decirte que creo que no debería salir…

—Por fin un poco de sentido común —murmuró Elias.

—Pero, si quieres —continuó hablando Tallie—, podemos comer en mi casa.

No duró mucho la sensatez.

Elias no le dio oportunidad para responder, se apresuró al lugar en el que los esperaba el taxi que había parado Dyson. De Boer los siguió.

—Creo que deberíamos dejarlo para otro momento —dijo el periodista mirándolos a ambos—. ¿De verdad está bien? —le preguntó a Elias.

—¡Estoy perfectamente! —aseguró ella.

De Boer los observó mientras entraban al taxi.

—Bueno, parece que está todo bajo control —le dijo a Tallie—. Te llamaré luego.

Antes de que pudiera decir nada más, Elias cerró la puerta del taxi y esperó a que Tallie le diera la dirección al conductor, que también esperaba.

—No tengo todo el día —protestó el taxista.

Tallie apretó los dientes y por fin le dio el nombre de una calle que se encontraba a sólo unas manzanas de allí. A Elias le sorprendió que viviera en Brooklyn, pues la había imaginado en un sofisticado apartamento de la zona alta de Manhattan.

Tallie se pasó el camino mirando por la ventanilla, seguramente lamentando que Elias no hubiera dejado que el maldito de Boer la acompañara a casa. No dijo ni palabra hasta que el coche se detuvo frente al edificio indicado.

—A partir de aquí puedo arreglármelas sola —aseguró con mirada terca.

—No digas tonterías —dijo él saliendo del taxi—. Dame las muletas.

Le dio sólo una… en el peor sitio posible. Elias dio un salto. Por suerte no le había dado con fuerza, de haberlo hecho, habría acabado para siempre con la eterna pregunta de su madre de cuándo iba a darle un nieto.

—¡Dios! —exclamó entre dientes mientras esperaba que cesara el dolor.

—Perdona —dijo Tallie con las mejillas sonrojadas—. ¿Estás… bien?

—No. Maldita sea, presidenta, eso es juego sucio.

—Si te hubieras apartado de mi camino…

—De acuerdo. Hazlo tú sola —se hizo a un lado para dejarla andar sola bajo la atenta mirada del taxista.

—No es usted un caballero —dijo el conductor.

—Ni ella una dama —replicó Elias.

El taxista se echó a reír y después se marchó.

—Ahora tendrás que parar otro.

Elias prefirió no hacer caso a las palabras de Tallie y seguirla hasta la puerta del edificio, donde iba a necesitar su ayuda para abrir sin soltar las muletas y sin caerse.

Le dejó hacerlo a regañadientes, pero inmediatamente le dijo que ya podía marcharse.

—Misión cumplida, muchas gracias. Nos veremos el lunes en la oficina.

—De eso nada.

Se adelantó a ella para llamar al ascensor y obviando la mirada de odio que ella le estaba lanzando.

—Eres imposible, Antonides.

—Eso dicen.

Tallie llegó a mirar la escalera, seguramente considerando la idea de subir sola y dejarlo allí plantado, abriéndole la puerta del ascensor, pero unos segundos después se resignó a subir con él.

—Habría sido una hazaña —comentó él con una sonrisa.

—Me habría encantado hacerlo sólo para hacerte rabiar —admitió Tallie—. Pero he pensado en lo que pasaría si me desmayara a medio camino… —añadió con tristeza.

—Tú no te desmayarías —Tallie Savas era una mujer muy dura. A pesar de provocarla tanto, la respetaba enormemente—. ¿Estás bien? —le preguntó al ver lo pálida que estaba.

—Sí. No he subido por las escaleras porque conozco mis limitaciones.

—¡Ésa es mi chica!

—¡Yo no soy tu chica!

Que era exactamente lo que él sabía que diría y por lo que había hecho ese comentario. Por eso sonrió satisfecho.

Se abrió la puerta del ascensor en el piso que ella había marcado.

—Es ahí —dijo ella, señalando una puerta pintada de morado. Después esperó con resignación mientras él abría—. Ya estoy en casa —le dijo ya en el vestíbulo, esa vez sonriendo con sinceridad—. No me he desmayado y, aunque no era necesario que me acompañaras, supongo que debo agradecértelo.

—Supongo —dijo él—. Y supongo que no agradecerás esto, pero no me voy a ir.

Capítulo 5

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Plantarse delante de él y detenerlo? No, gracias, ya la habían atropellado una vez en lo que iba de día. Además, le dolía todo el cuerpo. Le latían las sienes, sentía el tobillo como si fuera a explotarle en cualquier momento y apenas podía mover las manos por culpa de los arañazos. Sin embargo, se había tragado todo el dolor y había ido a trabajar. Lo cierto era que en ningún momento se le había pasado por la cabeza la posibilidad de no ir a la oficina.

Mientras siguiera con vida, y fuera del hospital, tenía la firme intención de ir a trabajar y demostrarle al señor director general que su entrega a la empresa era tan absoluta como la de él. Pero sus fuerzas tenían un límite y hacía ya rato que lo habían sobrepasado. Era cierto lo que había dicho en el ascensor. Podría haberse desmayado en las escaleras. Deseaba demostrar que era autosuficiente, pero a cada minuto que pasaba, se sentía menos autosuficiente. De hecho, si no se sentaba pronto, se caería al suelo redonda.

Después de que Elias la llevara en brazos… ¡en brazos! por las calles de Nueva York y delante de Martin, el mismo hombre que contaba que le habían disparado unos terroristas como si fuera un paseo por el parque, Tallie no creía que pudiera sentirse más humillada. Ni siquiera creía que pudiera sobrevivir mucho más tiempo sin algún tipo de calmantes.

—¿Dónde está mi maletín? —preguntó mirando a su alrededor. En el maletín se encontraban los calmantes que le había dado el médico del hospital y que ella había preferido no tomarse antes para estar en plenitud de facultades durante la reunión, qué insensata.

—Descansa un poco, por el amor de Dios. Ahora no puedes ponerte a trabajar

—Elias la miraba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, una postura que le daba un aspecto deliciosamente masculino.

Pero eso no era lo que necesitaba en aquel momento.

—Ya lo sé —dijo con toda la paciencia que pudo reunir—. Sólo necesito el maletín, los calmantes están dentro.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? El maletín está en la oficina. Llamaré a Rosie y le pediré que lo traiga.

Mientras llamaba la observaba como si fuera a explotar en cualquier momento.

Por su parte, ella intentaba parecer tranquila.

No obtuvo respuesta en la oficina en ninguno de los tres intentos.

Antes de colgar, farfulló algo sobre los malditos contestadores.

—¿Dónde estará esa mujer? —preguntó, furioso.

—Tengo entendido que los viernes de verano nadie trabaja por la tarde —dijo Tallie con una débil sonrisa.

—¡Maldita sea! —se pasó la mano por el pelo y después comenzó a caminar por la habitación—. Yo te traeré esas pastillas. Tú siéntate —le ordenó.

—Me encantaría poder hacerlo —murmuró Tallie mirando el sofá con verdadero anhelo.

Su apartamento era poco más grande que un sobre de correos y sin embargo en aquel momento el sofá parecía estar tan lejos como la luna.

Elias siguió su mirada e inmediatamente fue hacia ella.

—Dame las muletas.

—¿Es que quieres que me caiga de bruces?

—No, quiero llevarte hasta el sofá. Así que dame las muletas.

—No seas mandón.

—Entonces cáete, maldita sea —parecía querer estrangularla con sus propias manos en lugar de llevarla al sofá—. Te ayudaré a llegar al sofá, pero sólo si te despojas de cualquier arma.

—Ah —ahora lo comprendía. Lo que ocurría era que tenía miedo de que volviera a golpearle—. ¿Tienes miedo de que te agreda? —le preguntó con una sonrisa provocadora.

—No voy a darte oportunidad de hacerlo.

—Toma —le dio las muletas con cierta culpabilidad por haberle hecho daño antes.

Elias las agarró y después la levantó en brazos con la facilidad del que levantaba una pluma. Por segunda vez estaba en sus brazos, pero lo peor era que le gustaba estar allí, sentir la fuerza de sus músculos, le daba seguridad ver su pecho y su mandíbula firme.

«¡Eh, un momento!» La mandíbula no tenía nada que ver con que la estuviera llevando al sofá. Debía de ser culpa del dolor, quizá estuviera delirando o algo así.

Fuera por lo que fuera, el caso era que no podía apartar la mirada de su rostro.

Tenía un pequeño corte en el mentón, como si se hubiera cortado afeitándose. Y una cicatriz bajo la barbilla.

De manera instintiva, su mano fue directa a la cicatriz. Elias se estremeció y frunció el ceño.

—Lo siento —se disculpó ella rápidamente—. Te he visto la cicatriz y me he preguntado qué te habría pasado.

—Cuando tenía diez años, paré un disco de hockey con la cara.

—Ay.

—Sí, dolió un poco. Pero no fue nada serio.

La dejó en el sofá con mucho cuidado. Tallie se dio cuenta de que tenía su rostro a sólo unos centímetros y pensó que, sin lugar a dudas, era el hombre más guapo que había conocido en toda su vida. Incluso aturdida por el dolor podía tener la seguridad de que así era. Todo su cuerpo parecía inclinarse hacia él.

Sus miradas se juntaron. ¡Dios!

Pero antes de que pudiera preguntarse qué estaba pasando, Elias se alejó de ella rápidamente.

—Te traeré unos almohadones.

Reunió todos los cojines que pudo encontrar en el salón y se los colocó a los pies del sofá. Tallie miró la montaña y tuvo la sensación de que se trataba del mismísimo Everest. Él debió de darse cuenta al mismo tiempo que ella porque se acercó y le subió la pierna con extrema delicadeza.

—Gracias —susurró Tallie, aliviada.

—Bueno. Voy a la oficina por tus pastillas. No vayas a ningún lado.

—Como si pudiera hacerlo.

Debería habérselos mandado por mensajero, eso habría sido mucho más inteligente que llevárselos personalmente.

Ya había sido tortura suficiente fantasear con Tallie Savas cuando se encontraban en la sala de juntas sin apenas conocerla, pero ahora que sabía lo suave y cálida que era, no sabía cómo iba a soportarlo.

Se le había quedado grabado en la memoria el tacto de su cuerpo contra su pecho mientras la llevaba hacia el taxi. Y cuando la había llevado hasta el sofá, lo había hecho para demostrarse a sí mismo que podía mantenerse completamente inmutable… pero no había hecho más que dar prueba de lo contrario. Había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para no besarla y tumbarse a su lado. Seguramente no era más que una cuestión de costumbre porque siempre que había dejado a alguna mujer de ese modo sobre un sofá o una cama había sido el preludio de hacer el amor con ella.

Estaba claro que tenía que hacer algo con sus pensamientos. ¿Hacer el amor con Tallie Savas? Qué locura.

Le llevaría las pastillas, le desearía que se recuperara y después volvería a casa y llamaría a… ¿Denise? ¿Patrice? No, Clarice. La mujer que había conocido en el gimnasio.

Exacto. Saldría con Clarice y después volverían a su apartamento, como ella le había propuesto el día anterior. Pero esa vez no contestaría al teléfono y podrían pasar la noche juntos sin interrupciones. Así se olvidaría de Tallie y de las delicadas curvas de su cuerpo. Le pareció tan buena idea que no esperó a llegar a casa, sino que la llamó desde el despacho y concertaron una cita.

Caminó de vuelta al apartamento de Tallie con la convicción de que había dado el primer paso para sacarse de la cabeza sus ojos

marrones, sus sensuales labios y aquellos pechos deliciosos.

Cuando llegó, Tallie seguía tumbada en el sofá con el gato, Harvey. El tobillo seguía sobre los almohadones, pero se había descalzado y soltado el pelo, que ahora caía como una cascada mientras ella hablaba por teléfono.

Cualquier pensamiento sobre Clarice se le borró inmediatamente de la cabeza.

Maldición.

—Sí, mamá —dijo al tiempo que lo saludaba con la mano—. No, mamá.

Elias comprendía perfectamente la expresión del rostro de Tallie. ¿Serían sólo los padres griegos los que siempre estaban dispuestos a organizarle la vida a uno? Le lanzó una mirada de solidaridad.

—Estoy bien, mamá. De verdad, no es nada grave. Claro que puedo arreglármelas sola. No, no necesito ir a casa. ¡Ya estoy en casa! No, mamá, tampoco hace falta que vengas tú. No te preocupes, va a haber alguien aquí conmigo.

Elias le llevó un vaso de agua para que se tomara el calmante cuanto antes.

—Escucha, mamá, tengo que dejarte. Mañana te llamo. Dile a papá que estoy bien y que me estoy encargando de los negocios. ¡Y que no se entrometa! —colgó el teléfono como si le quemara en la mano—. Deben de pensar que tengo siete años —

protestó mirándolo.

—Así son los padres.

—Puede ser. Gracias por traerme el maletín y las pastillas.

—No te preocupes —respondió él mientras ella se tomaba el calmante—. Pero deberías hacer lo que te ha dicho —le aconsejó—. Descansa y tómate las cosas con calma. Es buena idea que vaya a venir alguien a ayudarte.

—Sí, papá.

—No tientes tu suerte —le advirtió Elias. Lo cierto era que no sentía nada paternal hacia ella y deseaba que dejara de levantar los brazos por encima de la cabeza porque no hacía más que resaltar sus pechos—. Pero te lo digo en serio — insistió.

Tallie apoyó la cabeza sobre los almohadones, ofreciéndole una estupenda panorámica de su largo y elegante cuello.

—Sí —dijo con los ojos cerrados.

Elias no podía creer que no fuera a protestar. Parecía que el calmante había surtido efecto. Ahora incluso hasta le sonreía. Aquello no estaba bien. Verla sonreír así era una tremenda tentación. Dios, tenía un pelo maravilloso.

—Bueno, ¿necesitas algo más antes de que me vaya?

—Pizza.

—¿Qué?

—Me muero de hambre —le dijo con gesto suplicante—. No he tomado más que un zumo de naranja para desayunar y, como no me has dejado que fuera a comer con Martin…

—¿Pizza?

—Hay una pizzería abajo. ¿Te importaría? —añadió titubeante.

Era la primera vez que la veía dudar desde que la conocía. Había en ella cierta vulnerabilidad. ¿Estaría haciéndolo adrede?

En cualquier caso, estaba funcionando.

—Está bien.

Podía llevarle la pizza y aún podría ir a recoger a Clarice al trabajo.

—¡Estupendo! ¿De qué te gusta?

—¿A mí?

—Tú tampoco has comido nada —le recordó—. ¿Eres de ésos a los que les gusta de piña y queso de cabra?

—No, más bien de pepperoni y doble de queso. Nada de tonterías.

Tallie se echó a reír.

—El número está en un imán en la nevera. No tardarán nada en traerla.

—Bajaré por ella —si iba a quedarse más tiempo, necesitaba un poco de espacio.

Un poco menos de Tallie—. No te muevas.

Ella le despidió con una sonrisa.

Cuando volvió con la pizza media hora después, Tallie estaba dormida. Parecía más joven e indefensa, pero igual de bella. Elias prefirió no acercarse a ella por precaución, pero entonces ella abrió los ojos y le sonrió de la manera más tierna y sensual.

—Eres un encanto —le dijo al ver la caja de la pizza.

—Y tú estás atontada por los calmantes —podía verlo en sus ojos y en el modo en que sonreía.

—Me encanta el pepperoni —canturreó cuando Elias abrió la caja frente a ella

—. Martin cree que es vulgar.

—Muy propio de Martin. Entonces… ¿el tostón y tú comisteis pizza en la ópera?

—¿El tostón? —al principio parecía que iba a corregirle, pero luego se echó a reír como una chiquilla—. A él le gusta el gorgonzola y las almejas. Dice que son afro… afro…

—¿Afrodisíacas? —a Elias no le gustó cómo sonaba.

Volvió a echarse a reír.

—Qué tontería. ¿Crees que necesita afrodi… eso?

Era buena señal que ella no lo supiera.

—No me extrañaría —dijo él.

Tallie asintió enseguida.

—No, a mí tampoco —se quedó con la mirada perdida en la pizza —. ¿Y tú?

¿Los necesitas?

—¿Qué? —se le cayó la pizza sobre el pantalón—. Maldita sea —se puso de pie de un salto para limpiarse, pero fue en vano porque el tomate ya había dejado una buena mancha.

Tallie lo observó atentamente y después, como si hubiera estado pensándolo bien, dijo:

—No, seguramente no —lo miró a los ojos—. Eres muy sexy tal cual.

Estaba claro que era el efecto de los calmantes y sin duda, al día siguiente, iba a lamentarse de haberlo dicho… si se acordaba.

Elias se pasó la mano por el pelo.

—Bueno… gracias, supongo.

—De nada —dijo con la sonrisa sensual de antes y después lo miró, expectante.

—Cómete la pizza —le ordenó bruscamente.

Tallie le sonrió de un modo que le revolucionó las hormonas. Trató de concentrarse en la pizza y, una vez terminó de comer, miró el reloj.

—Escucha, tengo que marcharme —anunció, poniéndose en pie—. ¿Cuándo viene tu acompañante?

—¿Mi acompañante? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Le has dicho a tu madre que habría alguien para ayudarte.

—Sí. Tú. Me has traído pizza —respondió con evidente somnolencia.

—¿Yo? Pero… Escucha, Tallie, necesitas que haya alguien contigo.

—Tú estás conmigo.

—Pero no voy a quedarme.

—Oh —se le pusieron los ojos tristes.

Elias se sintió como si acabara de robarle el caramelo a un niño.

—No puedo.

—Claro. Hasta luego —se despidió como si no tuviera la menor importancia y volvió a centrar toda su atención en la pizza.

La prueba de que no debía quedarse sola era que ni siquiera se daba cuenta de que necesitaba ayuda.

—Maldita sea —farfulló Elias mientras entraba en la cocina y se sacaba el móvil del bolsillo para llamar a Clarice. Cuando respondió, le dijo—: No voy a poder ir. Ha surgido algo. De trabajo —aquello era trabajo; Tallie era la presidenta de la empresa.

— *Mon cher*, trabajas demasiado —protestó ella—. Al menos esta vez no ha sido tu madre.

No, afortunadamente.

Pero era mucho más peligroso.

Capítulo 6

Tallie estaba teniendo un sueño muy raro. Soñaba que estaba nadando, pero no con la facilidad con la que siempre nadaba, sino como si arrastrara un ancla que apenas la dejaba moverse. Y, aun rodeada de agua, se moría de sed, necesitaba beber algo desesperadamente.

Dio una brazada más, intentando alcanzar tierra, la playa en la que podría descansar. Dios, necesitaba agua.

Y entonces, nada menos que Elias Antonides le dio un vaso de agua. Tallie se lo bebió de un trago y se tomó también las pastillas que él le daba, dejó que le secara la frente y le colocara la almohada. De pronto el ancla había desaparecido y con ella el dolor.

Gracias a Elias.

—¿Tienes poderes mágicos? —le preguntó.

—¿Qué?

Parecía preocupado. Llevaba la camisa por fuera, se había quitado la corbata y en su rostro podía verse la incipiente barba. En sus sueños era aún más guapo que en la vida real. Y también más amable.

—Yo creo que sí que tienes poderes —sonrió, algo atontada—. Me has quitado el dolor.

—Yo y esas pastillas —respondió él, también sonriendo.

Tallie intentó concentrarse en las pastillas, pero no alcanzaba a verlas con claridad.

Porque estaba soñando.

Era la primera vez que soñaba que Elias estaba en su dormitorio. Normalmente soñaba que estaban los dos en el trabajo y algunas veces era… muy interesante. Pero nunca habían llegado tan lejos como a ella le habría gustado llegar. En sus sueños, por supuesto.

—Son estupendas —murmuró ella.

—Eso parece —su tono de voz era seco, pero estaba sonriéndole. Él casi nunca le sonreía. Tenía una bonita sonrisa—. ¿Quieres comer algo? —le preguntó él—.

¿Tienes hambre?

—No —respondió, pero luego frunció el ceño. ¿Por qué recordaba una pizza?

¿Había comido pizza con Elias? No, había sido con Martin. Sin embargo, recordaba a Elias llevándole una pizza.

Quizá había sido otro sueño. Intentó recordar, pero estaba demasiado cansada.

Cerró los ojos y entonces se dio cuenta de que sí tenía hambre.

—Baklava —murmuró, totalmente adormecida. Se preguntó si

tendría fuerzas suficientes para ir hasta la cocina por los pastelitos griegos que había hecho el día anterior. Quizá le bastara con soñar que los comía; sería estupendo porque no le apetecía moverse.

—Aquí tienes —una voz grave se coló en su mente.

Abrió los ojos. No, debía de seguir soñando porque Elias estaba todavía allí. De hecho, estaba junto a la cama con un plato en la mano.

—¿Qué es eso?

—Baklava. Has dicho que querías.

¡Qué maravilla de sueño! No sólo aparecía Elias Antonides, sino que le llevaba baklava a la cama.

Tallie agarró el plato, pero le temblaba la mano peligrosamente.

—Dame —dijo él.

De pronto se había sentado a su lado en la cama y estaba dándole pastel. Tallie aceptó, confundida por lo real que parecía todo.

—Mmmm —cerró los ojos para saborear la dulzura de la miel que le llenaba la boca y, al volver a abrirlos, Elias estaba mirándola como con desesperación—. Lo siento, debería haberte ofrecido.

—No, no importa. Yo…

—Debes de tener hambre. Come —le dio un trozo de lo que quedaba de pastel y se lo metió entre los labios.

—Tal… —no pudo decir nada más.

Sus labios le rozaron los dedos. Elias cerró la boca con sorpresa y le costó tragar el inesperado manjar.

—Gracias —dijo por fin, con amabilidad y algo de tensión.

—Deja de hacer eso —le ordenó ella.

—¿El qué?

—Ser tan estirado y tan correcto. Este es mi sueño y no deberías comportarte así.

Parecía anonadado, pero enseguida reaccionó.

—¿No? ¿Y cómo se supone que debo comportarme?

—Deberías ser amable —afirmó tajantemente—. Bueno, en realidad estás siendo bastante amable. Me has traído baklava. Pero en el trabajo eres muy gruñón.

—Lo siento.

—¿Lo ves? Estás haciéndolo otra vez. Sonríe —le ordenó esa vez.

Elias enseñó los dientes.

—Así no. ¿Tienes cosquillas?

—¿Qué? —abrió los ojos como platos.

—Que si tienes cosquillas. Si te hago cosquillas y te ríes, será mejor que una sonrisa.

—No tengo cosquillas —dijo, frustrando sus planes.

—Lástima —agarró el último trozo de baklava y lo partió en dos para darle un trozo. Se lo puso delante de los labios.

Elias titubeó unos segundos, pero después se inclinó hacia delante y se lo metió en la boca. Esa vez no fue él el sorprendido sino ella. Porque esa vez, en lugar de morder sólo el baklava, ¡también le mordisqueó los dedos!

Fue un gesto tan inesperado y tan íntimo, que Tallie se echó hacia atrás.

—¡Elias!

Él se echó a reír.

Dios. Aquello fue aún mejor que una sonrisa. Elias Antonides tenía una risa gloriosa, memorable. Tallie rezó para que aquél fuera de esos sueños que recordaba una vez despierta.

Elias se puso a sacudir las migas que habían quedado sobre la cama, para lo cual tuvo que tocar el edredón que cubría el cuerpo de Tallie. También le rozó los pechos con la mano, y los muslos. Resultaba casi tan íntimo como cuando le había mordido los dedos.

Y entonces, sin que Tallie supiera cómo había ocurrido, Elias se inclinó hacia ella, dejando su rostro a sólo unos centímetros del de ella y con la mirada clavada en sus ojos. Sus labios estaban muy cerca de los de ella… justo donde habían estado antes de besarla.

¿Qué?

Dios. ¿Otro sueño? ¿Acaso era un sueño dentro del sueño? Parpadeó varias veces y movió la cabeza.

Elias se separó.

—¿Qué ocurre? ¿Se te ha metido algo en el ojo?

Tallie volvió a mover la cabeza, intentando pensar con claridad. Intentando recordar, pero no había manera. Lo que fuera que había creído recordar se había esfumado. Era más bien una sensación, pensó entonces. Así era como solía sentirse cuando Brian la besaba. Había sentido la misma conexión, la misma impaciencia.

¡Eso era lo que estaba recordando!

Echaba de menos a Brian. Buscó con la vista la fotografía que tenía sobre el tocador, pero la habitación estaba demasiado oscura. Sólo podía ver a Elias, alto, fuerte y demoledoramente sexy, mirándola con preocupación.

La imagen era demasiado real, demasiado intensa como para pensar en otra cosa, o en otra persona. El recuerdo de Brian se desvaneció como llevaba haciendo ya algún tiempo. Al fin y al cabo, aquello no era más que un sueño. No pasaría nada porque lo disfrutara un poco.

Estiró la mano, agarró a Elias por la pechera de la camisa y tiró de él hacia sí.

—¿Tallie?

—Shh. Sólo es una prueba —murmuró justo antes de estrellar los labios contra los suyos.

Aquél era el sueño de los sueños, pensó mientras el beso se iba haciendo mejor y mejor.

Incluso en mitad del sueño recordó que Elias Antonides era el último hombre con el que debería estar ocurriendo aquello. El problema era que besaba demasiado bien. Sus besos eran casi mejor que su aspecto. No, eran mejores. De hecho, era el mejor beso desde Brian. Posiblemente, pensó su mente traicionera, fuera aún mejor que los besos de Brian. Pero a Brian lo amaba.

No obstante, debía admitir que, aun siendo un sueño, aquél era el mejor beso de su vida. El último hombre al que había besado había sido Martin, si se podía llamar beso a esa presión contra los labios de la que sólo podía recordar el sabor a queso de cabra. El beso de Elias, sin embargo, era de ésos con cuyo recuerdo una podía entrar en calor en una noche de invierno.

Si hubiera muerto en aquel momento, lo habría hecho con una enorme sonrisa en los labios.

Coló las manos por debajo de su camisa y acarició el suave vello que le cubría el pecho, se deleitó con el calor de su cuerpo, con la fuerza de sus músculos. Mientras, él había sumergido los dedos en su cabello y tiraba de su cabeza hacia él para hacer que estuvieran aún más juntos.

Tallie deseaba más. Lo deseaba todo y parecía que él también. Pero cuando empezó a desabrocharle los botones, sintió un golpe; era Harvey, quizá su conciencia en forma felina, que acababa de subirse a la cama. Una ráfaga de sentido común le recordó que, incluso en los sueños, había ciertas cosas que no debía hacer.

Y Elias debió de pensar lo mismo porque se retiró de golpe y se quedó mirándola con la misma confusión que sentía ella. Tallie se alegró de ver que parecía tan afectado como ella. Al menos en sus sueños era capaz de desconcertarlo.

—No es buena idea, presidenta, nada buena —dijo justo antes de ponerse en pie y salir de la habitación.

Al verlo marcharse, Tallie deseó que el gato de su subconsciente no los hubiera interrumpido; habría sido enormemente interesante hacer el amor con Elias Antonides. Se llevó la mano a los labios, aún temblorosos. Todo era muy real.

Después cerró los ojos y volvió a sumergirse en el mundo de los sueños. Si pudiera volver al momento en el que Elias la besaba, quizá no quisiera despertarse jamás.

Pero se despertó.

Le dolía el tobillo. Tardó varios segundos en recordar por qué, pero entonces recordó el accidente, la ambulancia, el peso de la escayola en la pierna, la reunión en la oficina, el humillante camino hasta salir del edifició y el viaje a casa con Elias.

Después él había vuelto por sus pastillas.

Menos mal que era sábado, no tendría que verlo hasta el lunes.

Se dio media vuelta en la cama con mucho cuidado para no hacerse daño en ninguna de sus numerosas heridas y entonces vio horrorizada al hombre con barba de un día que dormía en la mecedora de su abuela.

Dios.

Tallie volvió a cerrar los ojos con fuerza, incapaz de creer lo que tenía delante.

Pero cuando volvió a abrirlos, seguía allí. ¡Elias Antonides, en su habitación!

Pero… ¡había sido un sueño!

«Por favor, Dios mío, que haya sido un sueño».

Incluso mientras lo pensaba, tenía una sensación en el estómago que le decía que todo había sido real. El corazón empezó a latirle como un caballo desbocado. Se sentía como si tuviera una resaca de campeonato, sin duda por culpa de la medicación.

No debería haber tomado nada. Las pastillas funcionaban, vaya si funcionaban, pero también la volvían loca. Por eso no había querido tomar nada antes de ir a la oficina, porque quería mantenerse en plenitud de facultades, por eso también había llamado a sus padres antes de que Elias regresara con su maletín, porque quería que creyeran que estaba perfectamente y que no los necesitaba.

Pero sólo había conseguido meterse en un lío aún peor.

Un torbellino de imágenes le inundó el cerebro. Intentó pensar, recordar… Le había llevado las pastillas y después una pizza, una deliciosa pizza de pepperoni con muchísimo queso, nada de esas pizzas de diseño que le gustaban a Martin el tostón.

Le habló de Martin y de los afrodisíacos…

Dios. Empezaron a arderle las mejillas sólo con recordar la conversación.

Después Elias le había dicho que tenía que irse, pero le había preguntado a qué hora llegaría la persona que iba a quedarse con ella y entonces Tallie había tenido que confesar que se lo había inventado para dejar tranquila a su madre. Al oír aquello, Elias se había metido en la cocina, recordaba borrosamente haberlo oído hablar por teléfono, tras lo cual no había querido marcharse. Lo último que recordaba era que él había estado sentado frente a ella, leyendo una revista. La maldita pastilla había hecho efecto y Tallie se había quedado dormida en el sofá.

Pero ahora no estaba en el sofá, sino en la cama, y llevaba un camisón que no recordaba haberse puesto. Y el hombre al que había creído besar en sueños dormía a menos de un metro de ella.

Justo en ese momento Elias abrió los ojos y, durante unos

segundos, estuvo tan confuso y desorientado como lo había estado Tallie.

—Estás despierta —dijo enseguida—. ¿Quieres otra pastilla?

—¡No! —ya había hecho bastante el ridículo.

—¿Estás segura?

Tenía el pelo alborotado y sólo llevaba abrochados tres botones de la camisa. La sombra de la barba era aún más oscura que cuando lo había besado… Al recordar que no había sido un sueño, Tallie emitió una especie de quejido.

—Voy a traerte otra pastilla —decidió Elias.

—¡No! De verdad, no necesito más pastillas. Estoy… bien —hizo un esfuerzo para incorporarse en la cama.

Elias dio un paso como para ayudarla, pero se detuvo de golpe y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Seguramente temía que volviera a atacarlo.

Tallie no sabía qué debía hacer; hablar de lo sucedido, recordarlo con sentido del humor o fingir que no había pasado.

Porque, con sólo mirarlo, supo que por muy guapo que fuera y por muy tentadora que resultara la idea de volver a besarlo, Elias no deseaba repetir la experiencia.

¡Y ella tampoco! Aquél era el hombre que había elegido su padre para ella. Ella no lo amaba, sólo le atraía físicamente. Eso era todo. Seguía amando a Brian… Y él seguía muerto, le dijo una voz desde su subconsciente.

En cualquier caso, no estaba enamorada de Elias Antonides. Dejarse llevar por la atracción que sentía hacia él sería un verdadero desastre que lo complicaría todo…

Y que haría que su padre se sintiera aún más poderoso de lo que ya se creía.

¿Qué iba a hacer entonces respecto al beso?

Nada. Seguramente Elias sabía que no había tenido intención de hacerlo, que de no haber estado bajo el efecto de las pastillas, jamás habría hecho algo así. Así que decidió comportarse como si no recordara nada, así ambos se ahorrarían la vergüenza de tener que hablar de ello. Y si era él el que sacaba el tema, Tallie se echaría a reír y diría que había sido culpa de los calmantes.

Que era cierto.

—Muy bien —dijo Elias—. Nada de pastillas. ¿Quieres agua entonces?

—Eso sí, gracias —respondió ella con una sonrisa correcta y distante.

Él también sonrió sin decir nada y salió de la habitación. Cuando volvió, llevaba la camisa perfectamente abrochada y metida por el pantalón; sin duda había decidido recuperar el trato profesional y

correcto que siempre le había dado.

—Gracias por quedarte toda la noche —dijo Tallie, dispuesta a aceptar su decisión.

—No te preocupes.

—No tenías por qué hacerlo —insistió ella.

—Alguien tenía que hacerlo.

Tallie sintió el impulso de contradecirle, pero no creyó que fuera a servir de nada.

—Bueno, pero esto va más allá de tus obligaciones. Gracias.

Elias torció la boca y Tallie se preguntó en qué estaría pensando, pero se limitó a asentir. Sus miradas se encontraron durante unos segundos. Tallie se dio cuenta de que resultaba difícil creer que todo hubiera sido culpa de los calmantes.

De pronto, Elias apartó la mirada.

—Entonces, ¿te encuentras bien? —volvió al tono distante y profesional—. ¿Qué tal el tobillo?

—Duele, pero no demasiado —lo cierto era que le dolían todos y cada uno de los músculos del cuerpo—. Estoy bien.

—Muy bien. Entonces voy a marcharme —se sentó en la mecedora para calzarse—. Si cambias de opinión, las pastillas están junto al lavabo. Aquí tienes las muletas —dijo señalándolas—. Y el teléfono está en la mesilla. ¿Quieres que te traiga algo de comer antes de irme?

—No hace falta.

—¿Estás segura?

—Sí. Otra vez, muchas gracias.

Todo era amabilidad y corrección… Pero resultaba incómodo después de haber podido sentir su barba pinchándole la mejilla y la presión de sus labios en la boca. Y, que Dios la ayudara, pero lo cierto era que deseaba volver a sentirlo.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Te veré el lunes.

Elias abrió la boca para decir algo, pero enseguida volvió a cerrarla y asintió.

—Sí. Hasta el lunes. Cuídate.

Esa mujer iba a acabar con él… al menos iba a acabar con sus buenas intenciones.

Elias necesitó todo el fin de semana para recuperar el equilibrio y borrar de su mente el recuerdo de los labios de Tallie, la suavidad de su cuerpo. En realidad seguía recordándolo, pero por lo menos consiguió poder pensar en otras cosas durante ciertos momentos.

Eso sí, con gran esfuerzo.

El sábado, nada más salir del apartamento de Tallie, se dispuso a trabajar en las obras de renovación del edificio, pero no tardó en darse cuenta de que era una actividad que le dejaba demasiado tiempo para

pensar, para recordar lo que había pasado y lo que le habría gustado que pasara.

Por mucho que se asegurase a sí mismo que habría sido un gran error dejarse llevar, no podía dejar de pensar en lo mucho que había disfrutado al tocarla… al besarla.

Después de horas de intentarlo en vano, Elias decidió llamar a Dyson y aceptar por fin la invitación que le había hecho una y mil veces para ir a ver el barco que se estaba construyendo en Long Island. Pasaron el resto del día en el muelle, allí Elias recordó lo maravilloso que había sido hacer pequeñas embarcaciones con su abuelo.

También recordó su sueño de crear su propia empresa de construcción de barcos, sus planes de vivir a caballo entre Santorini y Nueva York y casarse con una mujer a la que le gustaran las mismas cosas que a él y con la que tendría una gran familia.

Pero su vida no había salido como él la había imaginado. En absoluto. Y eso le ponía de mal humor.

—No pienso volver a traerte —le dijo Dyson de camino a Nueva York—. Llevas todo el día con el ceño fruncido. Además, pareces cansado. ¿Qué hiciste anoche?

—Nada —respondió Elias con la mirada perdida en la carretera. Y era cierto.

No había hecho lo que deseaba hacer. Hacía mucho tiempo que no hacía lo que realmente deseaba.

Pero todo era culpa suya. Nadie lo había obligado a casarse con Millicent, ni a hacerse cargo de Antonides Marine y abandonar su sueño de crear su propia empresa. Y nadie le habría impedido hacer el amor con Tallie la noche anterior… y mucho menos Tallie.

La culpa la tenía su maldito sentido del deber. Tenía que olvidarse de ello y disfrutar un poco de la vida. Si estaba con otra mujer, no se dejaría tentar por Tallie Savas. Así que, en cuanto Dyson lo dejó en casa, llamó a Clarice y quedó con ella para cenar.

La recogió a eso de las ocho y se fueron a cenar a un elegante local francés.

Tuvieron una interesante conversación, o al menos a él se lo pareció. El problema era que en todo momento, la mente de Elias volvía a lo ocurrido la noche anterior… a la pizza que habían comido juntos y a la disparatada conversación que habían tenido antes de que Tallie se quedara dormida.

— *Mon cher*, sigue habiendo un problema —le dijo Clarice con tristeza.

—¿Qué problema?

—El trabajo. Sigues pensando en tu trabajo.

—Lo siento —respondió él torciendo el gesto—. Es que estoy un poco…

distraído. Podríamos ir a otro sitio —le sugirió al tiempo que le agarraba la mano encima de la mesa—. Podríamos hacer algo que me quitara el trabajo de la cabeza de una vez por todas.

Elias estaba seguro de que Clarice sabía a qué se refería.

—Te invitaría a ir a mi casa, pero ha venido mi hermana de París.

—Podemos ir a la mía.

—No puedo pasar toda la noche fuera estando mi hermana de visita.

—¿En otra ocasión?

—Claro —aseguró con una luminosa sonrisa.

La llevó a casa y consiguió al menos que le diera un beso antes de marcharse. Se dijo a sí mismo que era un buen comienzo, pero quizá fuera otro error porque no hizo más que recordarle el beso de Tallie y, al compararlo, el de Clarice salía perdiendo claramente.

Pero no importaba, se dijo de camino a casa, volvía a haber una mujer en su vida, una mujer con la que podría tener una relación sin compromisos, sin exigencias y sin ataduras.

Que era justo lo que él quería.

El lunes Tallie llegó al trabajo temprano, como de costumbre. De no ser por la escayola, nadie habría creído que había sufrido un accidente hacía tan poco tiempo, pues parecía contenta y descansada, como si el viernes nunca hubiera existido.

Mucho mejor, porque Elias no quería pensar en ello. Ni en ella. Había tenido dos días para ver las cosas desde otra perspectiva y había llegado a la conclusión de que lo mejor era olvidarlo todo y actuar como si nada hubiera pasado. No tenía otra opción.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo teniéndola sentada frente a él durante una reunión de más de dos horas. Lo mejor sería no volver a mirarla. Por muy tentador que resultara, resistiría.

Casi agradeció la interrupción de Rosie para decirle que tenía una llamada. Dejó de sentirse agradecido cuando supo que era Cristina quien lo llamaba.

Y lo hacía ni más ni menos que para pedirle que le diera trabajo a su novio. Eso le recordó por qué llevaba días huyendo de las llamadas de su familia, porque no quería tener que resolver todos sus problemas y meteduras de pata, ni quería conocer a ninguna otra mujer que su madre quisiera presentarle.

—Vamos, Cristina, sé realista —le dijo nada más oír su petición.

—¿Ni siquiera vas a pensarlo?

—No.

—Pero…

—Cristina, tengo que irme. Hay gente esperándome.

—¡No lo conoces! —gritó su hermana.

—Sí lo conozco —le recordó él—. Ése es el problema.

—¡Pero estoy enamorada de él!

¿Estaba enamorada de Mark Batakis?, pensó Elias con una mueca.

—¿Y crees que tu amor lo capacita para trabajar aquí?

—No lo sé. Sé que no es tonto y que aprenderá lo que sea necesario. Sólo te pido que hables con él.

—Y que le dé trabajo.

—Bueno… sí, pero…

—No, además —dijo con cierto alivio—, aunque quisiera no podría. Yo ya no soy el jefe.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado? Papá vendió el cuarenta por ciento de la empresa.

—¿Qué? —preguntó con asombro.

—Lo que oyes. Eso quiere decir que él ya no es el presidente. Si quieres conseguirle trabajo a tu novio, no es conmigo con quien tienes que hablar.

—¿Y quién es el nuevo presidente?

—La nueva presidenta es Tallie Savas.

Todo iba a salir bien.

Tallie decidió que lo mejor que podía hacer para quitarse de la cabeza la noche del viernes y dejar de pensar en los labios de Elias era meterse de lleno en la reunión.

Debía centrarse en el tema que los ocupaba y olvidarse de que Elias le hacía desear las mismas cosas que había deseado estando con Brian, cosas que había dejado de lado tras su muerte y que se había prometido no volver a desear hasta no encontrar un hombre digno de ocupar el lugar de Brian… Un hombre que desde luego no era Elias Antonides.

A él sólo le interesaba el sexo, no la deseaba de la manera que lo había hecho Brian, no se preocupaba por ella. Lo cual le hizo preguntarse por qué no habría seguido adelante la otra noche.

A pesar de sus esfuerzos por concentrarse, se alegró de que Elias tuviera que salir a atender una llamada, momento que aprovechó para reunir fuerzas. Cuando volvió hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió concentrarse en los datos de Paul e incluso trató de explicar qué era lo que le preocupaba del plan de adquirir Corbett.

Dijo que si bien era un buen negocio, no le parecía el rumbo adecuado para Antonides Marine.

—¿Por qué no? —preguntó Elias.

—No sólo lo pienso yo —empezó a decir Tallie—. Aquí nadie parece muy convencido, no parece haber ninguna prisa por cerrar el trato.

—Necesitamos tiempo —replicó Elias.

—Puede ser. Pero también se necesita pasión —afirmó por fin,

tratando de no pensar en otro tipo de pasión e intentando controlar el rubor que le subía a las mejillas—. Creo que Corbett está bien, pero no es para nosotros —añadió tan rápido como pudo—. Ninguno queremos comprometernos.

Cuando por fin se atrevió a mirar a Elias, él tenía la mirada fija en la pizarra que había a la espalda de Paul, como si él también estuviera deliberadamente tratando de olvidar el viernes. Tallie se lo agradeció.

—Puede que tenga razón —intervino Dyson después de una larga pausa—.

¿Cuántas veces nos hemos reunido para tratar este tema?

—Muchas —respondió Paul—. Y no hemos llegado a ninguna conclusión.

—Está bien —dijo Elias mirando por fin a Tallie—. Podemos hablarlo mañana por la mañana —sugirió al tiempo que se ponía en pie—. Dyson y yo nos vamos a Long Island a ver a Nikos Costanides.

Lo primero que sintió Tallie al oír que Elias no iba a estar en la oficina en toda la tarde fue alivio.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Este fin de semana hemos estado viendo el barco que está construyendo para Dyson —le explicó con un brillo en la mirada que Tallie nunca le había visto—.

Puede que tengas razón sobre la falta de entusiasmo.

—¿Sí?

—Ya veremos. Te dejo mis notas para que las veas, hablaremos por la mañana.

—Muy bien —todo muy correcto, muy profesional.

Elias abrió la puerta y la dejó salir primero. Nada más salir a la recepción, Tallie vio a una mujer joven. Al verla, Elias dejó de hablar de Corbett y le dijo:

—¿Qué demonios haces aquí?

—Yo también me alegro de verte, Elias –respondió ella sarcásticamente a la vez que se acercaba a darle un beso en la mejilla.

Era una mujer muy guapa, con el pelo negro y los pómulos marcados; una de esas mujeres extremadamente bellas y elegantes que sólo se veían en las revistas. Sin duda el tipo de mujer que les gustaba a los hombres como Elias. Aunque lo cierto era que no parecía muy contento de verla.

¿Sería la mujer a la que había dejado plantada el viernes? Recordaba haberle oído decirle a alguien por teléfono que no iba a poder ir. Quizá ella no había reaccionado bien y por eso ahora él la miraba con esa furia.

—Vete a casa —le ordenó.

—No. ¡Me dijiste que hablara con la presidenta!

—Por el amor de Dios…

—¿Conmigo? —intervino Tallie.

La joven la miró de arriba abajo, con los ojos llenos de curiosidad.

—Ahora no —dijo Elias—. Está muy ocupada.

—No parece ocupada —dijo la joven—. ¿Lo está?

—Es la hora de comer —respondió Elias por ella.

—Entonces iremos a comer —dijo ella tendiéndole la mano a Tallie —. Soy Cristina.

—¿Cristina? —Tallie miró a Elias en busca de una explicación.

Una explicación corta y contundente.

—¡Mi hermana!

Capítulo 7

Tallie Savas iba a comer con su hermana. Sólo con pensarlo Elias sentía que se le erizaban los pelos de la nuca. Le horrorizaba imaginar lo que Cristina, con su enorme boca y su descontrolado cerebro, podría decirle a Tallie. Más aún que ningún otro miembro de su familia, Cristina era una verdadera bomba de relojería.

Por un momento contempló la idea de no ir a Long Island con Dyson y quedarse a controlar la situación, pero lo cierto era que Tallie parecía encantada con el plan de ir a comer con su hermana y Cristina… bueno, Cristina se relamía como un gato que acabara de atrapar un ratón. Así que se marchó con la seguridad de que pasaría el día entero preocupado por lo que estaría sucediendo en Brooklyn.

Pero no fue así porque Nikos Costanides era un hombre fascinante.

Elias nunca lo había visto antes del sábado, pero llevaba muchos años oyendo hablar de él. Casi siempre como ejemplo de lo que no debía ser un buen chico griego; su madre siempre le había dicho «No seas como Nikos Costanides. Tú tienes que sentar la cabeza con una buena chica y trabajar para hacerte cargo del negocio de la familia». Dios sabía que eso era exactamente lo que había intentado hacer, todo lo que su familia había esperado de él.

Sin embargo, Nikos había seguido su propio camino. Se había negado a trabajar para su padre en la empresa familiar y durante años, no sólo se había dedicado a conquistar mujeres bellas como decían los rumores; había trabajado tanto o más que su padre, pero lo había hecho por su cuenta. Había estudiado en la Universidad de Glasgow y se había convertido en arquitecto naval para finalmente abrir su propia empresa de construcción de barcos. Y había tenido mucho éxito tanto en el trabajo como en su vida privada.

Elias desearía haber hecho lo mismo; haber hecho realidad sus sueños. Además de la empresa, Nikos tenía una esposa encantadora con la que había tenido dos hijos.

Ésa era la vida que Elias había imaginado para sí mismo y de hecho había intentado hacerla realidad junto a Millicent.

Incluso después de haber tenido que dejar la Universidad para hacerse cargo de Antonides Marine, había querido tener un hijo con ella. Pero a Millicent le había horrorizado la idea, había dicho que su vida era un caos y, por mucho que Elias le dijera que sería un desafío, algo por lo que luchar, ella no lo había comprendido.

Había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que Millicent no quería formar una familia con él sencillamente porque no quería estar con él.

Apenas había podido creerlo cuando ella le había pedido el divorcio y aun entonces había intentado convencerla de que podían solucionar los problemas y hacer que su matrimonio funcionara. Ella se había limitado a decir que no y se había marchado a California con sus padres. Cuando por fin la había encontrado, Millicent se había negado a volver con él.

—Es demasiado tarde —le había dicho. Ya no lo amaba. Había conocido a otro.

Y poco después había tenido un hijo con él. El hijo que no había querido tener con Elias.

Aquellos recuerdos aún le hacían daño. Por eso prefería no pensar en ello y durante la mayoría del tiempo, conseguía no recordarlo, pero a veces el recuerdo irrumpía en su mente… como cuando vio a Nikos con su mujer y sus hijos.

Y el viernes por la noche, en el dormitorio de Tallie Savas.

Volvieron a la ciudad poco antes de las ocho. Dyson lo dejó frente al edificio de Antonides Marine y se fue a buscar a la mujer con la que tenía una cita. Elias volvió a la oficina e hizo lo que hacía todas las noches. Se puso a trabajar.

Todo estaba en silencio, pues hacía ya tiempo que los demás se habían ido a casa. Tenía varios mensajes en el contestador y otros tantos en notas que le había dejado Rosie, pero ninguno de ellos era de Tallie. No lo había llamado para quejarse de su hermana y tampoco había ninguno de Cristina, lo cual era buena señal. Sin duda, Tallie se había tomado en serio su responsabilidad como presidenta y había dado un no rotundo a Cristina y a su novio. Quizá su hermanita se hubiera dado cuenta por fin de que no serviría de nada llamarlo.

Aleluya.

Siguiendo un impulso, Elias agarró el teléfono para llamar a Tallie y darle las gracias, pero después cambió de opinión. Sería mejor no hablar con ella fuera de las horas de trabajo. Así que lo que hizo fue llamar a varios proveedores de San Diego que, al igual que él, seguían trabajando.

Dos horas después había hablado con un buen número de proveedores y había adelantado mucho trabajo. ¿Qué más tenía que hacer con su vida?

Eran casi las diez cuando salió de su despacho. Tenía los músculos agarrotados y le dolía la espalda, por no hablar del hambre que le acuciaba después de pasar el día entero sin comer nada.

Se quedó mirando un trozo de pastel de manzana de Tallie que había quedado en recepción y que, automáticamente, hizo que le rugieran las tripas. No era la manzana de Adán y Eva, se dijo a sí mismo, no pasaba nada porque se lo comiera.

Quizá estaba exagerando un poco. Así que lo agarró y se lo comió

de un solo mordisco que le supo a gloria mientras subía las escaleras.

Al comprar aquel viejo almacén le había parecido una buena idea utilizar parte del terreno como oficinas de Antonides Marine, alquilar el resto de la planta para otros negocios que lo ayudarían a pagar la hipoteca y dejar el piso de arriba diáfano para utilizarlo como vivienda. Todo muy práctico.

No podría escapar del trabajo aunque quisiera.

Abrió la puerta de su apartamento y fue a oscuras hasta el centro del salón. No necesitaba encender la luz porque no había nada con lo que tropezarse; cinco meses después de haberse trasladado apenas tenía muebles y muchas de sus cosas seguían en cajas.

Aquello no era un hogar, sólo un lugar en el que pasar la noche.

Un lugar en el que no estaba solo.

Había alguien sentado en el sofá. Era una mujer…

—¿Martha?

—No, soy Tallie —se levantó con ayuda de las muletas y fue hasta él.

Elias encendió una luz y la miró con incredulidad.

—¿Tallie?

Ella se puso un dedo en los labios.

—Shh. Habla más bajo, vas a despertarla.

—¿Qué? ¿A quién?

—A Cristina —dijo señalando en dirección a su dormitorio.

—¿Qué demonios está haciendo Cristina en mi casa? ¡Y en mi cama!

—¡Shhh! —volvió a mandarle callar—. No la despiertes.

—¡Claro que voy a despertarla! ¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó de nuevo.

Pero ella no respondió, sino que intentó llevárselo a la cocina, pero no le resultaba fácil hacerlo sin perder las muletas ni el equilibrio.

—Está bien —dijo él, resignándose a meterse en la cocina—. No gritaré, pero dime qué ocurre. ¿Está enferma?

—No.

—¿Entonces?

—Es… complicado —Tallie lo miró con nerviosismo—. Bueno, quizá no sea tan complicado. ¿Quieres un té?

—¿Un té? ¿A qué viene eso?

—El té ayuda a afrontar las crisis.

Entonces se dio cuenta de que sobre la cocina había una tetera que no había visto nunca y dos tazas ya usadas.

—Veo que te encuentras como en tu casa.

—Pensé que no te importaría —se volvió a mirarlo enarcando una ceja—.

Después de todo, tú hiciste lo mismo en mi casa.

—Está bien —Elias se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada—.

Tomaré un té, pero dime de una vez qué pasa y qué hace aquí mi hermana.

—Eso es fácil, está esperando a Mark.

—¿Mark? —volvió a gritar—. ¿Va a venir aquí?

Tallie volvió a mandarle callar.

—Viene a buscarla. Está en Greenport, o estaba cuando conseguí hablar con él a las siete.

Por qué habría llamado Tallie a Mark era uno de los muchos misterios que Elias no conseguía entender. Tallie intentó agarrar la tetera, pero Elias se le adelantó para evitar que se quemara.

—Gracias —dijo ella—. Es un poco difícil.

—Pero seguro que lo hiciste para hacerle el té a Cristina, ¿verdad?

Tallie apartó la mirada.

—Ella no se encontraba bien…

—Creí que habías dicho que no estaba enferma.

—No lo estaba, no te preocupes. Está bien.

—Me alegro —dijo él sarcásticamente—. Vamos.

Dejó las tazas sobre la caja que utilizaba como mesita en el salón y esperó a que Tallie se sentara en el sofá. Por un momento pensó sentarse en una silla, lejos de ella, pues era lo más sensato. Pero lo cierto era que estaba harto de actuar con sensatez, sobre todo después de encontrar a Tallie en su apartamento. Así que se sentó junto a ella en el sofá.

—Bueno, cuéntame.

Tallie respiró hondo antes de empezar a hablar.

—Como ya sabes, fuimos a comer juntas. Nos pusimos a hablar sin parar. Me encanta tu hermana, es muy divertida.

—Sí, una diversión sin fin —murmuró él secamente.

—Ella cree que no te gusta como es.

—La quiero mucho, pero me vuelve loco. Es la persona más inconstante del mundo; va de una cosa a otra y espera que yo le dé dinero para cada uno de sus descerebrados planes.

—Sí, eso me dijo.

—¿En serio?

—Sí. Pero ya no va a ser así. Ha decidido sentar la cabeza.

—¿Cristina? ¿Y Mark?

—Va a sentar la cabeza con ella.

—Sí, claro.

—Vamos, dale un voto de confianza.

—No es culpa mía que esté loca.

—No, por supuesto que no es culpa tuya. Es suya. Bueno, en realidad no está loca sólo es… —intentó buscar la palabra adecuada y

Elias esperó pacientemente a ver qué iba a decir, pero finalmente se encogió de hombros—. Sí, está un poco loca —

admitió intentando no reírse.

De pronto Elias notó cómo desaparecía la tensión de sus hombros. Sonrió con tristeza, aunque al mismo tiempo era un alivio que alguien, que Tallie Savas le comprendiera.

—Pero también es encantadora —añadió ella.

—Una loca encantadora que ahora está en mi cama. Puedes decirme cómo ha acabado allí y cómo habéis entrado.

—Ella… empezó a encontrarse mal durante la comida. Estábamos hablando…

ella estaba hablando y se puso un poco… nerviosa.

Ahí estaba otra vez la tensión.

—Me pareció mal dejarla sola —continuó diciendo—. Pero tampoco me parecía buena idea que estuviera en la oficina, así que pensé en llevarla a mi casa. Fue entonces cuando Rosie me sugirió subirla aquí y me dio una llave… yo ni siquiera sabía que vivías aquí.

El comportamiento de Cristina había sido tan desastroso como Elias había temido.

—Ya ves, no fue idea de tu hermana —añadió Tallie en su defensa —. Dijo que te pondrías furioso, pero yo no le dejé otra opción.

—Sigue.

Tallie se llevó la mano al pelo con nerviosismo.

—Temía que dirías eso. Ahora viene lo difícil.

La tensión iba en aumento.

—No debería ser yo la que te lo contara. En realidad, ni siquiera debería estar metida en todo esto —lo miró como suplicándole que le dijera que no hacía falta que siguiera hablando.

—Pero ya lo estás; así que continúa —dijo él, implacable.

—De acuerdo —respiró hondo—. Cristina está embarazada.

—¿Qué? —esa vez fue un auténtico alarido, pero no pudo evitarlo.

—Por favor. Vas a despertarla.

—¡No me importa! Está loca. ¿Por qué demonios ha hecho algo así?

—Bueno, creo que no fue intencionadamente.

—Cómo ha podido ser tan tonta —dijo apretando los puños—. Ese niño no podría tener peores padres.

—Nunca se sabe —aseguró Tallie—. A veces la paternidad cambia a la gente.

—No fue así en el caso de mi padre —murmuró Elias sin pensarlo dos veces.

Nunca le había contado a nadie que era matemáticamente imposible que su madre se hubiera quedado embarazada de él después de la boda, lo que quería decir que Elias había nacido en las mismas

circunstancias en las que iba a nacer el hijo de Cristina. De todos modos, no debería haber hecho ese comentario.

—Olvida lo que he dicho —dijo, sintiéndose culpable.

—Olvidado —dijo y, afortunadamente para él, cambió de tema—. Van a casarse.

Se lo dijo como si eso tuviera que hacerle sentir mejor. Tallie trató de hacerle ver que no podía decir nada al respecto; ellos habían tomado una decisión e iban a seguir adelante con ella pensara lo que pensara él. Lo que sí podía hacer era darle su apoyo para evitar que el problema se hiciera mayor con la oposición de sus padres. Elias tenía que admitir que Cristina tenía razones para pensar que, sabiendo que él estaba de su parte, era más fácil que sus padres aceptaran la situación.

—¿Cuándo se casan? —preguntó después de una larga pausa.

Tallie lo miró con una enorme sonrisa en los labios.

—Sabía que actuarías con sentido común.

Sí, todo el mundo lo sabía. Elias siempre actuaba con sentido común mientras el resto de su familia seguía haciendo locuras.

—Mañana.

—¿Mañana?

—¿Para qué esperar?

También para eso Cristina necesitaba su apoyo porque no pensaba decírselo a sus padres hasta estar casados. Elias no sabía qué hacer ni qué decir.

—Sé que la apoyarás —afirmó Tallie—. Tú la quieres y eso es lo que haces siempre… cuidar de tu familia.

Elias se quedó atónito. Se dispuso a protestar, pero justo cuando iba a abrir la boca, Tallie le tomó la mano entre las suyas y se la apretó. Elias la miró a los ojos y después bajó la vista. Ahí estaban sus dedos cálidos y suaves arropando su mano. No recordaba la última vez que alguien lo había tocado de ese modo, con tanta ternura y sinceridad. Algo se movió dentro de él, era como si hubiera encendido un fuego en su interior.

Reunió fuerzas para resistirse al poder de ese fuego.

—Sé que no es lo que querías para ella —continuó diciendo Tallie sin soltarle la mano—. Y ella también lo sabe, dice que esperabas mucho de ella.

—No le pido a nadie nada que no pueda hacer yo.

—Lo sé —le dijo con ternura—. Pero no todo el mundo es tan fuerte como tú.

No todo el mundo renunciaría a todo para salvar el negocio familiar con sólo veinticinco años.

—Veinticuatro.

—Eso demuestra la fortaleza de espíritu que tienes y el amor que

sientes por tu familia. Igual que cuando accediste a continuar en la empresa a pesar de mi llegada

—añadió con tristeza.

—No es para tanto. En realidad estás siendo muy buena presidenta —por mucho que le costara admitirlo, era la verdad.

—Gracias —Tallie esbozó una sonrisa—. Pero no se trata de eso. Cristina también desearía que las cosas hubieran sido de otro modo, pero a veces la vida nos sorprende.

—Sobre todo a mi hermana.

—Sí —asintió al tiempo que le apretaba la mano.

Así pues, se casarían al día siguiente a las dos y sus padres no estarían allí por decisión de Cristina, que opinaba que todo sería más fácil de ese modo.

—Pero mañana a las dos tenemos una reunión con Corbett —recordó él.

—Elias —le reprochó Tallie con dulzura.

Él frunció el ceño, pero el timbre de la puerta le impidió decir nada.

Tallie fue a despertar a Cristina mientras Elias se encargaba de abrir la puerta.

Al otro lado Mark parecía esperar el puñetazo que Elias tanto deseaba propinarle.

Pero no lo hizo, le dejó hablar y escuchó mientras él le decía que amaba a su hermana y que iba a casarse con ella pasase lo que pasase.

—Pégame si quieres —le dijo Mark después de la explicación.

—Lo dejaré para otro momento. Por si te atreves a hacerle daño —replicó justo cuando su hermana salía de la habitación acompañada de Tallie.

Después de varios minutos durante los cuales Cristina volvió a explicarle todo lo que ya le había dicho Tallie y le suplicó que la apoyara, Elias acabó por aceptar la situación. En todo momento sintió la presencia reconfortante de Tallie junto a él, nunca nadie había hecho algo así por él. Así que finalmente respiró hondo y le tendió la mano a Mark.

—Enhorabuena.

Mark parpadeó con sorpresa y después sonrió.

—Muchas gracias —dijo, estrechándole la mano con fuerza—. No tienes por qué preocuparte, cuidaré de tu hermana y de nuestro hijo… de todos nuestros hijos.

¿De todos? ¿Iba a haber más? Elias sintió un escalofrío al imaginar un batallón de pequeñas Cristinas, pero entonces miró a su hermana y vio la felicidad reflejada en su rostro. No le quedó más remedio que sonreír.

—Entonces nos veremos mañana a las dos en los juzgados —

anunció Elias.
Cristina lo abrazó, emocionada.
—Te quiero, Elias. Eres el mejor hermano del mundo.
—Vete a casa, Cristina.
—Vamos, Eli, no seas gruñón. Espero que algún día seas tan feliz como yo.
—Dios no lo quiera.
—Verás como sí —aseguró ella—. Sólo porque esa bruja…
—Cristina —la interrumpió bruscamente—. Vete a casa.
—Ya me voy —dijo por fin—. Tallie, gracias por todo, eres genial.
Mark también se despidió de ambos y justo antes de salir, se dirigió a Tallie.
—¿Quieres que te llevemos a casa?
—Pues…
—Yo la llevo —intervino Elias.
Cristina abrió los ojos de par en par y los miró a ambos con una sonrisa en los labios, después abrió la boca, sin duda para meter la pata… Pero Elias lo evitó.
—Hasta mañana, Cristina.
Su hermana asintió.
—Buenas noches y muchas gracias a los dos.
La puerta se cerró por fin y se hizo un silencio ensordecedor. Elias podía sentir los latidos de su corazón… o quizá fueran los de Tallie. Ella seguía a su lado, tan cerca que sus brazos se rozaban, tan cerca que Elias sólo tenía que girarse un poco y sus rostros se tocarían. Podría recordar lo que había sentido al besarla…
De pronto, todos los pensamientos que había estado evitando desde el viernes volvieron con fuerza justo en el momento en que creyó ver que Tallie se inclinaba hacia él. Era por las muletas, aún no las controlaba bien. De todos modos, tenía una boca tan sensual, tan provocadora…
Se aclaró la garganta y trató de encontrar fuerzas para hablar.
—Gracias… por cuidar de mi hermana —quería parecer tranquilo, pero su voz había sonado ronca y entrecortada.
—Me ha encantado poder hacerlo —también la voz de Tallie sonaba extraña.
Sus ojos se encontraron y todo volvió a ser como el viernes… sólo que peor porque esa vez no podrían culpar a las pastillas.
La culpa era del deseo que sentían el uno por el otro.
Era una locura. Un tremendo error. Tallie Savas era una complicación. Era una insensatez que no haría más que poner las cosas más difíciles para Antonides Marine.
Pero, por primera vez desde que tenía uso de razón, a Elias no le importaba la empresa ni la familia. Ni le importaba no estar siendo

sensato. Sólo por una vez iba a vivir el momento.

—Al demonio —murmuró.

Le quitó las muletas de las manos y las tiró al suelo.

—¡Elias!

La estrechó entre sus brazos, sintió sus suaves curvas, que parecían encajar a la perfección con su cuerpo y después inclinó la cabeza para besarla con toda la pasión acumulada durante días. Sus bocas se encontraron y se fundieron en un beso.

Capítulo 8

Aquello no terminó sólo con un beso. Y Tallie se alegró de ello. Se dijo a sí misma que algún día lo lamentaría, pero incluso mientras iba camino del dormitorio en los brazos de Elias, lo que realmente decía su cerebro era «Sí, sí, sí».

Y quizá también lo dijeran sus labios. No, sus labios estaban ocupados besando aquel cuello suave y fuerte. Entonces la dejó suavemente sobre la cama, pero no se tumbó a su lado, sino que puso una mano a cada lado de su cuerpo y la miró fijamente.

—Esto es una locura —murmuró.

—Lo sé —dijo Tallie.

Seguramente era la mayor locura que Tallie había hecho en su vida. Aquel hombre no era Brian, no la amaba del modo que lo había hecho Brian. Aquello no tenía nada que ver con el amor, era más bien un nuevo despertar a la vida, volver a sentir y a desear a alguien.

Nada más.

Sabía que él sentía lo mismo. Después de la conversación con Cristina, lo conocía mucho mejor. Ella le había explicado por qué Elias se enfadaría tanto ante la idea de que ella fuera a casarse con Mark.

—Mi hermano cree que el matrimonio no puede funcionar —le había explicado

—. Estuvo casado una vez con una verdadera bruja. La llamábamos «la mujer de hielo». Era posesiva y exigente y nos odiaba a todos. Sólo quería tener a Elias… y la empresa. Pero resultó que Antonides Marine estaba en crisis y cuando Elias se vio obligado a dedicar todo su tiempo a sacarla de la crisis, ¡ella se largó! —le había contado Cristina con rabia—. Desde entonces Elias no confía en nadie y no cree en el amor.

Tallie sí creía en el amor porque lo había vivido con Brian, pero no esperaba volver a sentirlo. Después de su muerte se había hecho de hielo. Pero últimamente ese hielo había comenzado a derretirse, sus hormonas habían resucitado con la atracción que sentía hacia Elias.

Su físico era desde luego impresionante, pero había algo más en él que la atraía de igual modo. Su energía, su determinación y su bondad. Sí, Elias Antonides era un hombre bueno que se desvivía por ayudar a su familia, igual que había hecho el viernes con ella. Había pasado toda la noche a su lado y había tenido la nobleza de rechazar lo que ella le ofrecía gustosa. Era bueno y esa bondad iba acompañada de un cuerpo que lo convertía en una tentación imposible de resistir.

Tallie lo había intentado, había hecho todo lo que había podido para resistirse.

Hasta había salido con Martin. Pero nada había funcionado. Aquello le hizo recordar lo que siempre le decía su padre, que no servía de nada dar la espalda a los problemas porque siempre volvían con más fuerza.

Elias estaba mordisqueándole el cuello cuando ella se echó a reír sin darse cuenta y, al notarlo, él levantó la mirada.

—¿De qué te ríes?

—Me estaba acordando de algo que siempre me dice mi padre.

—¿Estás pensando en tu padre? —preguntó alejándose, sorprendido por su respuesta.

Tallie le besó la mandíbula, donde podía sentir que estaba apretando los dientes.

—Sólo un momento, pero olvídalo —antes de que pudiera seguir alejándose, tiró de él y empezó a besarlo una vez más.

Elias se resistió sólo un momento, después se tumbó a su lado y se dejó llevar por la misma pasión que la consumía a ella también. Tallie lo recibió con los brazos abiertos. Empezó a desabrocharle la camisa para poder tocar su pecho, él sin embargo no se molestó en desabrocharle la blusa, sino que coló las manos por debajo de la tela y empezó a acariciarle el vientre.

Tenía las manos ásperas, manos de hombre trabajador, no de ejecutivo. Ya se había fijado antes, pero hasta ese día no había sabido el origen de esa aspereza.

Cristina le había explicado que Elias había hecho la mayoría del trabajo de remodelación del edificio y todo lo que había en su apartamento, incluyendo los maravillosos muebles de madera de la cocina.

Una manos con talento para la madera… y para ella, unas manos que la hacían estremecerse a cada paso.

Se quitó la camisa y después hizo lo mismo con su blusa para poder empezar a besarle los hombros y los pechos. Tallie sintió un escalofrío intenso como una descarga eléctrica.

—¿Tienes frío? —le preguntó sin apartarse ni un milímetro.

—No, estoy ardiendo.

Le acarició la espalda suavemente mientras él continuaba recorriendo cada centímetro de su torso. Unos segundos después sus bocas volvieron a juntarse y, sin separarse, rodaron por la cama hasta quedar Tallie encima. Entonces Elias aprovechó para despojarla del sujetador. Nada más cayó la prenda, él tomó ambos pechos en sus manos y los observó con deleite antes de besarlos mil y una veces. El cosquilleo de su lengua sobre la piel a punto estuvo de volverla loca de deseo.

—¡Elias! —su nombre salió entre sus labios como si fuera su propia respiración.

El la miró y sonrió, pero no dejó de acariciarle los pechos. Fue bajando después hacia el abdomen y después un poco más abajo hasta que llegó a la cinturilla de los pantalones y se los desabrochó para poder colar la mano y llegar hasta las braguitas, bajo las cuales la encontró ardiente y mojada. La tocó de un modo que la hizo gemir de placer y, mientras la acariciaba, su boca se deleitaba en el sabor de sus pechos, de sus pezones endurecidos. Tallie sintió cómo su cuerpo se ponía en tensión.

Hacía mucho tiempo.

Y sin embargo no estaba preparada, se resistía a aceptar la liberación que él le ofrecía. ¡No! Todavía no.

Rodó hasta quedar tumbada a su lado, pero no para alejarse pues lo deseaba demasiado, quería llegar hasta el final, pero antes quería hacerle arder de pasión como él había hecho con ella.

Empezó a besarle los brazos, después los hombros y el pecho mientras sus manos recorrían su piel ardiente.

—Tallie —susurró él.

—¿Sí? ¿Necesitas algo?

—A ti.

—A mí ya me tienes —lo miró a los ojos y sonrió. Él también sonrió y lo hizo de un modo que le dio alas para continuar explorando su cuerpo, esa vez por debajo de la cintura.

Elias se estremeció cuando su boca le rozó la pelvis.

—¡Tallie!

Ella no respondió, continuó besándolo mientras colaba la mano por debajo de los calzoncillos para sentir su piel dura, caliente. Exploró su longitud, haciendo que él arqueara las caderas y gimiera de placer.

—¡Para! Espera…

Tallie obedeció y Elias le agarró la mano y le besó los dedos uno a uno, los mordisqueó y los chupó. Terminaron de quitarse el resto de la ropa, lo cual en el caso de Tallie, era una complicación añadida por culpa de la escayola, pero Elias la despojó de los pantalones sin dificultad, con maestría.

—Increíble —susurró ella—. Lo haces todo bien.

Él se echó a reír con picardía.

—Me alegra que lo pienses.

Sin necesidad de que ella se lo pidiera, Elias se puso el preservativo y después volvió a ella, a los brazos que ella le tendía ansiosa por sentirlo dentro de su cuerpo.

Cuando por fin se sumergió en ella y empezó a moverse, Tallie se movió con él de manera instintiva, instándolo a adentrarse aún más, aún más fuerte. Hasta que comenzó a estremecerse y él con ella. Y dejaron de estar separados.

Se convirtieron en uno.

Tallie no había esperado algo así. Eso era lo que había sentido con Brian… como si sus cuerpos y sus almas se fundieran.

Se había sentido tan sola y tan vacía sin él. Aun así se había acostumbrado con los años e incluso se había refugiado en esa soledad, porque era menos peligroso que amar, que dejar que volviera a importarle alguien.

Mucho se temía que Elias Antonides empezaba a importarle mucho.

Y eso era peligroso y muy imprudente.

No había servido de nada.

Había hecho el amor con Tallie Savas para sacársela de la cabeza. Para dejar de ver su imagen cada vez que cerraba los ojos. Para dejar de pensar en ella y desearla cada minuto del día…

Pero sólo unos segundos después de haber estado dentro de ella, había vuelto a desearla con la misma intensidad. Hacer el amor con ella no había mitigado su deseo, más bien al contrario; lo había aumentado porque ahora sabía lo que podía llegar a sentir estando con ella. Quería volverla loca, sentir su cuerpo responder a él, sus uñas clavándosele en la espalda mientras alcanzaba el clímax. Quería sumergirse de nuevo en esa sensación que era lo más cerca que había estado nunca de sentirse pleno.

¡Y al mismo tiempo deseaba salir corriendo!

Tallie Savas no era para él. Se lo había dicho una y mil veces y aun así no había conseguido actuar en consecuencia.

¿Qué demonios le ocurría? Desde el divorcio, se había acostado con un buen número de mujeres y nunca, jamás, se había quedado despierto pensando qué pasaría después. Y sin embargo allí estaba, tumbado junto a Tallie, mirando al techo mientras ella dormía, tranquila y, con suerte, satisfecha.

Para él había sido una experiencia increíble, una mezcla de ternura y pasión.

Jamás había sentido algo así.

Quizá por eso deseaba más. Más sexo, eso desde luego, pero también algo más… Eso era lo que más le irritaba. Quería algo más aun sabiendo que era un error.

Todo era culpa de Nikos Costanides, decidió entonces. Verlo tan feliz junto a su mujer le había hecho recordar lo que había deseado en otro tiempo, todo lo que debería haber conseguido con Millicent. Y como se sentía atraído por Tallie, había centrado en ella todos esos deseos.

Era lógico.

Pero debía recordar que cuando se amaba a alguien, uno se abría y dejaba que pudieran destrozarlo por dentro, como había hecho Millicent con él.

Tallie debió de sentir que estaba inquieto porque se dio media vuelta hacia él y se acurrucó a su lado. Al sentir sus labios rozándole el pecho y el olor de su champú, Elias creyó que iba a volverse loco de deseo.

Pero no era amor, se aseguró a sí mismo. Sólo atracción, pasión animal, una especie de liberación que ambos habían necesitado después de tanto trabajo y de la noticia de Cristina.

Estaba seguro de que también Tallie lo veía de ese modo. De hecho, no parecía preocupada por lo que habían hecho. No, claro que no. Sin embargo él sí lo estaba y, si no se levantaba inmediatamente, acabaría despertándola y haciéndolo otra vez.

Se metió a la ducha con la esperanza de no tener que enfrentarse a ella antes de ir a trabajar, pero cuando salió del baño, Tallie ya estaba despierta.

Afortunadamente, tampoco ella parecía querer comentar lo ocurrido, así que Elias se limitó a ofrecerle un café y algo de desayunar.

—Tienes una casa preciosa —le dijo ella, ya en la cocina, frente a una taza de café y una tostada.

—Sigo trabajando en ella.

—Ya me dijo Cristina. ¿Así que tú hiciste todo esto? —preguntó señalando los muebles y la encimera de la cocina.

—Sí, todo lo que hay de madera en la casa.

—¿Y qué haces perdiendo el tiempo en Antonides Marine?

Elias frunció el ceño y la miró directamente a los ojos por primera vez desde que había salido del baño.

—Lo siento. No quería decir que fuera una pérdida de tiempo. Es que… esto es tan bonito. Mucho más que las fusiones y adquisiciones —afirmó al tiempo que pasaba la mano por la brillante madera—. Y es evidente que te encanta hacerlo —

añadió con una sonrisa de comprensión.

Elias no quería que ella le comprendiera porque eso dificultaba poner en práctica su decisión de mantener una relación superficial.

—No tengo tiempo —se limitó a decir—. Además, no se puede vivir de esto.

—Yo estoy segura de que sí podrías. Mucha gente mataría por tener algo así de bonito en sus casas.

—Puede que mataran, pero no creo que pagaran —contestó Elias, aunque una vocecilla en su cabeza le decía que Nikos Costanides sí vivía de ello y la gente le pagaba y bien—. Sólo es una afición. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Antonides Marine —adivinó ella.

—Exacto. Y no pienses que voy a dejártelo todo a ti —dijo él, sin saber por qué aquella conversación le hacía ponerse en tensión.

—No puedes, si quieres recuperar la casa.

—Es cierto —todo era por culpa de esa maldita apuesta. Incluso la intimidad que habían compartido durante la noche no era más que una consecuencia de una maldita apuesta—. Debería irme —dijo mirando la hora—. Desayuna tranquila.

Dio un último trago de café que le abrasó el estómago y después pasó junto a Tallie camino de la puerta.

—No pretendía ofenderte, Elias —dijo ella cuando estaba a punto de salir.

Él se detuvo frente a la puerta y se volvió a mirarla, intentando olvidar la noche anterior y recordar que ahora volvían a tener una relación estrictamente profesional.

—Lo sé.

—Me alegro —hizo una pausa—. En cuanto a lo de anoche…

Elias esperó conteniendo la respiración.

—Estuvo… bien —dijo con las mejillas sonrojadas.

—¿Bien?

—Más que bien —corrigió con evidente nerviosismo—. Gracias.

Dios. ¿Qué se suponía que debía contestar a eso? ¿Gracias a ti?

Se limitó a asentir torpemente.

—Bueno, me voy. Tendremos la reunión sobre Corbett en cuanto llegues.

—Muy bien. ¿Podrías decirle a Mark que voy a llegar un poco tarde?

—¿A Mark?

—Tu futuro cuñado.

—Creí que la boda no era hasta las dos.

—Así es, lo que quiere decir que puede trabajar hasta esa hora.

—¿Qué? —Elias abrió los ojos de par en par, incapaz de creer lo que oía—. No habrás…

Tallie se encogió de hombros, encantada.

—Sí. Lo he contratado.

—Anoche me quedé trabajando hasta tarde —se disculpó ante Rosie y Dyson cuando llegó a la oficina a eso de las nueve y media. Sólo esperaba que no la hubiera delatado el rubor de las mejillas y que nadie se diera cuenta de que llevaba la misma ropa del día anterior—. ¿Dónde está Paul? —preguntó en lugar de preguntar por Elias que le habría resultado más comprometedor.

La puerta de su despacho estaba cerrada y no se oían gritos, así que o había matado a Mark, o las cosas no iban tan mal entre ellos.

—Han ido a reunirse con un publicista —respondió Rosie.

—¿Un publicista? —preguntó Tallie enarcando las cejas.

—Es alguien que Mark conocía de las carreras. Dijo que quizá pudiera ayudar a promocionar la línea de embarcaciones de recreo.

—¿De verdad? —era mejor de lo que se habría atrevido a esperar.

Después de decirle que había contratado a Mark, Tallie había tratado de explicarle a Elias por qué creía que era buena idea. Le había dicho que serviría para demostrarle a su hermana que contaba con su apoyo y que confiaba en su futuro esposo, y además podría tenerlo controlado, como bien había dicho Elias. Por otro lado, Mark estaba acostumbrado a competir en las regatas, por lo que podría ayudar a desarrollar una línea de embarcaciones de recreo.

Había tenido que insistir en que nada tenía que ver con los yates de lujo que había pretendido comercializar su padre y que merecía la pena tenerlo en cuenta.

Elias se había limitado a gruñir algo y se había marchado sin decir nada más, por lo que Tallie no habría podido imaginar que lo había convencido. Quizá, contra todo pronóstico, había sido Mark el que lo había convencido.

Otro factor positivo era que la ausencia de Elias haría que la mañana fuera más fácil de sobrellevar. Tallie no estaba acostumbrada a despertar en casa de un hombre, ni siquiera estaba acostumbrada a dormir con nadie. En toda su vida, sólo había hecho el amor con Brian y había llegado a resignarse a la idea de que no volvería a acostarse con nadie.

Pero lo había hecho, y con Elias Antonides ni más ni menos.

Lo cual sin duda había sido un gran error. Se había acostado con un hombre que no deseaba tener ningún tipo de relación seria y, aun así, Tallie estaba dispuesta a volver a hacerlo. ¿Sería así como empezaban las aventuras?

Justo en ese momento un golpecito en la puerta la hizo sobresaltarse. Levantó la mirada y se encontró con un pirata de pelo negro.

—¡Theo! —exclamó, atónita—. ¿Qué haces aquí?

Hacía meses que no veía a su hermano.

—Voy de camino a Newport —dijo él, dándole un fuerte abrazo—. Tengo que probar un barco que voy a llevar a España, si es que me gusta. He llamado a papá desde el aeropuerto y me ha dicho que podría encontrarte aquí. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —bajó la mirada y vio la escayola—. ¿Qué te ha pasado?

—Perdí una batalla con un camión.

Theo la miró, horrorizado.

—¡Podría haberte matado!

—Pero no fue así —respondió igual que había respondido a Elias una y mil veces—. Siéntate y ponte cómodo para que puedas contarme qué haces en la gran ciudad.

Theo se sentó frente a ella, pero no apartó la mirada del enorme ventanal del despacho.

—Vaya vista, Tal.

—Pues te lo debo todo a ti.

—¿A mí?

—Tengo este trabajo gracias a una carrera que ganaste —le recordó—. Contra Aeolus Antonides. La misma carrera en la que ganaste una casa… al menos durante dos años. Tú conseguiste la casa y yo la presidencia de Antonides Marine.

—¿Ese sinvergüenza te puso de presidenta? —Theo meneó la cabeza y torció el gesto—. Bueno, al menos salió algo bueno de todo eso.

—¿Por qué? —le extrañaba que su hermano no se vanagloriase de la victoria y, ahora que lo observaba con detenimiento, parecía nervioso.

—Debería haber rechazado esa casa —le dijo inesperadamente—. Ojalá nunca la hubiera visto.

—¿La casa de Santorini? —Tallie abrió los ojos de par en par—. ¿Has estado allí?

—Sí.

—Tengo entendido que es muy bonita. Elias, el director de la empresa, Elias Antonides —aclaró intentando parecer profesional—… dice que su familia le tiene mucho cariño.

—Así es —dijo con tristeza. Después se puso en pie y comenzó a caminar por el despacho como un león enjaulado.

Tallie lo miró, sorprendida. Normalmente, Theo era la persona más tranquila del mundo, pero ahora parecía alterado y ella nunca lo había visto alterado por nada, ni siquiera por su padre.

—¿Qué tiene de malo la casa?

—No es qué, es quién.

—¿Hay fantasmas?

—¡No seas tonta! Nada de fantasmas, es una chica.

—¿Una niña? —quizá la hija del ama de llaves o algo así.

—No, no es una niña —respondió Theo con ostensible rabia.

—Entonces seguro que podrás controlarla —supuso Tallie riéndose con malicia

—. Utiliza el encanto de los Savas.

Pero Theo siguió yendo de un lado a otro con los puños apretados.

—No me digas que es inmune a tus encantos —siguió riéndose ante la incomodidad de su hermano—. Vamos, Theo, cuéntamelo.

—No, olvídalo. Además, cuando vuelva ya se habrá ido —perdió la mirada en el paisaje que se extendía al otro lado del cristal—. Más vale que lo haya hecho.

Le resultaba extraño ver a su hermano mayor desesperado. Tallie siempre lo había creído dueño de su destino, siempre había tenido la respuesta a los problemas del mundo y siempre había sido su

protector.

—¿Estás bien? —le preguntó con sincera preocupación.

—Fenomenal.

—No es cierto. Necesitas hacer algo divertido —ella también necesitaba un poco de distracción para dejar de pensar en Elias mientras él estaba en la boda de su hermana. Tallie había rechazado amablemente la invitación de Cristina el día anterior y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Le habría gustado pedir consejo a Theo, pero si él no podía solucionar los problemas de una relación que, sin duda, sería menos complicada que la de ella, tampoco podría ayudarla. Lo que sí hizo fue preguntarle qué hacía cuando necesitaba aclarar sus ideas.

—¿Qué te ocurre? —le dijo él observándola detenidamente.

—Nada. Estoy bien —respondió Tallie mirando hacia otro lado, consciente de su escrutinio—. Sólo intento tomar algunas decisiones. Ya sabes, el trabajo y esas cosas.

—¿El viejo Antonides está dándote problemas?

—No. En realidad sólo estaba aquí simbólicamente. Es su hijo el que dirige…

dirigía la empresa.

—¿Es él el que te está dando problemas? —preguntó como si estuviera dispuesto a darle un puñetazo a Elias si era el caso.

—No, no —respondió rápidamente—. Nos llevamos bastante bien… ahora.

Pero es… complicado —empezaban a arderle las mejillas.

—¿En qué sentido?

—Olvídalo —volvió a bajar la mirada, pero sentía los ojos de Theo sobre ella.

—Necesitamos un barco —decidió él de pronto—. Vamos a tomar un poco de aire fresco, hermanita. Pero puedo decirte algo… papá tiene muchas cosas que explicarnos.

Lo más parecido a un barco que pudieron conseguir fue una barquita de Central Park. En cuanto consiguió subirse y sentarse con el impedimento que suponía la escayola, Tallie se vio obligada a admitir que su hermano tenía razón; navegar, aunque fuera en un lago del parque, resultaba tremendamente relajante.

De pronto las emociones que había despertado la noche que había compartido con Elias le parecían menos intensas. Ahora lo que debía hacer era asimilar que no podía tener ningún tipo de expectativas. Había sido una noche de pasión entre dos adultos. Nada más. Por supuesto que le había gustado, Elias le gustaba mucho; de otro modo no se habría ido a la cama con él. Además, se sentía agradecida hacia él por haberla hecho sentirse viva de nuevo.

Elias le había demostrado que había vida después de Brian y ahora

estaba dispuesta a encontrar esa vida. Aunque no fuera con Elias.

Estuvieron en el parque hasta que el sol se ocultó tras los edificios de Manhattan y después fueron a cenar juntos, tras lo cual Theo la llevó a casa y se despidieron con otro fuerte abrazo.

—Cuídate y no hagas nada que yo no haría —le dijo él guiñándole un ojo.

Tallie se echó a reír.

—En otras palabras, tengo permiso para hacer cualquier cosa.

Estar con su hermano la había hecho sentirse tranquila de nuevo, había recobrado el equilibrio y la sensatez… Cosas que perdió en cuanto se abrió la puerta del ascensor y vio a Elias junto a la puerta de su apartamento.

Capítulo 9

—¿Dónde demonios has estado?

No era la mejor manera de empezar una conversación. Elias lo sabía, pero eran casi las diez de la noche. Tallie había desaparecido hacía horas.

Dyson y varias secretarias que seguían en la oficina cuando Elias había vuelto de dejar a Cristina y a su maldito Mark en un avión rumbo a las Bermudas le habían dicho que se había marchado a primera hora de la tarde con un hombre. Lo primero que Elias había pensado era que se trataría de Martin, pero las chicas le habían dicho que se trataba de un hombre de verdad, de un bombón de pelo moreno.

Nadie había sabido quién diablos era ese «bombón». Bien era cierto que eso no era asunto suyo; Tallie tenía derecho a irse con quien quisiese, pero no en mitad del día, cuando se suponía que debía estar trabajando. Si no iba a hacer su trabajo, más le valía marcharse y dejar que lo hicieran otros.

La había llamado una y mil veces, tanto a casa como al móvil, pero no había conseguido dar con ella y había empezado a preocuparse. Había sido la preocupación lo que le había impulsado a ir a su apartamento, sólo para asegurarse de que estaba bien y no había sido atacada por ese tipo de pelo negro.

Pero tampoco la había encontrado allí. Así que se había quedado esperando…

dos horas, durante las cuales había tenido tiempo de imaginar lo peor.

Por fin había llegado y la tenía frente a él, con el pelo despeinado y el rostro moreno, más guapa que nunca. Y muy sorprendida de verlo allí.

—Elias.

—¿Dónde has estado? Dyson me dijo que te habías marchado de la oficina a primera hora de la tarde.

—Se lo dije a Rosie. ¿Ha habido algún problema? —parecía realmente preocupada mientras sacaba la llave del bolso.

—Podría haberlo habido y tú no te habrías enterado.

—Pero no lo ha habido, ¿verdad?

—No —era consciente de que estaba haciendo un mundo de todo aquello, pero no podía controlarse—. Bueno, ¿quién era el bombón?

Tallie lo miró boquiabierta.

—¿Qué bombón?

—El tipo de pelo moreno… como lo describió Laura.

Tallie se echó a reír.

—Se llama Maura —le corrigió.

Por él, como si se llamaba Blancanieves.

—¿Quién era?

Tallie abrió la puerta y entró en el apartamento.

—Theo —dijo por fin—. Mi hermano.

—¿Tu hermano? —Elias no entendía por qué de pronto le flaqueaban las piernas.

—Sí. Acaba de llegar de Atenas. Por lo visto estuvo en Santorini, en la casa —le dijo mientras él la seguía al interior del apartamento.

Lo cierto era que en aquel momento a Elias no le importaba nada excepto que el

«bombón» de pelo negro era su hermano.

—Parece ser que había una chica que ha estado torturándolo.

—¿Una chica? —repitió Elias.

—No sé más que eso. Puede que viva en el pueblo.

—Puede —¿a quién le importaba? Desde luego a él no. La única chica que le importaba era la que tenía frente a él. Elias cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

Tallie continuó hablando muy deprisa.

—Quiero mucho a mi hermano, pero a veces es enervantemente reservado. Pero me alegro mucho de haberlo visto. Hacía siglos que no venía por aquí. Me fui con él porque no conseguía hac… —se detuvo de pronto y rehizo la frase—. Quería pasar un rato con él. ¿Qué haces ahí apoyado?

Trataba de mantenerse alejado de ella porque le parecía mejor que arrancarle la ropa y besarla hasta dejarla sin sentido. Pero en cuanto se detuvo a pensarlo se dio cuenta de que era una tontería. Nada podía ser mejor que hacer el amor con Tallie.

—Tienes razón —dijo antes de alejarse de la puerta, acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos.

—¡Elias! —Tallie se quedó rígida sólo unos segundos, después dejó caer las muletas y se derritió en sus brazos.

Besar a Tallie, sentir su cuerpo cerca y su aroma embriagándole los sentidos era suficiente para hacerlo sentir bien por primera vez en todo el día. De pronto se sentía en casa. Quizá fuera porque había pasado el día haciendo cosas que habría preferido no tener que hacer; la boda de Mark y Cristina y después dos horas imaginando a Tallie con ese hombre de pelo negro.

Pero ahora estaba allí con ella. Besándola. Y ella lo besaba a él con la misma desesperación. De hecho, enseguida empezó a quitarle la camisa y se disponía a hacer lo mismo con el pantalón…

—¡Tallie!

—¿Sí?

—Así no vamos a poder llegar al dormitorio —dijo, haciendo un esfuerzo por controlarse porque apenas podía pensar cuando estaba con ella.

Pero… ¿quién necesitaba pensar?

La levantó en brazos y la llevó hasta la cama tan rápido como pudo.

—¿Dónde estábamos? —preguntó ella con los ojos brillantes y el rostro sonriente—. Ah, sí, ya me acuerdo —y sus manos volvieron a ponerse manos a la obra hasta que ambos estuvieron completamente desnudos y sin aliento.

Elias estaba a punto de volverse loco. Ansiaba más, por eso se deslizó entre sus piernas, en su calidez.

—Yo —dijo entre dientes—… quiero que esto dure.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —la pregunta lo dejó confundido.

Sus labios esbozaron una malévola sonrisa.

—Cuanto antes empecemos, antes podremos hacerlo otra vez —se encogió de hombros y se quedó mirándolo—. Sólo intento utilizar la lógica.

No iba a ser él el que desafiara dicha lógica.

—Como usted diga —susurró justo antes de que sus bocas se fundieran de nuevo en un beso con el que Elias habría deseado hacerla suya, sólo suya. Después empezó a moverse.

No consiguió que durara. Poco después todo su cuerpo empezó a temblar, pero también lo hizo el de Tallie, que explotó de placer con su nombre en los labios.

Después se quedaron el uno en brazos del otro, exhaustos.

Pero no era suficiente.

Acababa de tenerla… y ya la deseaba otra vez.

—¡Se han casado! ¡Mi niña se ha casado! —la voz de su madre le retumbó en la cabeza, un poco más aguda con cada nuevo grito.

«Buenos días a ti también», pensó Elias con desaliento. Helena Antonides no era en absoluto la primera persona con la que le habría gustado hablar aquel día.

Habría preferido que Tallie entrara en su despacho a tentarle con una nueva delicia preparada con sus propias manos. Pero eso no iba a pasar. Había llegado a la oficina, tan sonriente y encantadora como siempre, y había llevado *kolaches*. Pero, a pesar de los pasteles griegos y de las sonrisas, volvía a ser la presidenta de la empresa.

Lo que seguramente significaba que lo suyo se había convertido en una aventura; ahora eran amantes. Noches de sexo apasionado y días llenos de trabajo.

Y eso era lo que él quería, por supuesto.

Pero…

—¡Elias! ¿Me estás oyendo? —preguntó su madre.

—Sí, mamá. Lo sé —dijo él, lamentándose de haber dejado que Rosie le pasara la llamada. En ese momento le había parecido mejor enfrentarse a su madre antes de que la histeria aumentara.

El día anterior le había hecho prometer a Cristina que llamaría a su madre para contárselo y, por lo que parecía, había cumplido su promesa a primera hora de la mañana. Pero también era obvio que lo que le había dicho no había sido suficiente.

Como de costumbre, era él el que tenía que terminar la conversación.

—Tú estabas allí —le recordó Helena a modo de acusación—. ¡Me dijo que a ti sí que te había invitado!

—Necesitaban un testigo.

—¡Yo también podría haber sido testigo! ¿Por qué no me lo dijiste?

Elias tuvo que apartarse el teléfono para que los gritos no le rompieran el tímpano.

—Porque no era mi boda —dijo él—. La decisión no dependía de mí.

—¿Desde cuándo dejas que tu hermana haga ese tipo de estupideces?

—Es su vida.

—De todos modos, deberías habérmelo dicho. ¿Qué clase de madre no va a la boda de su hija?

—La que no sabe que su hija se va a casar —respondió Elias con toda lógica.

—Ni siquiera tenía vestido. ¿Qué llevaba puesto?

Intentó recordarlo, pero durante la boda no había dejado de pensar en que Tallie debería haber estado a su lado. Al fin y al cabo, era culpa suya que ahora Mark trabajara para la empresa y que formara parte de la familia. Pero del vestido de Cristina no recordaba nada.

—Creo que era morado.

—¡Morado! —cualquiera habría dicho que la policía de la moda arrestaría a su hermana en cuanto volviera a poner el pie en Nueva York.

—Estaba muy guapa —aseguró Elias—. Era su boda, así que era ella la que tenía que elegirlo. A Mark le gustó.

Ni siquiera sabía por qué estaba defendiendo a su hermana cuando en realidad no tenía demasiadas esperanzas de que aquel matrimonio fuera a durar mucho.

Aunque debía admitir que su hermana parecía más segura que nunca y Mark había dicho sus votos con una firmeza que le había sorprendido gratamente.

—Yo debería haber estado allí —protestó su madre.

—Podrás estar cuando llegue el bebé.

—¿El bebé? ¿Qué bebé?

Dios. Había olvidado que no lo sabía.

—Quiero decir que tarde o temprano tendrán un hijo —trató de arreglarlo—. Y

entonces podrás estar allí.

—Un bebé —repitió Helena en un tono de voz completamente diferente.

—Escucha, mamá, tengo que dejarte. Tengo mucho trabajo…

—Pero menos que antes, ahora que tu padre ha contratado a esa chica para que te ayude.

¿Esa chica? ¿Que su padre había «contratado»? Una vez más, Elias se preguntó qué le contaría exactamente su padre a su madre de lo que ocurría en el trabajo.

También se preguntó qué diría Tallie si oyera la descripción que había dado su madre de ella. Sonrió ante la idea de contárselo.

—Así que ahora tendrás más tiempo —continuó diciendo como si estuviera frotándose las manos con impaciencia.

—Mamá, yo…

—Sí, sí. Pero tendrás tiempo para buscar esposa.

—Ya tuve una esposa —le recordó Elias.

—Sí, pero ella nunca fue la adecuada para ti.

—No empieces, mamá.

—Sé que te hizo daño, Elias, pero no puedes pasarte la vida escondido.

—Yo no me escondo.

—No, trabajas, que para el caso es lo mismo.

No podía protestar porque ella no pensaba escucharlo.

—Tengo que dejarte.

—Conozco a la mujer perfecta para ti. ¿Te acuerdas de Sylvia Vrotos? Tiene una prima que tiene una hija…

—Mamá, por favor.

—Es una chica encantadora y tiene un master.

Elias ya conocía a una chica encantadora con un master. Con la que además se acostaba.

—Voy a invitarla a cenar el domingo y así podrás conocerla.

—¡Mamá!

Pero era imposible hacerla callar. De pronto estaba habiéndole de una tal Sophia, de New Haven. Elias empezaba a perder la esperanza de acabar con aquella conversación cuando Rosie llamó a la puerta y le anunció una visita.

—Mamá, tengo que irme —y colgó el teléfono antes de que Helena pudiera decir nada—. Hazlo pasar —le dijo a Rosie.

Cuando volvió a levantar la vista, Elias se encontró con otro miembro de la familia Antonides, uno más moderno y desaliñado.

—¿Peter?

Allí estaba su hermano, ataviado con unos vaqueros llenos de agujeros y una camisa hawaiana con palmeras. Iba sin afeitar y cualquiera hubiera dicho que sin peinar.

—No pongas esa cara. Ya te dije que quería hablar contigo. Como no volviste a llamar… —le dijo en tono acusador.

—Estoy muy ocupado.

—Ya lo veo —dijo mirando a su alrededor.

Llevaba casi tres años sin ver a su hermano. Peter se había ido a estudiar a Hawai hacía diez años, pues, según él mismo le había dicho, era el punto de los Estados Unidos más lejano que había podido encontrar. Desde entonces, sólo lo había visto cuando había necesitado dinero, un dinero que nunca le había devuelto, por supuesto.

En una ocasión Peter le había confesado que no sabía cómo aguantaba trabajar allí, en la empresa de la familia y cuando Elias le había dicho que alguien debía hacerlo, su hermanito había afirmado con total tranquilidad que se alegraba de que ese alguien fuera Elias y no él.

Sólo esperaba que esa vez no pretendiera pedirle nada, y mucho menos dinero.

De todos modos, Elias siguió el rumbo de la conversación superficial que Peter comenzó comentando el traslado de la empresa a Brooklyn.

—Suéltalo, Peter —le dijo Elias cuando se hartó de hablar de cosas que no llevaban a ninguna parte.

—He estado trabajando en una tabla de windsurf.

Para Elias, trabajar y windsurf eran dos términos contradictorios, pues todo lo que había hecho su hermano con su afición al windsurf había sido viajar por todo el mundo y gastarse el dinero de la familia. De todos modos, esperó pacientemente.

—Te enseñaré de qué te estoy hablando —y, al decir eso, salió a recepción para entrar de nuevo con una enorme carpeta de la que sacó multitud de dibujos.

Sorprendentemente, los dibujos que Peter dejó sobre el escritorio tenían gran lujo de detalles y cálculos sobre la velocidad y la energía del viento. Peter parecía empeñado en demostrarle que su diseño sería más fácil de manejar y resultaría muy atractivo para el público. Así continuó hablando durante al menos media hora.

—Bueno, ¿qué piensas? —le preguntó cuando hubo terminado.

Elias, que en realidad había estado pensando en el modo de conseguir que Tallie fuera a su apartamento esa noche, parpadeó, algo confundido.

—¿Sobre qué?

—Sobre la tabla. ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?

—Sí. Es… interesante.

—¿Entonces quieres hacerlo?

—¿Hacer qué? —no le estaría pidiendo que fuera a hacer windsurf.

—¡Por el amor de Dios, Elias! He venido desde Honolulú para enseñarte el proyecto y darte la exclusiva…

—¿La exclusiva? ¿De qué? ¿De hacer tablas de windsurf?

—Claro. ¡Maldita sea, Elias!

—Entonces, no. Maldita sea.

Peter tuvo la mala suerte de ser la gota que colmaba el vaso. Elias estaba harto de todos ellos; de su padre, al que no le interesaba otra cosa que no fuera el golf, comer con sus amigos y navegar; de su madre, que sólo quería casarlo y tener nietos; de Cristina, que iba a cometer la irresponsabilidad de tener un hijo del que nadie sabía nada todavía; y de Peter, que sólo aparecía cuando quería algo.

Su hermano apretó los dientes y guardó los dibujos a toda prisa.

—Gracias por dedicarme tu tiempo y tu atención —dijo, lleno de sarcasmo—.

Me alegro de haberte visto y de comprobar que sigues dispuesto a apoyarme tanto como siempre. No te molestes en acompañarme.

Hasta el suelo tembló con el portazo que dio al marcharse.

Durante un buen rato, Elias se quedó allí sin moverse, preguntándose qué más podría pasar. Sólo quedaban Martha y Lukas por aparecer y contarle alguna locura propia sólo de los Antonides.

Miró a la puerta en silencio, deseando que apareciera Tallie con una sonrisa que volviera a hacerlo feliz.

Pero no ocurrió. Porque la vida no era así. Así que abrió una carpeta e intentó concentrarse. Pero no pudo.

Capítulo 10

—¿Tallie? ¡No me estás escuchando!

—Claro que te escucho, papá —bueno, al menos intentaba hacerlo. Pero al mismo tiempo su cerebro se empeñaba en pensar en algo más importante; el modo en que Elias y ella habían hecho el amor la noche anterior.

—Entonces contéstame, maldita sea. He leído el informe que me envió Elias y me preocupan los datos de los beneficios.

¿Un informe? ¿Elias le había enviado un informe? Sí, creía habérselo oído mencionar. Y no era de extrañar, Elias siempre era así de responsable.

No como ella, que era una irresponsable y una tonta. Una tonta que no podía pensar en nada que no fuera en Elias y en que, sin saber cómo, se había enamorado de él.

No había sido amor a primera vista como con Brian. Elias se había ido colando en su vida poco a poco. Por supuesto que era guapo, y tenía un cuerpo impresionante. Pero también era inteligente, intenso, dinámico, trabajador y se preocupaba por su familia y por sus empleados, incluso por la intrusa que había irrumpido en su empresa y le había quitado un puesto que debería haber sido para él.

Lo increíble no era que se hubiera enamorado de Elias, sino que hubiera tardado tanto en darse cuenta.

Sin embargo, ahora que lo sabía, no tenía la menor idea de qué hacer.

Elias no era como Brian, que siempre había mostrado sus sentimientos sin tapujos. Al contrario que él, Elias ocultaba su corazón bajo una capa protectora impenetrable. Y aunque Tallie sabía que le gustaba y que lo pasaba bien con ella en la cama, también sabía que nunca pensaría en el amor.

—¿Qué está haciendo con respecto a los beneficios, Tallie?

—¿Beneficios?

—Por el amor de Dios, hija. Concéntrate.

Tallie hizo un verdadero esfuerzo por volver a la realidad y centrarse en la conversación.

—Estamos haciendo algunos cambios. Estudiando otras opciones.

—Sí, lo sé —dijo Socrates con impaciencia—. Espero que funcione porque…

—Porque has invertido mucho dinero —lo cual, aparte de conseguir casarla, era siempre su motivación.

Desde el principio se había propuesto hacer que Tallie se enamorara de Elias y lo había organizado todo con la esperanza de

que acabara casándose con él y siendo una buena esposa griega en lugar de empeñarse en seguir sus pasos en los negocios.

No pudo evitar preguntarse qué diría Socrates si le contara que su plan había funcionado, al menos en la parte de enamorarse de Elias, no en lo demás.

—Tú tienes experiencia en esto, Thalia —continuó su padre—. Deberías estar trabajando con Antonides.

—Eso hago.

—¿Sí? ¿Todos los días?

—Claro.

—Entonces… ¿qué demonios le ocurre a ese hombre? ¿Es que no le gustan las mujeres?

—¿Qué? —de repente no le costó ningún trabajo prestar atención a las palabras de su padre.

—Ya me has oído. Tú no eres fea. No eres una modelo, pero…

—Muchas gracias, papá —dijo ella secamente.

—Eres inteligente y te tiene todo el día delante de sus narices. ¿Por qué diablos no te ha pedido salir?

«Porque no hizo falta», le habría gustado responder. «Me metí en su cama sin que él tuviera que hacer nada. Y ahora tenemos una aventura y lo amo, aunque él no tardará en dejarme. Todo gracias a ti».

Pero en lugar de eso, dijo:

—Adiós, papá —y colgó el teléfono tan fuerte que a punto estuvo de desmontarlo.

Le habría gustado sentirse satisfecha por lo que acababa de hacer, pero sólo sintió tristeza. Elias lo pasaba bien con ella en la cama, sí, pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Qué pasaría cuando se cansara de ella?

Lo único que sabía era que no estaba hecha para tener una aventura.

No podía trabajar. No podía pensar. Así que se puso de pie, se colocó las muletas y salió de su despacho.

—Rosie, me voy a… —se detuvo en seco en la recepción al ver a un hombre moreno con vaqueros gastados y camisa hawaiana—. ¿Elias? —no podía creerlo.

El hombre se dio la vuelta al oír su voz y entonces pudo comprobar que era una versión más joven y fibroso que Elias, pero con la misma belleza clásica.

—No, gracias a Dios —dijo con verdadero ímpetu—. Soy Peter, su hermano, para mi desgracia —añadió con el gesto torcido, pero enseguida esbozó una sonrisa e hizo uso del encanto propio de la familia—. Y tú eres…

—Tallie Savas. Qué sorpresa. Tú eres el surfista.

—¿Eso es lo que te ha dicho Elias?

—No, Cristina.

—¿Conoces a mi hermana?

De pronto se encontró poniéndolo al día de los últimos acontecimientos de la vida de su hermana, pero le dijo que si quería saber más, debía hablar con Elias, a lo cual Peter puso mala cara.

—Mi hermanito mayor no quiere hablar conmigo. Le hago perder el tiempo y el dinero.

—Estoy segura de que no es así —dijo Tallie.

—Claro que sí. Aunque ahora mismo yo tampoco quiero hablar con él. He venido desde Hawai a hacerle una propuesta y él me ha echado sin siquiera escucharme.

—¿Una propuesta? ¿De qué se trata?

Peter la miró de arriba abajo antes de contestar.

—No pretendo ofenderte, pero ¿quién eres? ¿La ayudante de Elias o algo así?

—Algo así —respondió secamente.

—Escucha, no quiero meterte en un lío y sé que Elias se toma en serio la cuestión de la lealtad.

—Elias y yo tenemos un acuerdo.

—¿Cuál es tu trabajo exactamente?

Tallie sonrió con malicia.

—Soy la jefa.

También tuvo que informarle de la reestructuración de la empresa, aunque prefirió omitir algunos detalles, como que la presidenta se acostaba con el director general y se había enamorado de él.

Después de las explicaciones, Peter no tuvo ningún problema en mostrarle su proyecto y darle todo tipo de explicaciones sobre la viabilidad y la utilidad de la nueva tabla que había diseñado. En todo momentó, Tallie tuvo presente lo que Elias y Cristina le habían contado de su hermano el surfista; que era un irresponsable que nunca había tenido un trabajo serio y se dedicaba a viajar de un sitio a otro practicando surf. Pero lo cierto era que, al menos para alguien que no sabía nada de tablas de windsurf, parecía que había hecho un minucioso análisis y había puesto en práctica toda su experiencia de aficionado a dicho deporte, además de sus estudios de Ingeniería Mecánica.

Al final de la reunión, sólo pudo decirle que lo pensaría y que, si le parecía bien, hablaría con Elias. Lo que sí le prometió fue consultarlo con su hermano Theo.

—¿Theo Savas? —le preguntó Peter, entusiasmado—. No me digas que eres hermana de Theo Savas.

—Sí —contestó Tallie—. Ahora que lo pienso, ¿qué te parece si lo consultas tú con él directamente?

—¿Yo? Pero… no me conoce…

—Yo lo llamaré primero para avisarle.
—Éso sería estupendo.
—Pero escucha, Peter —dijo, agarrándolo del brazo—. Sea lo que sea lo que te diga Theo, en ningún caso voy a ir en contra de las decisiones de Elias, sólo puedo prometerte que, si realmente es una buena idea, hablaré con tu hermano.
Peter asintió con seriedad.
—Por supuesto. Sólo quería proponerlo porque sé que podría ser bueno para ambas partes —se disponía a salir, pero se detuvo a decir algo más—: Verás, yo sé que todo esto ha sido una tremenda carga para Elias. Y le agradezco a ese cabezón todo lo que ha hecho. Obviamente si tú estás aquí, es porque por fin se ha dado cuenta de que no puede hacerlo todo él solo. Quería decirle que ahora yo también estoy aquí y quiero hacer lo que me corresponda.
Tallie sonrió y le estrechó la mano.
—Llamaré a mi hermano.
Para completar un día de auténtica pesadilla, se le había estropeado el ordenador por culpa de un virus y había tenido que cancelar la reunión con Corbett.
Su madre había vuelto a llamarlo, y otra vez había empezado a hablarle de posibles futuras esposas.
Y, sin poder evitarlo, Elias había acabado gritándole:
—¡No me interesa ninguna!
La única que le interesaba era Tallie.
—No hace falta que te pongas así, hijo. Yo sólo quiero lo mejor para ti.
Tallie era lo mejor para él. La deseaba de un modo que no había deseado a Millicent. Quizá porque con ella podía hablar de cualquier cosa; del trabajo, de su familia, incluso de su afición a la carpintería. Ella lo comprendía. Igual que seguramente comprendería también la envidia que había sentido de Nikos Costanides. Porque Tallie le entendía.
Y él la amaba.
Mientras su madre seguía hablando de mujeres disponibles, Elias esperó a sentir la reacción de rechazo a cualquier cosa relacionada con el amor que notaba siempre desde que Millicent le había roto el corazón.
Pero no hubo tal reacción.
Porque Tallie no era Millicent. Tallie era una mujer completamente distinta.
Una persona tierna y cariñosa, además de divertida y entusiasta. Y, desde luego, una amante apasionada.
Que no lo amaba.
Aquel pensamiento le provocó un escalofrío. Necesitaba pensar.

Pero ni siquiera pudo empezar a hacerlo porque, apenas había colgado con su madre, cuando Rosie le avisó de que tenía a su padre por la línea dos.

Habría deseado pedirle que no se lo pasara, pero sabía que Aeolus no era de los que se rendía, así que estaría llamándolo una y otra vez hasta que consiguiera hablar con él. Por lo tanto, lo mejor era hacerlo cuanto antes.

Como acostumbraba a hacer, su padre lo tuvo más de diez minutos hablando de golf, mientras Elias se preguntaba para qué habría llamado realmente. También hablaron de sus hermanos, pues se había enterado de la boda de Cristina, aunque se había tomado la noticia mucho mejor que su madre. De lo que no se había enterado era de que Peter se encontraba en Nueva York.

—No he visto a Peter desde que tu madre y yo estuvimos en Honolulú en marzo. En realidad, hace mucho tiempo que no veo a ninguno de mis hijos —

continuó diciéndole como si a Elias le sobrara el tiempo—. Por cierto, ¿sabes dónde está Martha? Desde que abandonó a Julian no hemos vuelto a saber nada de ella.

—No.

—Bueno, supongo que volverá pronto —su padre hablaba de la ausencia de su hija con total despreocupación. Lo único de lo que no se despreocupaba jamás era del golf—. Ayer jugué dieciocho hoyos con Socrates. Gané yo —añadió con orgullo.

—Supongo que no habrás recuperado la casa —bromeó Elias con tristeza.

—Pues la verdad es que sí.

—Estás de broma.

—No, pero debo admitir que me sorprendió. Le dije en broma que si le ganaba quería la casa, y él aceptó.

Elias prefirió no preguntarle qué habría tenido que darle si hubiera perdido. Era mejor no saberlo.

—Está preocupado por su hija —continuó diciendo Aeolus.

—¿Por Tallie? ¿Por qué? —ahora sí le atendía con los cinco sentidos.

—Está completamente absorbida por el trabajo y se está olvidando de vivir. Por lo visto, su prometido murió hace unos años y desde entonces ha estado sola.

¿Su prometido? Tallie nunca le había mencionado a ningún prometido.

—Se llamaba Brian —le dijo Aeolus—. Era piloto de la marina. Tallie lo conoció en la Universidad y, estaban a punto de casarse, cuando él murió en un accidente.

Eso es todo lo que sé.

Pero no era poco. Eso explicaba muchas cosas.

—Socrates dice que ya le ha llorado bastante. Que necesita volver a salir y conocer hombres.

¡No necesitaba conocer a ningún otro hombre! Ya lo tenía a él.

—Todo irá bien —afirmó tajantemente, porque iba a ser él el que se encargara de que así fuera.

—Eso es fácil de decir, pero no es tan fácil cuando se trata de un hijo —dijo Aeolus—. Los padres nos preocupamos mucho de nuestros hijos. Tu madre y yo también nos preocupamos por ti.

—Papá…

—No puedes pasarte la vida encerrado en la oficina, Elias. Es cierto que tuviste una mala experiencia, pero no puedes dejar de vivir por eso.

¿Cómo demonios habían acabado hablando de él?

—Nos preocupamos por ti, hijo. Trabajas mucho por todos nosotros. Nos has dedicado muchos años de tu vida y ya es hora de que te recompensemos por ello.

—¿Buscándome una mujer?

—Es por tu propio bien.

—No quiero ninguna mujer, papá.

Aeolus se quedó en silencio unos segundos, incapaz de comprender lo que oía.

—Pero te gustan las mujeres, ¿verdad, Eli? Quiero decir… nunca pensé que fuera eso lo que te separó de Millicent…

—Adiós, papá —colgó el teléfono y después dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Eran casi las seis cuando Tallie terminó de redactar los comentarios definitivos sobre la adquisición de Corbett. Después leyó y firmó las cartas que Rosie había dejado para ella. Podría haber hecho todas esas cosas más rápido y haberse ido a casa antes, pero se había entretenido a propósito, con la esperanza de que Elias fuera a verla.

Apenas lo había visto en todo el día. Gracias a Rosie, sabía que había tenido problemas con el ordenador y después se había pasado prácticamente todo el día colgado al teléfono.

En fin, un día de trabajo como tantos otros.

Ella también había estado muy ocupada, con llamadas, cartas y todos los informes que le había ido pasando Paul, además de terminar el que ella misma había redactado sobre Corbett. También había estado con Peter y después había llamado a Theo para concertar una cita entre ambos.

Pero mientras hacía todo eso, había obtenido fuerzas del recuerdo de Elias haciéndole el amor la noche anterior y de la promesa de volver a sentir esa pasión.

¿La promesa? No había promesa alguna, Elias nunca le prometería nada.

De pronto, un ruido la sacó de su ensimismamiento.

Levantó la vista y ahí estaba, apoyado en el marco de la puerta de su despacho.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, mirándola, pero sólo con verlo, Tallie sintió una oleada de alegría.

—¡Hola! —lo saludó, sonriendo tanto como le permitía la boca.

—Hola —respondió él con la misma sonrisa, aunque la suya desapareció rápidamente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al verlo apretar los puños.

Parecía inquieto. ¿Se habría enterado de que había estado hablando con Peter?

¿Se habría enfadado con ella? Tallie no quería una pelea.

—Quiero explicarte… —empezó a decir, pero él la interrumpió.

—Tengo una proposición de negocios que hacerte —dio varios pasos y se quedó frente a su escritorio, junto a la silla, pero no se sentó.

Tampoco la miró. Volvió a apretar los puños y después comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Mientras lo observaba, Tallie sentía cómo aumentaba la tensión dentro de ella.

—¿Qué clase de proposición?

Entonces se detuvo y se volvió a mirarla a los ojos.

—Cásate conmigo.

Podía ver a Elias y, si estiraba el brazo, seguramente podría tocarlo, pero no sabía qué había dicho. Debía de haber entendido mal porque le pareció que le pedía que se casara con él. Y eso no podía ser.

¿O sí?

De pronto el corazón empezó a darle botes dentro del pecho y todos sus temores desaparecieron. La angustia se esfumó. Amaba a un hombre que también la amaba.

En sus labios empezó a dibujarse una sonrisa que Elias no llegó a ver porque se había vuelto a mirar la puesta de sol sobre Manhattan.

—Sé que pretendías casarte —dijo sin emoción alguna—. Y sé que no me amas.

—Yo…

—Pero no importa. No se trata de amor. Es sólo una cuestión de sentido común.

Se le hizo un nudo en la garganta. ¿No se trataba de amor?

—Deberías casarte —continuó obstinadamente y sin mirarla—. Deberías tener una familia. Tu vida no debería ser sólo el trabajo, por mucho que te guste. Mereces más cosas. Un marido, hijos. Tu padre quiere que tengas una familia.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? —sabía que su voz sonaba estridente, pero eso no era lo que le preocupaba en ese momento—. ¿Él te dijo todo eso?

Socrates Savas iba a oír un par de cosas.

—No. A mí no —Elias se frotó la nuca—. Se lo dijo a mi padre y mi padre me lo contó a mí.

Tallie tuvo que respirar hondo antes de hablar para no revelar toda la agresividad que tenía dentro.

—¿Así que tú te casarías conmigo porque mi padre cree que necesito un marido?

—Bueno, así serías libre para centrarte de lleno en el trabajo.

—¿Y no crees que eso es lo que estoy haciendo ya?

—Creo que es todo lo que haces. Bueno, no todo —su mirada se centró en ella sólo un instante.

Por el color que adquirió de pronto su rostro, Tallie supo en qué estaba pensando. Ella también lo recordaba, pero era evidente que para él no había significado demasiado.

—Creo que haría las cosas más sencillas –continuó diciendo—. Tú misma me dijiste que querías centrarte en el trabajo. Lo que intento es que puedas hacerlo.

Tallie no dijo nada, ¿qué podía contestar a algo así?

—Sé lo de Brian —dijo él al ver que ella no intervenía. Su voz sonaba seria y algo tensa, pero Tallie no sabía por qué—. Se cuánto lo amabas y lo entiendo. Esto no tiene nada que ver con aquello. He pensado que si nos casáramos, todo sería más fácil para ti. Tu padre dejaría de entrometerse en tu vida. Podrías tener la carrera que quieres y, quizá con el tiempo, una familia. Y —se encogió de hombros con gesto torpe—… tienes que admitir que entre nosotros el sexo está bien.

Ahora ya no odiaba sólo a su padre.

—¿El sexo está bien? —Tallie apretó las manos para no dejarse llevar por la tentación de echárselas al cuello o alguna otra parte vulnerable de su anatomía.

—¡Sí! Sabes que tengo razón —afirmó, llamativamente ruborizado —. Es más que bueno. ¡Es fantástico!

—Sí.

—¿Entonces? —la miró con expectación.

—¿Nada más? —le preguntó—. ¿No hay nada más que decir sobre tu proposición de negocios?

«¿Nada como te amo, por ejemplo?»

Elias se pasó la mano por el pelo y se mordisqueó el labio inferior. Mientras Tallie le decía en silencio: «Vamos, Elias. Puedes hacerlo. Sé que esa mujer te hizo sufrir, pero yo nunca te haré daño. Te amo. Puedes decir esas dos palabras».

—Está bien —dijo por fin entre dientes—. Yo también me quitaría a mi padre de encima.

Tallie parpadeó, incapaz de cerrar la boca.

—Mis padres están empeñados en buscarme esposa. Mi madre tiene una lista de mujeres tan larga como mi brazo y quiere presentármelas a todas.

—Comprendo. Es terrible.

—¡Sí que lo es! Es igual que con tu padre. Por eso he pensado que casarnos sería lo mejor para los dos. Así podremos continuar con nuestra vida sin sus continuas intromisiones.

—Y el sexo está bien —Tallie no sabía si reír o llorar.

—Exacto —asintió, aliviado de que ella lo comprendiera—. Entonces, ¿qué me dices? ¿Te casarás conmigo?

Tallie respiró hondo y rezó para que no se le escaparan las lágrimas al decir la palabra más difícil que había tenido que decir en su vida.

—No.

Capítulo 11

A pesar de lo mucho que deseaba decir que sí, no podía. Para Tallie el matrimonio era un pacto sagrado entre dos personas que se amaban. Un compromiso para toda la vida en el que esas dos personas prometían amarse y confiar el uno en el otro.

No tenía nada que ver con los negocios.

Así que lo único que podía hacer era apretar los puños y decir:

—No. Gracias, pero no saldría bien.

No podía casarse con él con unos argumentos que no compartía y no podía amarlo cuando lo que él quería era sexo y una relación de «negocios». Pero no podría explicárselo sin parecer una tonta. Tendría que admitir que se había enamorado de él y no podía hacerlo.

Se mordió el labio inferior y deseó que se la tragara la tierra para no tener que continuar allí, frente a Elias, mientras él la miraba como si hubiera perdido la cabeza.

Pero entonces él se encogió de hombros con indiferencia.

—Bueno —dijo con calma—. Era sólo una idea —parecía no importarle lo más mínimo.

Aquello debería haberla hecho alegrarse de haber rechazado su proposición y quizá se alegrara algún día, pero en aquel momento lo único que deseaba era que se marchase cuanto antes.

—Entonces me voy —dijo después de unos segundos y comenzó a andar, pero se detuvo antes de salir—. Me temo que esta noche no tendré tiempo para una de nuestras sesiones de sexo. Tengo otro compromiso.

Fue como una bofetada.

Tallie tomó aire y consiguió asentir. No iba a dejar que viera cuánto daño acababa de hacerle.

—Muy bien —aquellas dos palabras le hirieron la garganta y el corazón, pero las dijo de todos modos.

Por un momento se miraron el uno al otro en silencio. La expresión del rostro de Elias era pétrea; no tenía nada que ver con el hombre que le había hecho el amor la noche anterior. Después se dio media vuelta y se marchó. No dio ningún portazo, nada, ningún tipo de emoción.

Tallie se quedó sola en mitad del silencio. Se sentía como si la hubieran apuñalado. Tan hueca como cuando había regresado a casa después del funeral de Brian y se había dado cuenta de lo que le esperaba… una vida de vacío y soledad.

Mientras se secaba una lágrima pensó que había sido mejor no sentir nada durante años. Se puso en pie muy despacio y salió de su

despacho. Se detuvo en la recepción y miró a su alrededor. Todo aquello estaba allí gracias al trabajo de Elias.

Aquella empresa había empezado siendo un negocio de su familia, pero continuaba en pie gracias a Elias, él la mantenía con vida.

Ella había aprovechado la oportunidad que le había ofrecido su padre, pero en realidad no la merecía. No había hecho nada para ganársela. Y, aunque sabía que había hecho ciertas aportaciones a la empresa, no era comparable con lo que aportaba Elias. Por mucho que ella fuera la presidenta y él el director, la empresa era de Elias.

Y no era lo bastante grande para los dos. Ya no.

No podría trabajar con él día tras día, no podría verlo en la sala de juntas y discutir los proyectos sin morirse de dolor, de deseo.

Tampoco podía conformarse con un matrimonio vacío y buen sexo. No tenía nada que ver con Brian, sino con el hecho de que quería tenerlo todo con el hombre al que amaba ahora. Si no podía tenerlo todo, prefería no tener nada.

Pasó la mano por la preciosa estantería de roble que Elias había hecho con sus propias manos. Después se sentó en la silla de Rosie y escribió una nota para él.

Cuando la terminó, la dejó sobre la mesa de su despacho y, junto a ella, el informe en el que detallaba los motivos por los que creía que no debían seguir adelante con la adquisición de Corbett. En el informe decía también que seguramente su hermano Theo los llamaría para proponerles una idea mejor. Y que esperaba no haberse excedido.

Al final de la nota escribió: *Todo lo que he hecho ha sido intentando hacer lo mejor para la empresa. Por eso es por lo que dimito*.

Había dimitido.

Elias se sentó frente a su mesa y leyó una y otra vez la carta que había encontrado al llegar. Era una nota breve, correcta y muy profesional. Muy típica de Tallie.

Apretó el papel que temblaba entre sus dedos. Tenía un nudo en la garganta y le ardían los ojos. Apretó los dientes y trató de no sentir nada, pero estaba destrozado. Perdido. Vacío. Y furioso. ¿Cómo había podido marcharse así? Era una irresponsabilidad.

Bueno, si eso era lo que sentía, mejor que se hubiera ido. No la necesitaba.

Pero de todos modos le dolía.

Anunció la noticia a los demás después de convocarlos con urgencia.

—La señorita Savas ha dejado la empresa —hizo una pausa para mirar los rostros sorprendidos. Después añadió—: Hay bollos en la habitación del café. Podéis serviros.

Todos lo miraron y después se miraron los unos a los otros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rosie.

—¿Se ha ido así como así? ¿Sin ningún motivo? —dijo Dyson—. Pensé que esto le gustaba.

—Supongo que recibió una oferta mejor —mintió Elias. Aunque sin duda pronto tendría dicha oferta, si no la tenía ya.

—Me sigue resultando muy extraño —opinó Paul—. ¿Crees que le molestó algo que hicimos?

—¡No, no le ha molestado nada! —su tono fue tan enérgico que todos lo miraron con los ojos muy abiertos—. Olvidadlo, ¿de acuerdo? —se limitó a pedirles, mientras se pasaba la mano por el pelo.

Él también intentaría olvidarlo.

Para ello se centró de lleno en el trabajo. Unos días después llamó a Corbett para comunicarle que habían decidido no seguir adelante con la compra de su empresa.

—Hemos hablado largo y tendido sobre el futuro de la empresa —le explicó Elias—. No hemos tomado la decisión a la ligera. Y, aunque seguimos queriendo abrir nuevos caminos, hemos llegado a la conclusión de que es preferible no alejarnos de lo que conocemos bien, que son los barcos, no la ropa.

—Es por esa mujer —aseguró Corbett—. No le gustamos.

—La señorita Savas ya no forma parte de la empresa —dijo Elias—. La última decisión fue mía.

Pero era cierto que la opinión de Tallie había sido importante. Sobre todo porque era una opinión acertada. Ella había comprendido a la perfección el espíritu de Antonides Marine. Había sido una buena presidenta durante el poco tiempo que había durado.

Había sido también una buena amiga. Y una buena amante.

Seguía intentando no recordar. Trabajaba día y noche, y seguía haciendo estanterías y armarios. Mientras, esperaba que algún día su padre le diría que Tallie estaba trabajando para alguna importante empresa. Pero su padre no dijo nada, así que Elias se decidió a preguntarle directamente si sabía si estaba trabajando para Socrates.

—Hace tiempo que Socrates no la menciona siquiera —le dijo Aeolus—. Creo que le sorprendió que abandonara la empresa sin decírselo. No sabe dónde está.

Nadie parecía saber dónde estaba. Parecía haber desaparecido de la faz de la tierra.

Y entonces, un día, dos semanas y media después de que hubiera dimitido, recibió una llamada de su hermano Theo.

—La tabla de windsurf funciona.

—¿Qué? —Elias no tenía la menor idea de qué estaba hablando.

—Tallie me mandó a tu hermano para que me enseñara su estudio para una tabla de windsurf. Es estupenda. Deberías considerar la idea.

Lo que más le sorprendió no fue el proyecto ni que procediera de su hermano.

—¿Tallie te lo mandó? —le preguntó—. ¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. Puede que tres. Peter vino a verme y navegamos juntos hasta Boothbay. Después fabricamos su tabla.

—La hicisteis…

—Sí y la probamos. Como ya te he dicho, merece la pena. Si estáis pensando probar nuevas vías, creo que te conviene hablar con Peter.

—Yo… ¿Dónde está Tallie?

—Ni idea.

—Pero…

—Hablé con ella hace un par de días y me dijo que cuando hablara contigo, te dijera que lo sentía.

Le dio un vuelco el corazón.

—¿El qué sentía?

—No lo sé. Supongo que haber dimitido. Las mujeres están locas, incluso Tallie, aunque está más cuerda que la mayoría. No sé qué le pediste que hiciera, pero la hiciste enfadar mucho. Sólo me dijo que si se lo hubieras pedido por un buen motivo, habría dicho que sí.

¿Habría dicho que sí?

Sí, ¿se habría casado con él? ¿Entonces por qué no lo había hecho? Elias había deseado con todas sus fuerzas que dijera que sí.

¿Y cuál era un buen motivo? Bueno, eso sí lo sabía. Para Elias un buen motivo para casarse era el amor. Algo que no había conseguido decirle. Le había entregado su amor a Millicent y ella se lo había escupido a la cara.

Pero Tallie no era Millicent. Tallie era una mujer pura y sincera. Ella le había dicho la verdad, pero él había estado demasiado asustado como para darse cuenta.

Se puso de pie de un salto y salió corriendo del despacho.

—Me voy —anunció a Rosie—. No sé cuándo volveré.

Batió un récord de velocidad en llegar al apartamento de Tallie. Subió corriendo las escaleras porque el ascensor era demasiado lento y, al llegar a su piso, llamó a la puerta una y otra vez y esperó, ansioso por decir lo que tenía que decir.

Pero cuando la puerta se abrió, olvidó todas las palabras.

—¿Peter?

Su hermano, cubierto únicamente con unos calzoncillos y algo de espuma de afeitar en la cara, lo miraba sonriente.

—Hola, hermano. Qué curioso encontrarnos aquí.

—¿Dónde está Tallie? —lo echó a un lado y entró en el apartamento.

—Se ha ido.

—¿Qué quiere decir que se ha ido? Theo dijo que había hablado con ella.

¿Cuándo vuelve?

—Quiere decir que no está. No sé dónde fue, no creo que ella lo supiese tampoco.

—¡Eso es ridículo! Tallie no haría algo así. ¿Qué haces tú aquí y… por qué vas tan desnudo?

—Porque acabo de darme una ducha y me iba a afeitar. Esta noche tengo una cita y quiero impresionar a la dama en cuestión. Y estoy aquí porque vivo aquí.

Elias se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

Peter se encogió de hombros.

—Me encantaría decirte que vivo con Tallie porque sé que eso te pondría furioso, pero lo cierto es que sólo estoy cuidando al gato.

Elias se quedó mudo, repasando toda la información que tenía, incapaz de creerlo.

—Entonces es cierto que no está.

—Claro que es cierto.

—¿Durante cuánto tiempo te pidió que cuidaras del gato?

—No me lo dijo. Sólo me ofreció el apartamento para que me quedara mientras busco un fabricante para mi tabla.

La tabla que había intentado presentarle a Elias y él había rechazado de plano.

Aún no podía creer que Peter estuviera haciendo algo provechoso con su tiempo. Sin embargo, Tallie sí le había creído y por eso lo había mandado a Theo.

Ahora comprendía lo que le había escrito sobre Theo al marcharse.

—Enséñamela otra vez —dijo a regañadientes.

—No quiero que me hagas ningún favor —Peter fue igualmente brusco.

—No es un favor, es un negocio —replicó Elias—. Si es un buen producto, y Tallie y Theo parecen creer que lo es, puede que nos interese.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Ven a mi despacho mañana —hizo una pausa—. Ahora dime dónde está Tallie.

—No lo sé. De verdad. Llamó hace un par de días y me preguntó si me interesaría vivir en su apartamento, yo le dije que me interesaría más si ella estuviera aquí —dijo, riéndose.

—¿No dijo dónde estaba?

—No. Lo único que me dijo es que si me iba, llevara a Harvey a casa de sus padres.

—Tengo que encontrarla.

—Buena suerte, hermano —le deseó Peter con una sonrisa.

Debería haber sido sencillo encontrarla, pero no lo fue.

Volvió a llamar a su padre por si Socrates le había dicho algo

nuevo. Aeolus le contó que su padre le había ofrecido la vicepresidencia de su empresa y ella lo había rechazado. Al principio le había resultado difícil de creer, pero después comprendió que Tallie quería abrirse camino por sí misma y seguramente no querría que su padre siguiera buscándole marido.

Así que siguió buscándola solo y cuando quiso darse cuenta, pasaba más tiempo buscando a Tallie que trabajando en Antonides Marine. Lo más sorprendente fue que Peter lo sustituyó. Un día fue a mostrarle la tabla y se quedó a una reunión.

Después de eso, aparecía todos los días a las ocho de la mañana.

Pero lo más sorprendente y lo más triste era que pasaban los días y las semanas y no había ni rastro de Tallie.

Helena, que se había enterado a través de Cristina y de Peter de que estaba desesperado, se mostró encantada.

—Sabía que querías una buena chica griega. Yo puedo encontrarte una, Elias.

Pero Elias estaba harto.

—No quiero a ninguna otra chica, mamá. Quiero a Tallie. La amo.

Se lo dijo a todo el mundo porque no podía decírselo a ella.

A veces llegó a tener la sensación de que todo había sido un sueño, que Tallie en realidad no existía. Afortunadamente, había otras personas que la conocían y que la recordaban por sus maravillosos pasteles.

Una de esas personas era el pomposo de Martin, a quien Elias se encontró una mañana en el ascensor.

—Es una cocinera fantástica —le dijo recordando sus pasteles de manzana—.

Lástima que haya decidido perder el tiempo en ese curso de repostería vienesa.

Elias, que hasta ese momento había estado rezando por que el ascensor llegara arriba cuanto antes, levantó la mirada con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Que ha hecho qué?

Con Martin lo normal era que le soltara un discurso sobre repostería o sobre las injustas condiciones laborales de los aprendices. Así fue, pero afortunadamente, en algún momento de la diatriba, le dio la información que necesitaba.

—Tiene la loca idea de ser repostera.

—¿Dónde? —le preguntó con ansiedad.

—Normalmente la repostería vienesa se hace en Viena.

—¿Tallie está en Viena? ¿Cómo lo sabes?

—Me encontré con ella la semana pasada. Yo estaba allí escribiendo un artículo sobre la ONU.

Su jornada laboral empezaba a las cuatro de la mañana. Hacía el

trabajo más duro tanto del horno como de la tienda, pero le encantaba y estaba aprendiendo alemán. Había días que incluso conseguía no pensar en Elias durante un rato, o al menos no sentir el dolor de su pérdida.

Se abrió la puerta de la tienda y entró una de sus clientas habituales. Cuando se marchó, después de haber hablado con ella un rato, en alemán, por supuesto, Tallie la vio salir por la puerta… y vio a Elias al otro lado del cristal.

Por un momento creyó estar imaginándolo. Muchas veces había creído verlo por la calle y soñaba con él casi todas las noches. Pero los sueños nunca llegaban a estar a la altura del original.

Empezaron a temblarle las piernas y se le encogió el estómago. La miraba fijamente, sin sonreír.

—¿Elias? —¿qué estaba haciendo allí? ¿Cómo la había encontrado? ¿Y por qué?

Quizá fuera una coincidencia, como cuando se había encontrado con Martin hacía una semana.

Elias entró y cerró la puerta.

—Tallie.

Deseó correr hacia él y abrazarlo. Pero no podía hacerlo sin saber a qué había ido.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó.

—Eso espero. Necesito demostrarle a la mujer con la que quiero casarme que la amo. ¿Se te ocurre algo?

No podía respirar.

—¿La… amas?

—Desde el principio. Pero era demasiado estúpido. Estaba demasiado asustado.

Después de Millicent, pensé que debía protegerme. Pero estaba equivocado.

—¡Yo no soy Millicent!

Elias esbozó una sonrisa.

—No, gracias a Dios. De hecho, no te pareces en nada. Tú eres sincera y valiente y preciosa y…

El corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

—¿Quieres casarte conmigo, Tallie? —le preguntó, muy serio—. Esta vez por el mejor motivo del mundo. Por amor y para siempre.

—¡Sí, Elias! —y se lanzó a sus brazos.

No resultaba nada fácil abrazar y besar a un hombre por encima de un mostrador y con el ruido de fondo de su jefe protestando en alemán.

—¿Qué dice? —le preguntó Elias sin dejar de besarla.

—Quiere saber si vas a comprar algo.

—Pregúntale cuánto quiere por la mujer que tiene tras el

mostrador.

—Ya es tuya. Por amor y para siempre —prometió con un nuevo beso.

Elias la levantó por encima del mostrador y la estrechó entre sus brazos con todo el amor que tenía dentro.

—Trato hecho.

Su apartamento era tan pequeño como una caja de zapatos, pero tenía una cama. Elias y Tallie fueron directos a ella en cuanto entraron por la puerta. Unos segundos después estaban desnudos, sus cuerpos entrelazados e incapaces de tomarse las cosas con calma.

—Podemos ir más despacio después —sugirió ella—. Tenemos toda la vida.

¿Verdad?

—Sí —prometió él, apretándola contra sí justo antes de sumergirse en ella y recordar que aquello era mucho más que buen sexo—. Te amo, Tallie Savas —le dijo después—. No vuelvas a dejarme jamás.

—Nunca. Pero… no podía casarme de ese modo.

—Yo tampoco, pero no me atrevía a admitirlo —le acarició la cara, el pelo y todo el cuerpo, deseándola de nuevo aunque acababa de hacerla suya, esa vez para siempre—. ¿Es en serio lo de dedicarte a la confitería? —le preguntó entonces.

—Sí. Pensé que me gustaba el mundo de los negocios y sigo pensando que es emocionante, pero lo que realmente me hace feliz es cocinar y crear cosas deliciosas.

Lo mismo que te pasa a ti con la carpintería —añadió, esperando sus protestas. Pero no hubo tales protestas.

—Venía pensando en eso durante el vuelo —le dijo—. En la tabla de Peter y los barcos de Nikos Costanides.

—¿Has visto la tabla de Peter?

—Vamos a fabricarla —anunció con satisfacción—. Tenías razón, igual que tenías razón sobre Corbett. Decidimos no comprar su empresa, en su lugar vamos a comercializar la tabla de Peter. Por cierto, ahora es el vicepresidente de la empresa.

—¿Peter?

—La verdad es que parece entusiasmado con el trabajo. Así que he pensado que podría… intentar construir un barco o dos —dijo por fin como si le diera miedo decirlo en voz alta.

—¿De verdad? —le preguntó ella, entusiasmada—. ¿Como Nikos?

—Algún día, si tú estás de acuerdo, me gustaría tener lo que él tiene.

—Yo quiero que hagas lo que te haga feliz.

—Me hacen feliz los barcos —aseguró—. Y trabajar con Peter, pero sobre todo

—empezó a decir, mirándola fijamente a los ojos—… lo que más

feliz me hace eres tú.

—Lo mismo digo —respondió Tallie, acurrucándose en su pecho, donde podía oír los latidos de su corazón.

Unos segundos después levantó la cabeza y lo miró con picardía.

—Podríamos ponernos manos a la obra ahora mismo. Ya sabes… para conseguir lo que tiene Nikos.

—¿Quieres que construyamos un barco?

—No, cariño —Tallie le besó la nariz, la barbilla y luego los labios —. Me refería más bien a los niños.

Fin